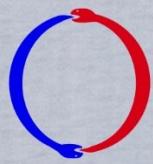
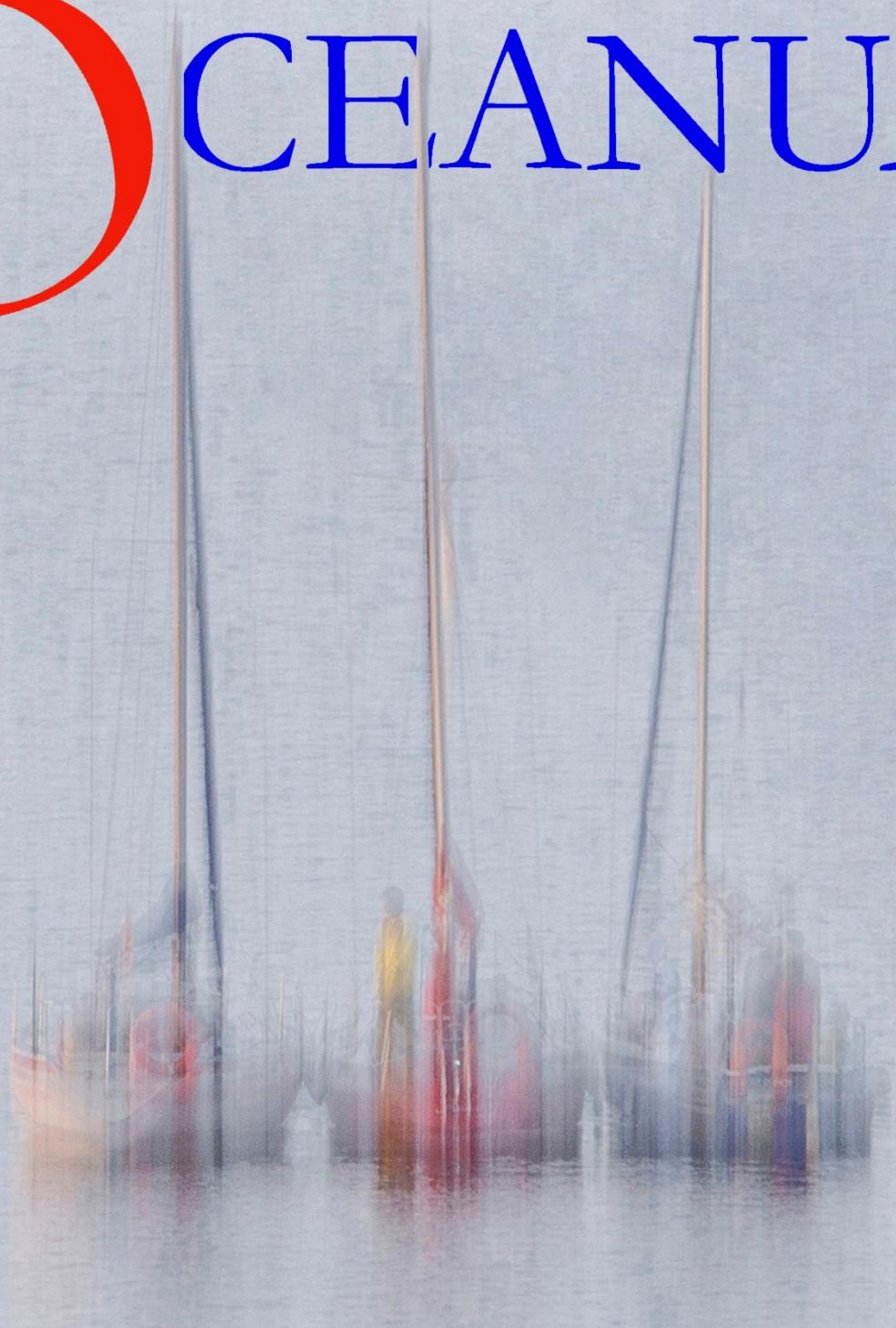
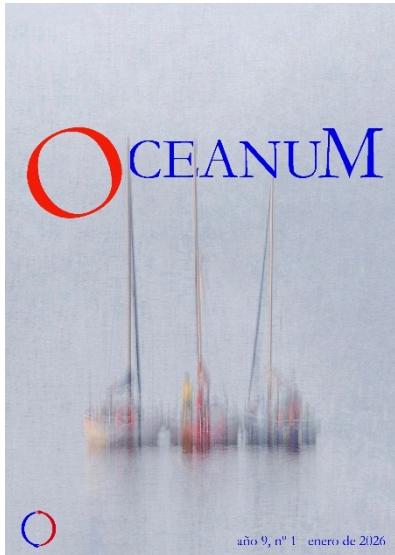


OCEANUM



año 9, n° 1 enero de 2026



ISSN 2605-4094

OCEANUM
Revista literaria independiente
Año 9, nº 1
Enero de 2026

Editada en Gijón (Asturias) por
Miguel A. Pérez García
revista@revistaoceanum.com

Dirección:

Miguel A. Pérez
Miguel@revistaoceanum.com

Comité editorial:

Pravia Arango
Javier Dámaso
Osvaldo Beker
Pilar Úcar Ventura
Augusto Guedes
Diego García Paz

Corrección de textos:

Andrea Melamud
correcciontextosam@outlook.com

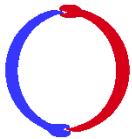
Página web:

www.revistaoceanum.com
Sara@revistaoceanum.com

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de los contenidos de la presente publicación sin los permisos expresos de la revista y de los autores correspondientes.

Las opiniones vertidas en cada artículo como ejercicio de la libertad de expresión son propias de su autor y en modo alguno identifican a la revista *Oceanum*, al Comité editorial o a los demás autores.

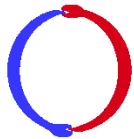
Suscripción a la revista: suscripcion@revistaoceanum.com



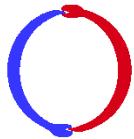
I Juan Rulfo levantara la cabeza... ¡Comala es el mundo entero! Él, que quiso parodiar la exasperante calma mexicana, el tiempo detenido, como en un cementerio, la nula importancia del hoy, del mañana, el ahora, el ahorita y el ahoritita fundidos en el segundero de un reloj que no se mueve, se encontraría con un mundo que ha mimetizado esa calma, que mira con indiferencia cómo se pone el sol tras el horizonte y que espera pasivo a que ocurra algo al día siguiente. O al otro. Él, que convirtió la quietud y la indolencia en un diálogo de muertos intemporales en un pueblo convertido en cementerio, vería un mundo anestesiado, insensible, tan acostumbrado a la muerte que casi no se diferencia de la vida. Comala es el mundo entero.

¿Qué dirán los historiadores del futuro cuando hablen de esta época? Quizá se sorprendan tanto como nosotros nos horrorizamos con el Holocausto y, del mismo modo que nos preguntamos cómo pudo llegar a ocurrir aquello, ellos se pregunten cómo hemos podido terminar así. ¿No aprendimos nada? ¿Nadie se va a mover? ¿En ningún lugar? ¿A qué sucesos necesitamos asistir para darnos cuenta de que el mundo basado en el derecho ha saltado por los aires? Es el mundo del más fuerte o del más asesino o del que más dinero tenga para aplastar al otro, el mundo sin escrúpulos, el mundo de quien roba porque puede robar, de quien dicta porque puede dictar, el mundo del beneficio propio, de exprimir la naranja —propia y ajena— y beber hasta la última gota. Es, en definitiva, la ruptura del contrato social.

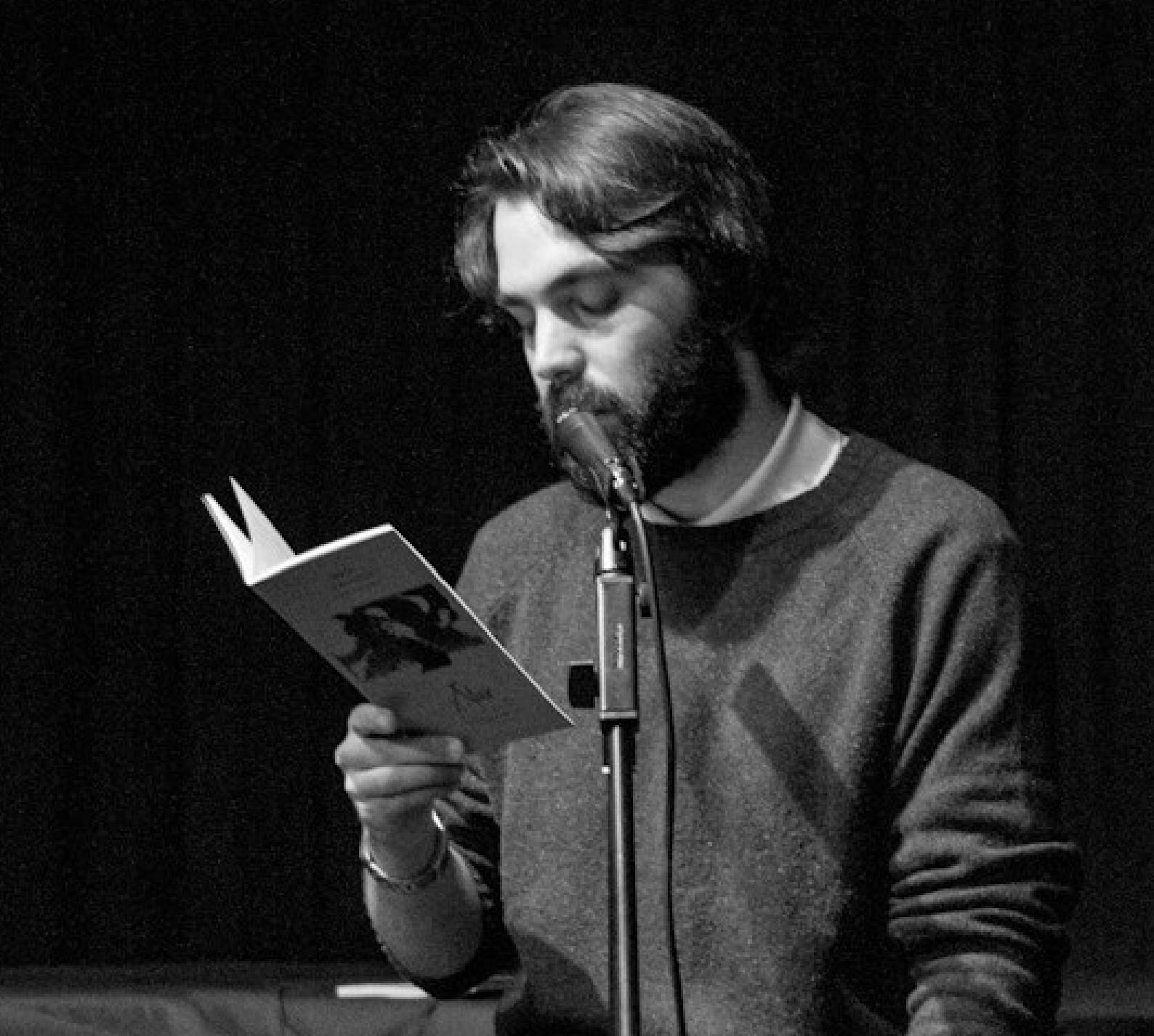
Quizá siempre fue así y lo único que ocurría es que vivíamos engañados tras una cortina translúcida que solo mostraba lo que queríamos ver. Ahora, han descorado la cortina y contemplamos la verdad. Quizá es que, hasta hace poco, ocurría esto mismo, pero ocurría lejos. Y no nos importaba. Ahora notamos el aliento del perro rabioso en el cogote. Podemos oler sus babas viejas y presagiar la humedad asquerosa de sus fluidos. Ahora nos puede tocar a nosotros. Y estamos muertos. Porque no nos importaba. Porque nos hemos acostumbrado a que no nos importe. Y por eso estamos muertos. Como en Comala.



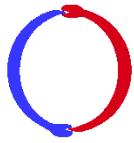
6	La galera	
	<i>Entrevista a Juan Bautista Durán</i>	Ginés J. Vera
	<i>Hablamos sobre Comerás flores en “La revoltosa” (Gijón)</i>	Pravia Arango
15	Dentro de una botella	
	<i>Leonardo da Vinci: un saber completo para comprender la esencia del derecho</i>	Diego García Paz
	<i>Huellas de James Joyce en el legado de Dámaso Alonso en la Biblioteca de la Real Academia Española</i>	Pilar Egoscozábal
32	Estelas en la mar	
	<i>Con el poeta Juan Alcaide</i>	Encarnación Sánchez
35	¡Avante toda!	
	<i>Propósitos librescos...</i>	Pilar Úcar
39	La estrella polar	
	<i>Frankenstein: vayamos por partes</i>	Miguel A. Pérez
49	El grumete	
	<i>La TIA de Ibáñez</i>	Goyo
53	L'imperceptible écume	
	<i>Sophie Marie van der Pas</i>	Miguel Ángel Real
58	Outros mares	
	<i>Unha praia</i>	Augusto Guedes



61	Espuma de mar	
	Premios y concursos literarios	62
	Con un toque literario	64
	Noticias breves	66
68	Gran Sol	
	<i>Frankenstein o el moderno Prometeo</i> (fragmento)	Mary Shelley 68
101	Nuevos horizontes	
	Recuerdito austriaco	Osvaldo Beker 102
	África me cambió	Ginés J. Vera 105
	Ludovico	Isaías Covarrubias Marquina 108
	Después oyó a otra persona	Miguel Quintana 112
120	Créditos de fotografía e ilustración	



Entrevista a Juan Bautista Durán



Ginés J. Vera

Leemos su nombre en la portada de este libro de relatos en su doble condición de editor y escritor. Háblenos de cómo ha sido la experiencia de estar a un lado y al otro del proyecto.

Cuando la compañía es buena, las experiencias suelen ser gratas. Siento un gran aprecio personal y literario hacia todos los autores que participaron en el proyecto, y publicar un libro conjunto me pareció una idea muy estimulante. Creo que conseguimos estar a la altura literaria esperada. Estoy muy orgulloso del resultado final y de cómo las distintas historias cohabitan en las páginas del libro.

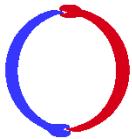
El título es cuanto menos curioso. *De la solastalgia, ocho relatos naturales*. Confieso que desconocía ese sustantivo, su significado. Muy relacionado con esa parte natural de estos relatos, ¿no es así?

Es un término acuñado en la primera década del siglo XXI por el filósofo australiano Glenn Albrecht, con cuya definición abrimos el libro, esa «angustia por las consecuencias del cambio climático o los desastres medioambientales», una angustia que lamentablemente es cada vez más frecuente y anida en el fondo de estos cuentos, es su motivo final: buscar a través de la ficción una respuesta a la relación del ser humano de hoy con la naturaleza.

Unos cuantos de estos ocho relatos mencionan la pandemia, por lo que no es de extrañar evocar los hechos ocurridos hace unos años, el confinamiento, el virus que cambió tantas vidas y que de algún modo incluso parece haber inspirado historias, salvando las distancias, claro. Le preguntaría por eso, por la pandemia y estos relatos.

El proyecto nace en la pandemia, es una propuesta que traslado a algunos autores de la editorial en vista de la apabullante información

PARA dar la bienvenida a este 2026, he querido compartir en *Oceanum* la entrevista que me concedió Juan Bautista Durán al hilo de un libro de relatos un poco especial. Así me lo parece, no ya por el título, *De la solastalgia* (Comba), que también, sino porque interviene en este libro de relatos como editor y coautor junto a otros siete narradores. Durán (Barcelona, 1985), es editor del sello editorial Comba, articulista y narrador. Colaborador en distintos medios, suya es la novela *Las tres pipas de Francisco Valdés* (2011). En Comba editorial ha publicado los libros de relatos: *Convivir con el genio* (2014) y *Tantas cosas dicen* (2020).



que estábamos recibiendo y de cómo afectaba en paralelo al comportamiento la fauna, con la llegada, por ejemplo, de los jabalíes al centro de algunas ciudades. No era imprescindible hablar de la pandemia, no era un requisito, pero los cuentos debían beber del sentimiento que nos estaba generando esa experiencia. En los de Karla Suárez y Constanza Ternicier hay una referencia muy directa, no tanto en los de Juan Villa y Ana Santamaría, por citar algunos de ellos y, sin embargo, todos tocan una misma cuerda, generando un diálogo muy enriquecedor dentro de la antología.



Entre los autores que se han reunido para contar estas ocho historias hay perfiles un poco de todo tipo, de aquí y de allá, incluso una autora que firma su relato con seudónimo. ¿Por qué ocho o siete más uno, según se mire?

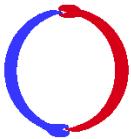
Como decía, los autores de la antología forman parte del catálogo de Editorial Comba. La única que en ese momento no tenía ningún título en la

editorial era Ana Santamaría, pese a que ya había colaborado con nosotros. Y un par de años después publicamos *Libres*, su excelente libro de cuentos. También la imagen de la portada es de unos autores de la editorial, Jordi Dalmau y Lidia Górriz, artistas plásticos y poetas. Que sean ocho piezas y no más, por mucho que al número ocho se le pueda atribuir una lectura simbólica en relación con el cosmos y la naturaleza, obedece tan solo a una cuestión pragmática, es decir, presupuestaria. Y en su selección se priorizó, en primer lugar, que fueran autores que hubieran cultivado el cuento como género literario y, en segundo lugar, cuyo conjunto diera cuenta de la diversidad que abarca el catálogo de Comba. Por último, en el caso de Andrea Mayo, el suyo no es en realidad un seudónimo, sino un heterónimo, uno de los que maneja Flavia Company y con el que ella consideró que debía participar en este proyecto.

El relato de su autoría que incluye aquí se titula *El tiempo de la espera*. Hay un interesante contrapunto temporal entre la evocación y la actualidad de uno de los personajes... con la naturaleza bien presente. Coméntenos el origen, la idea que le movió para escribirlo e incluirlo en *De la solastalgia, ocho relatos naturales*.

Suele suceder, a la hora de ponerme a escribir, que manejo varias ideas y hago que conecten, eso intento, para conducir la historia hacia una unidad. En este caso, había dos puntos importantes: el campo como espacio de libertad en la pandemia y, por otro lado, la fantasía de los cuentos tradicionales y el modo en que jugaban las generaciones anteriores, lejos de la existencia *empantallada* a la que el confinamiento nos llevó. En su origen está también la imagen de ese Trianón fantasioso donde se sienta el protagonista.

Hablabía antes de la parte de la evocación en su relato *El tiempo de la espera*, pero creo que uno de los pilares argumentales es el de la inocencia, el tránsito a la madurez y a las cosas, digamos,



más serias de esta etapa vital. ¿Qué otras ideas podemos decirles a los lectores que palpitan en su relato?

Me propuse sondear ahí, a través de la evocación y de los distintos niveles diegéticos que hay en el cuento, los límites entre la realidad y la ficción, en qué momento esta termina. Y la madurez, claro, debe de situarse en un punto muy cercano a ese límite. Me sirvo también de estos niveles para echar la vista atrás en la relación del ser humano con la tierra y su cultivo, es decir, la forma de garantizarse el sustento alimenticio.

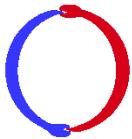
Concluyo con una invitación a que nos abra una reflexión alrededor de estos relatos, de la solastalgia en realidad. Quizá no nos estemos portando bien con nuestro planeta, quizá necesite más voces narrativas o no para contarnos sus males. Quizá lectores que sepan leer no solo las historias por puro entretenimiento, sino eso que habita entre líneas, como los seres humanos habitamos esta bola azul de manera efímera en un viaje que empezó hace millones de años y con nuestra ayuda puede que termine antes de su fin natural. ¿Qué opina?

Aunque la salud de la Tierra y cuanto acontece en ella no es asunto de mi competencia, me temo que no es tanto el planeta cuanto nuestra situación en él lo que acaso esté comprometido, es decir, que se den las circunstancias óptimas para que lo podamos habitar como solíamos hacerlo. Y tomar conciencia de ello, ante los reiterados fenómenos que se vienen dando y que dan lugar a la solastalgia, tiene que servir para pensar en la acción humana y corregir nuestros hábitos más nocivos como sociedad y aun como especie. No es fácil, está todo interconectado. La literatura debe apelar a esa toma de conciencia, y esto es lo que nos propusimos con estos cuentos, evitando catastrofismos, distopías o viajes muy alejados de la realidad. Se trata más bien de vernos y

preguntarnos cómo llegamos hasta este punto, qué podemos y debemos revisar, tal como muestra Juan Villa en su historia ejemplar o incluso Andrea Mayo, al retroceder en la suya hasta unos pasajes de *La Biblia*.

Hablamos sobre *Comerás flores* en “La revoltosa” (Gijón)



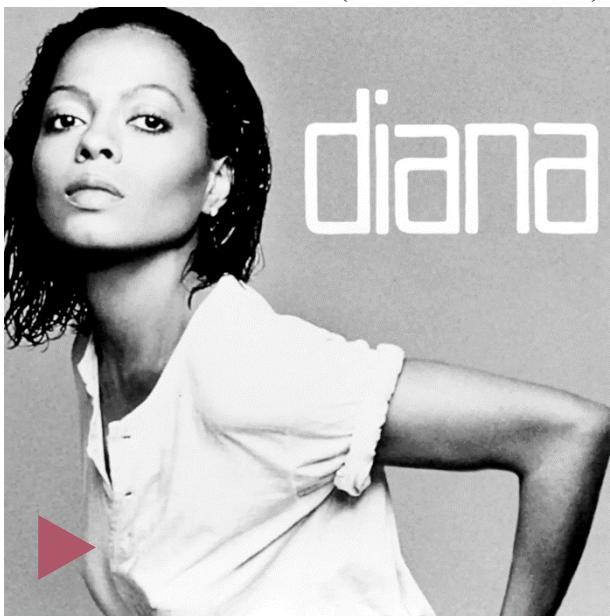


índice



Pravia Arango

Primero bailemos con Diana Ross (se cita en la novela).

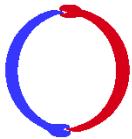


ON la lectura recién acabada, salí corriendo a consultar con un librero de confianza (Diego Garot, librería “Kafka & Co”, Oviedo). Hacía dos días que la autora había estado en su librería presentando

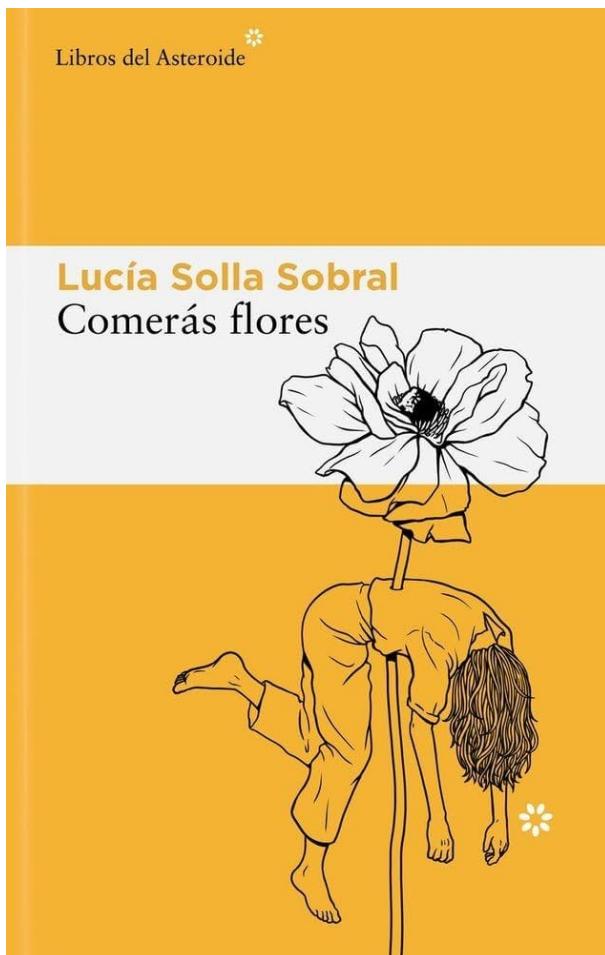
Comerás flores. Me dice Diego: “Gente a reventar, muchas ventas. ¿Por qué? Conecta. Sobre todo, con chicas de veintitantos. A ver, lo tiene todo para enganchar. De hecho, salió en septiembre y a mediados de diciembre lleva 25 000 ejemplares. Un éxito de ventas”. ¿Y la calidad, Diego? (Mirada de Garot donde leo, *no me vas a sacar otra palabra más*).

Vale. Les diré lo que pienso. Me parece una novela rosa del XXI. Chica joven, hombre maduro (relación con maltrato). Chica pobre, hombre bien posicionado (abuso de poder). Chica joven madrastra de otra chica joven (mal, muy mal). Chica joven huérfana de padre (luto sin resolver). Chica joven que quiere mantener su figura (vomita la comida). La chica joven y el hombre maduro son los mismos y se llaman Marina y Jaime. Nada, no hay ni una brizna de talento. Todo correcto, sin errores ni erratas, sin sobresaltos. Todo gris como un funcionario modelo. Tenemos a Jane Austen, pero en el siglo XXI. Y desde la época georgiana ha habido cientos de sucesoras que han superado a la maestra. Hoy “el oro de tu frente”, literariamente hablando, es orín (pis). Ciento, en el XVI con Garcilaso es oro, pero ahora es oropel.

Supongo que Lucía y “Libros del Asteriode” estarán pletóricos. Enhorabuena, si a ellos les vale, a mí también. No obstante, deslizaré aquí unas palabras para la autora. Una bobada si a mí no me lee nadie, pero “porsiaca”. Mira, Lucía, si quieras vender mucho y tal, vas como un cohete. No obstante, si quieras escribir algo bueno, lee hasta que te revienten los globos oculares, escribe y rompe hasta que se te disloque la muñeca, habla mucho contigo misma, apártate de las modas porque son como las putas: calientan mucho y no producen nada. No seas oportuna por no decir oportunista. Y no, Lucía, nunca he intentado escribir una novela ni soy crítica literaria. Solo soy una vieja apasionada de la literatura. También puedes tomarlo como una bobada de una vieja loca. Nada pido. Nada quiero. Y no recomiendo



Comerás flores, me parece perder tiempo y dinero, pero los números, los lectores y *Babelia* me contradicen. En efecto, en *Babelia* ocupa el puesto n.º 6 de los cincuenta (creo) libros del año.



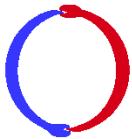
Bueno, ¿por qué he leído *Comerás flores*? Porque hay una librería *prestosa* en Gijón a la que llevo tiempo con la idea de hacerles una entrevista. Como me han sugerido esta novela para dar a conocer su librería La revoltosa, hable con ellas (Verónica y Virginia) y recojo de manera fehaciente su opinión. Ahí va. Para que vean que no estoy polarizada como dice el anuncio navideño de Campofrío.

Vero. Lo importante de *Comerás flores* es que recoge una memoria colectiva de mujeres, es decir, cuenta cosas que me han pasado a mí, a Virginia, a mi vecina. Son mujeres de distinta procedencia: clase, edad, raza... Te pongo un ejemplo —esto lo comento mucho con mis

amigos varones— en el que los protagonistas se suben a un coche, él se enfada y empieza a acelerar y ella se muere de miedo; eso lo he vivido yo y un montón de mujeres. Los tíos dicen *pero lo de la novela es ficción, ¿no?* Pues no, no lo es. Es superfrecuente. Y cuando lo lees en un libro, te das cuenta de que no es personal, sino que conlleva un relato común. Resulta reconfortante y hay que agradecérselo a la autora, Lucía Solla. Y se podría pensar que son problemas de nuestra generación, pero, ¡qué va!, son muy viejos. Lo que ocurre es que antes eran conductas íntimas, reducidas a la casa y no estaban recogidos como problemas de salud pública, en este caso me refiero a cuando la protagonista se provoca el vómito para no engordar.

Virginia. Sí, la novela trata muy bien esas violencias que casi no se verbalizan porque están incrustadas en la piel de las mujeres. Y ahora nos damos cuenta de que son micro-violencias de la conducta de los hombres en pareja y que son más habituales de lo que nos parece desde afuera.

Es muy interesante ver cómo el lector —la lectora lo pilla desde el minuto uno— va tomando conciencia de lo que pasa. Otro ejemplo. La segunda vez que los protagonistas coinciden, están en una terraza y él se acerca y le dice: *¿dónde tomamos algo?* Como ella no responde a la pregunta, insiste. Mientras nosotras ya vemos ahí a un egoísta, prepotente y manipulador, cuando lo comento con mis amigos, ellos solo ven *un tío echao p'adelante*. Pues eso, que el hombre vea que su perspectiva, en ocasiones, no es la correcta es curioso y hasta didáctico. Los hombres se acercan a *Comerás flores* como una novela que plantea una relación sentimental entre dos personas de edad muy distinta; pero nosotras pronto nos pispamos del maltrato, del narcisismo, de la manipulación. Y aunque suene extraño, de los 25 000 ejemplares, tiene bastantes lectores hombres.



Seguro que me lo aclaráis. El libro empieza: “Tengo una perra, una madre, dos hermanos y un padre muerto”. Y acaba: “Tengo una perra, una madre, dos hermanos y una foto de papá en la nevera”. No acabo de ver la conexión del padre muerto en toda la historia.

Mira, la figura del padre muerto y el duelo sanador viene a cuento porque quiere presentarnos a Marina muy frágil, débil y vulnerable al comienzo. Cuando la autora estuvo con nosotras en La revoltosa llenamos el local y vendimos un montón. La novela, pese a tu opinión, gusta y vende. Según llegan las cajas de la distribuidora, se venden. Y también a hombres, aunque sabemos que la vida lectora masculina es más privada e individual.

¿Sabéis si va a sacar otra novela pronto?

Sí, ahora, a principios de 2026. *Comerás flores* tiene un ritmo muy ágil, se lee de una sentada y esa rapidez le viene genial porque transmite sensación de ahogo; otro ritmo más lento sería un error.

Pasando a lo nuestro. Este concepto de librería-café que no solo quiere vender libros, sino crear un ambiente de libros, ¿se repite mucho en Asturias?

Creo que esta fue la primera. A partir de ahí, tenemos “La llocura” (Mieres), “Kafka & Co” y “Matadero uno” (Oviedo). Nuestro público es heterogéneo, aquí entra gente de 0 a 100 años como los lectores de Manolito Gafotas. El público quiere hablar con la librera y escucha nuestras recomendaciones y nos sugiere títulos; de ese intercambio, surge este expositor que tienes delante. Nosotros no tenemos los títulos de los grandes como “Casa del libro” o “fnac”. Nos movemos con editoriales pequeñas e independientes. Aquí “revolvemos” libros, mesas, lectores, cola-caos, perros, niños..., llevamos así doce años y nos va bien.

Elegimos los libros uno a uno y revisamos todas las semanas. Trabajamos con editoriales de confianza Las afueras, Hoja de lata, Tránsito, Altamarea. De los grandes como Random House, seleccionamos por autores o temas que nos atraen. No contamos con servicio de novedades. Todos los días recibimos cajas de libros y también devolvemos, porque el éxito cien por cien es inalcanzable.

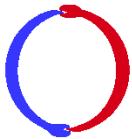
¿Y esas ediciones especiales que veo con tapa dura y demás?

Bueno, ahora, en estas fechas salen muy bien. Un libro objeto para regalo. Una edición en tapa blanda que vale 19 euros, en especial ronda los 22.

¿Qué me recomendáis?

En el lado salvaje, Tiffany McDaniel.





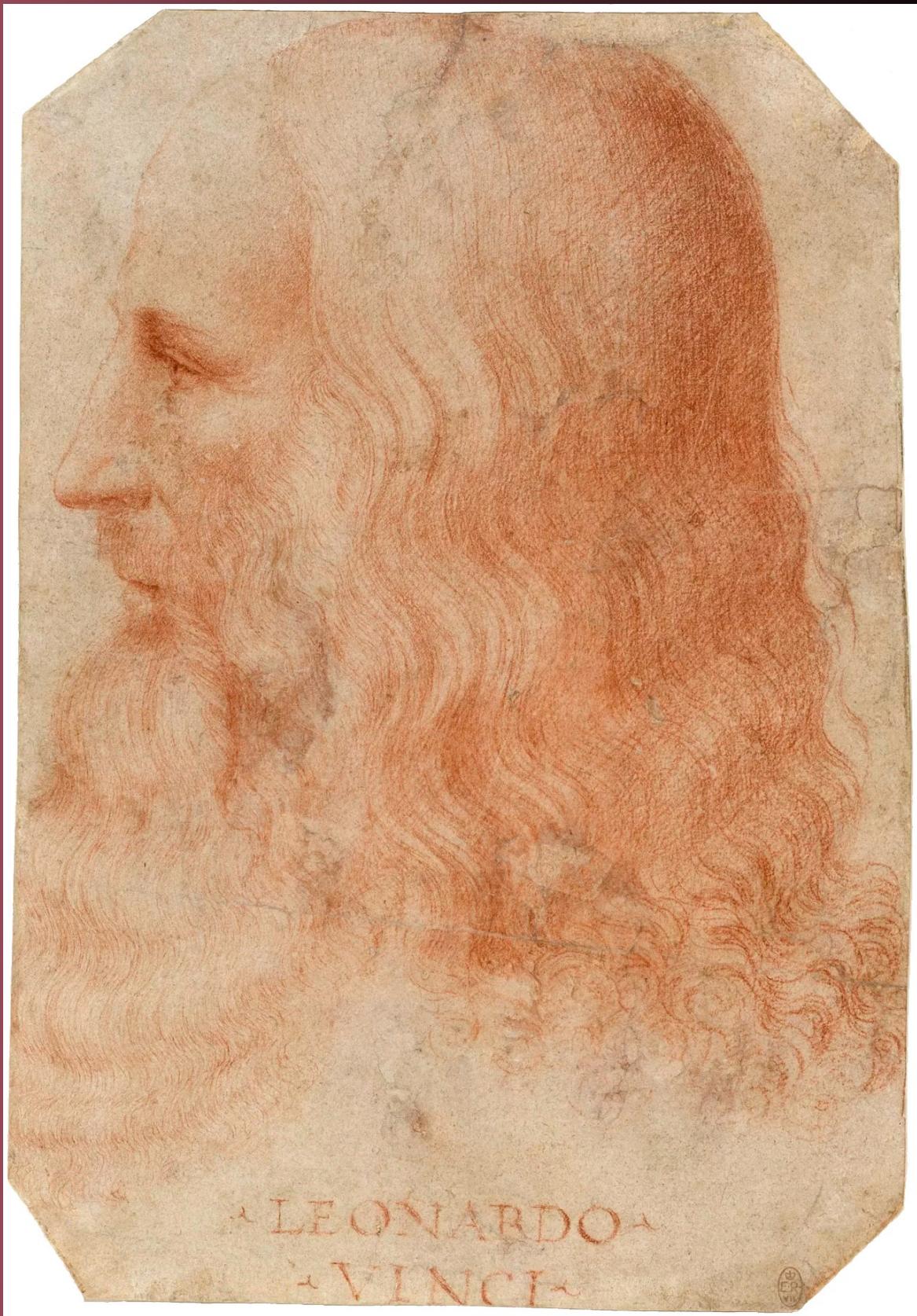
Pues dicho y hecho. En el préstamo digital de la biblioteca, he dejado *La mala costumbre* y me he puesto con este; por cierto, el comienzo es muy pintón.

En música “María Arnal i Marcel Bagés”. En Gijón hay grupos de música como “Tigre y diamante”, “León Benavente”, “Antía S.V.” y “Pauline en la playa”, que ya se mueve a nivel nacional.

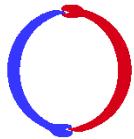
¿Y la carta de David Uclés que veo aquí?

En la novela *La península de las casas vacías* se quitaron partes. Una, por ejemplo, se desarrolla en Asturias. Entonces Uclés vino y leyó ese capítulo no editado, y nos dejó este recuerdo.

Chicas, un placer. Gracias. Volveré a La revoltosa, pero a charlar delante de un Cola-Cao.



Leonardo da Vinci:
un saber completo para comprender la
esencia del derecho



Diego García Paz

determinante: la creatividad. Es cierto que para aquellos que alcanzan niveles importantes del conocimiento en ciertas áreas, surge la necesidad de dar origen a nuevas ideas, hechos o iniciativas. Y al tiempo, la adquisición de un amplio saber conlleva a una capacidad de práctica previsión del futuro, que realmente no es una facultad sobrenatural, sino un atributo derivado de la unión del razonamiento lógico y de la experiencia.

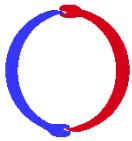
Leonardo fue un gran defensor de dos extremos esenciales también para la materia jurídica: la razón y la ya referida experiencia práctica. Como humanista, identificó al ser humano con el epicentro de todos los saberes, y el puente para conocer lo universal. A través de la razón, y no del dogma, el verdadero conocimiento se hacía posible, dando lugar a una era de luz.

Leonardo da Vinci, desde una posición iusfilosófica, fue precursor de un derecho natural de corte racionalista; desde luego, y como premisa mayor, consideró que la concepción de lo jurídico que pudiera tener siempre estaría asentada en principios no positivos, para sobre ellos edificar un ordenamiento jurídico que verdaderamente materializase la acción de la Justicia: tales principios, claves en todo su pensamiento, fueron la *necesidad* y la *proporción*.

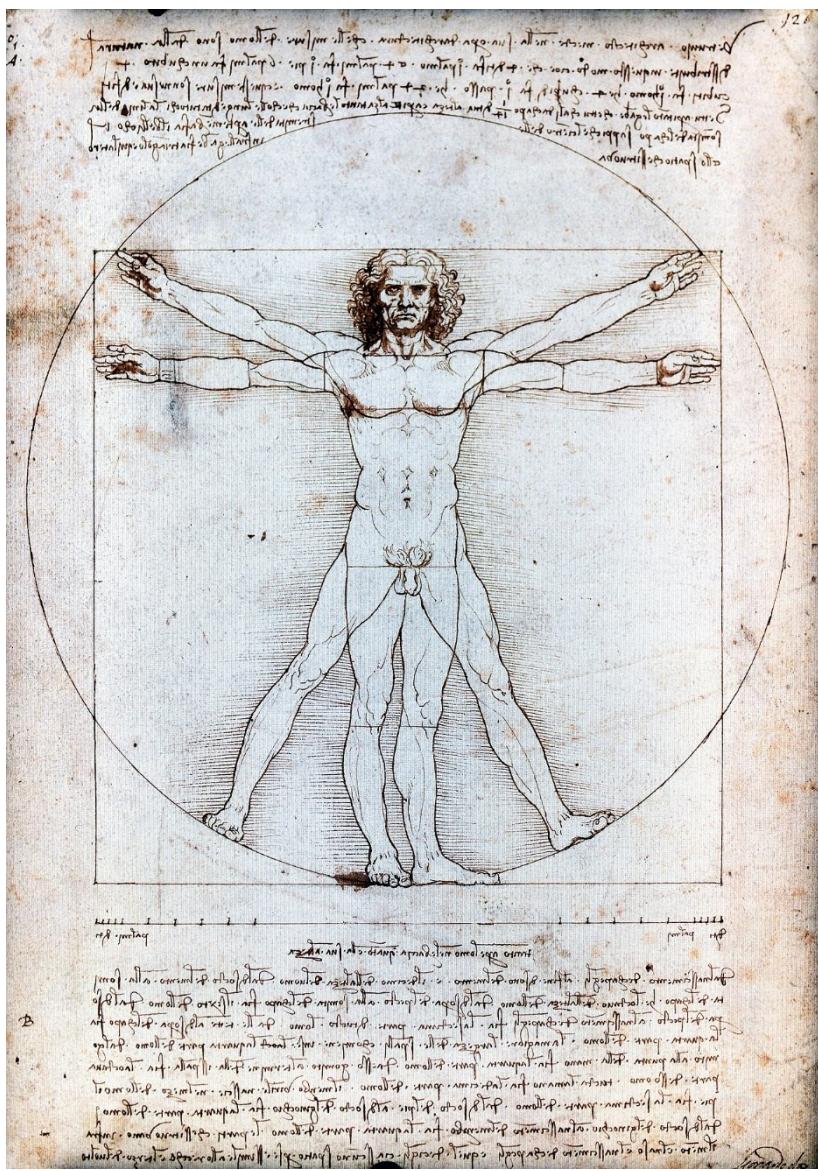
Aquello que es necesario, conceptualmente lo es porque deriva de la naturaleza, lo que resulta imprescindible para cumplir la función que le es propia; y la unión de varios elementos necesarios, desarrollando cada uno su específica función o razón de ser, lleva a la conformación de la realidad. Se trata de una metafísica aristotélica, y cuyo traslado a lo jurídico deriva en el entendimiento de que bajo el parámetro de necesidad se encuentran los derechos más esenciales del ser humano, tales como la vida o la dignidad, sin los que resulta inconcebible entender la realidad de la existencia del individuo. Estos derechos,

LEONARDO da Vinci (1452-1519) ha sido una de las personalidades más relevantes de la historia. Puede afirmarse que, más allá de que su vida discurriera en la luminosa época del Renacimiento italiano, él mismo, con su propia existencia, fue el Renacimiento, no admitiendo contraste con ningún otro intelectual, ni coetáneo suyo, ni posterior a sus tiempos, ni tan siquiera en la actualidad. Nadie ha conseguido llegar tan lejos como lo hizo Leonardo.

Fue un polímata, esto es, un sabio que dominó, con grado de perfección, múltiples ámbitos del conocimiento: desde la filosofía a la pintura, desde la escultura a la ingeniería, desde la geometría a la anatomía, desde la poesía hasta la música. Todo ello se conjugó con un factor



preestablecidos naturalmente, adquieren con posterioridad una plasmación positiva, a través de la norma jurídica. En consecuencia, aquellas normas jurídicas que no se basen en los conceptos esenciales que las preceden, no



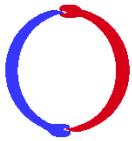
podrán cumplir el fin que les debería ser propio, y podrán realizar otros, pero alejados del sentido esencial de un sistema normativo que se constituye para garantizar el respeto a aquellos principios que configuran al ser humano.

Asentados los derechos humanos en un plano filosófico, y desde ahí reconocidos por las normas jurídicas, que llevan a su obligatoriedad material, el segundo principio clave que fundamentó el pensamiento de Leonardo fue el de la proporción que, llevado al campo jurídico, recibe una denominación equivalente, y muy

significativa: *proporcionalidad*. Los derechos pueden colisionar entre sí, de modo que es preciso establecer unas reglas que permitan la convivencia armoniosa entre ellos. Esta proporcionalidad entraña con dar a cada uno

lo suyo, como base de la justicia, y recoge la célebre tesis de Ulpiano, llevándola al contexto del fundamento filosófico y humanista del Renacimiento. Si el *Hombre de Vitruvio* es el dibujo de Leonardo que mejor expresa la proporcionalidad del individuo, cada uno, como parte de una colectividad, goza de esa misma y perfecta proporción exclusiva y personalísima, en la que se integran también todos sus derechos; pero a la vez la misma proporción debe guardarse con los derechos ajenos, evitando la confrontación de dos ámbitos independientes, de tal modo que los derechos de una parte anulen o minoren los derechos esenciales de la otra. Precisamente por ello es necesario conservar la proporción, y dar a cada uno lo que le corresponde, estableciendo unos criterios ponderativos y unas normas positivas que coadyuven a la convivencia.

El pensamiento de Leonardo da Vinci no es por lo tanto ajeno en absoluto a la materia jurídica, lo que confirma, asimismo, aquello que el autor encarnó: el conocimiento, el saber, es una unidad con diferentes caras o facetas y, con independencia del área del conocimiento en la que se desarrolle una concreta especialidad, resulta fundamental tener una cultura muy amplia, una inquietud constante por todo lo que tenga que ver con cualquier campo del saber. Un jurista eficaz es aquel que conoce el derecho, pero también comprende su raíz filosófica, las vicisitudes sociales e históricas que llevan a los cambios de



la norma positiva, extremos que capacitan para la correcta interpretación, ponderación e incluso crítica de la ley, si esta se separa de los principios que la tienen que fundamentar, dotando al profesional de una nota propia del humanista, como es la capacidad creativa, y una riqueza de léxico y exposición, que hagan de su producción escrita y oral una obra de claridad argumentativa y de calidad literaria. Solo así se puede llegar al derecho pleno, al verdadero saber jurídico. La misma perspectiva que Leonardo aplicó a sus obras pictóricas, mediante el uso inteligente de las dimensiones, de la luz, de la geometría, ha de ser aplicada al derecho: solo desde una visión o perspectiva del fenómeno jurídico que no se limite a lo superficial, a la norma positiva, se alcanzará a comprender la disciplina legal y, con ello, lo que la justicia significa. Exactamente del mismo modo que *La última cena*, célebre pintura mural de Leonardo, nadie duda de que es mucho más que color y formas.

La sabiduría es hija de la experiencia y ésta, a su vez, es intérprete entre la naturaleza y la especie humana.

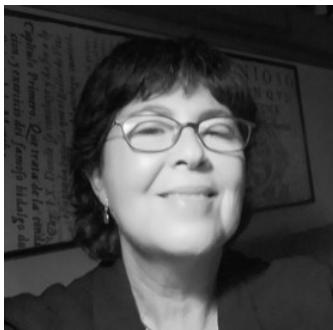
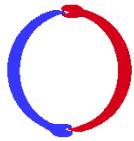
Después de haber recorrido una distancia entre rocas sombrías, llegué a la entrada de una gran caverna. Dos emociones contrarias surgieron en mí: miedo y deseo. Miedo a la amenazante caverna y deseo de ver si había cosas maravillosas en ella.

No se hace justicia haciendo leyes y más leyes, porque el exceso de leyes casi siempre conduce a la peor Justicia.

Desperté solo para descubrir que el resto del mundo aún duerme.



**Huellas de James Joyce en el legado de
Dámaso Alonso en la Biblioteca de
la Real Academia Española**



Pilar Egoscozabal

Artículo publicado en BILRAE, nº 24, 2024

1. INTRODUCCIÓN

Entre los escritores extranjeros que aportaron savia nueva y contribuyeron a la renovación de nuestra literatura durante la época denominada «Edad de Plata» se encuentra James Joyce (Dublín, 1882-Zurich, 1941). *A Portrait of the Artist as a Young Man*, publicado en 1916, fue su primera obra completa traducida al español. Dámaso Alonso, oculto bajo el seudónimo de Alfonso Donado, se encargó de traducirla y la editorial Biblioteca Nueva, de que viera la luz en 1926.

Situaremos la traducción dentro del contexto de la época y haremos referencia a la documentación manuscrita sobre el proceso de dicha traducción y de su trayectoria editorial incluida en su legado, que conserva la Biblioteca de la Real Academia Española desde 1998.

¹ Para más detalles, sobre estas contribuciones y sobre la recepción de Joyce en la prensa española y en España, en

2. LA RECEPCIÓN DE JOYCE EN ESPAÑA

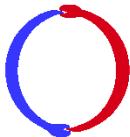
Fueron tres revistas las que se hicieron eco de la obra del autor irlandés: *La Pluma*, *Revista de Occidente* y *La Gaceta Literaria* (Santa Cecilia: 1997). Otras, como *Gaceta de Arte*, *Hélix*, *Nos*, *Los Cuatro Vientos*, *Cruz y Raya*, *Rosa dels Vents* y *Mirador*, también contribuyeron a su conocimiento en nuestro país, con aportaciones de Domingo Pérez Minik, Luis Cernuda, Miguel Pérez Ferrero o Josep Sol¹.

La primera noticia sobre Joyce, tal como señala Santa Cecilia (1997), apareció en *La Pluma*, en cuyo número 17 (octubre de 1921) el periodista inglés Douglas Goldring anunciaba, en la sección «Letras inglesas», la inminente publicación del *Ulysses* y recogía la polémica en torno a la obra y la «persecución prolongada» que los editores de *The Little Review*, donde se había publicado por entregas, estaban padeciendo.

Un año más tarde, Antonio Marichalar, gran conocedor de la literatura inglesa contemporánea, publicó en *Los lunes de El Imparcial*, el 3 de septiembre de 1922, su artículo «Valery Larbaud», en el que, a propósito de su obra *Amants, hereux amants*, señala que el autor francés toma su técnica narrativa de Joyce. Marichalar afirma que espera «la próxima producción de Larbaud para apreciar entonces la trascendencia de este bellísimo ensayo de virtuosismo literario «a la manera» de Joyce, es decir: *a la última*², hoy». El crítico participó en la *Revista de Occidente*, contribuyendo a la difusión de las nuevas ideas artísticas europeas, junto con Fernando Vela, Antonio Espina, Benjamín Jarnés y Guillermo de Torre. Su artículo, «James Joyce en su laberinto» (1924),

general, se recomienda la consulta de la excelente obra de Santa Cecilia (1996).

² En cursivas, en el original.

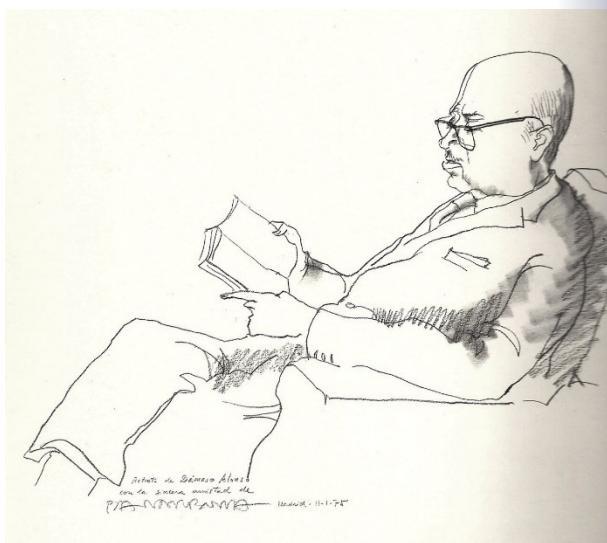


fue crucial para la difusión del autor en España. En él analiza la obra publicada por Joyce hasta el *Ulysses* y califica *A Portrait of the Artist as a Young Man* como «el más auténtico retrato de la definitiva adolescencia en que se formó este escritor», destacando el uso del monólogo interior, en general y en el resto de su obra. Posteriormente, trató la obra de Joyce en dos artículos publicados en la misma revista, «Nueva dimensión» (1929) y «Último grito» (1933).

En Galicia, vinculada a Irlanda desde siempre y reivindicadora de su condición de país celta en el Romanticismo, Joyce influyó de manera especial (Toro Santos: 1994). Fue la revista *Nos*, creación de Vicente Risco, la que recogió las principales referencias a Joyce, empezando por la suya propia, dentro de la serie «Da renacencia céltiga: a moderna literatura irlandesa» (1926). Entre los autores más influenciados por el autor irlandés, destaca Ramón Otero Pedrayo, que tradujo al gallego y publicó, en la misma revista y el mismo año, unas páginas del *Ulysses*. Años más tarde, vio la luz su novela *Devalar* (1935), cuyo protagonista, Martiño Dumbría, es paralelo a Stephen Dedalus y la ciudad de Dublín a Santiago de Compostela. En ella están presentes muchos rasgos estilísticos joyceanos, además del monólogo interior (Toro Santos: 1994). Vicente Risco, por su parte, escribió en 1929 «Dedalus en Compostela (pseudoparáfrase)», también en la misma revista.

Por otra parte, la influencia de Joyce en Valle-Inclán ha sido estudiada por Dario Villanueva, cuyas trayectorias califica de «asombrosamente paralelas», tanto desde el punto de vista vital como desde el literario. Max Estrella y Leopold Bloom, Madrid y Dublín, son objeto de un

detenido, interesante y sugerente análisis del autor (Villanueva: 1991, 1994).

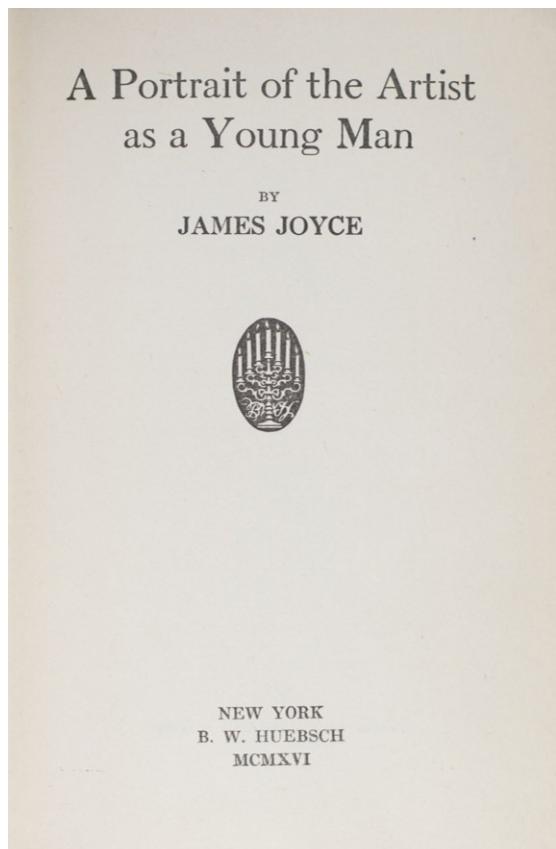
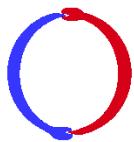


3. A PORTRAIT OF THE ARTIST AS A YOUNG MAN Y LA TRADUCCIÓN DE DÁMASO ALONSO

La obra de Joyce sufrió diversos avatares, antes de aparecer la edición definitiva, revisada y corregida, de la editorial Johnathan Cape, en 1924³. El proyecto comenzó con un ensayo, *A Portrait of the Artist*, que, tras ser rechazado por las editoriales, el autor convirtió en la novela autobiográfica *Stephen Hero*, que, a su vez, se transformó en *A Portrait of the Artist as a Young Man*, después de reescribirla su autor y darle un nuevo enfoque (Conde: 1994). La revista londinense *The Egoist* la publicó por entregas entre 1914 y 1915, pero no fue hasta 1916 cuando Joyce consiguió verla en forma de novela, en Nueva York, y un año después en Inglaterra. Finalmente, las numerosísimas erratas detectadas en estas dos ediciones impulsaron la definitiva, de 1924.

³ Dámaso Alonso utilizó un ejemplar de esa edición para su traducción, que se conserva en la Biblioteca de la RAE. Algunas de las anotaciones manuscritas en el texto de este ejemplar, no tan numerosas como podrían

suponerse ante una traducción de tamaña envergadura, coinciden con las dudas que el traductor plantea a Joyce y este le resuelve en una carta, citada más abajo.



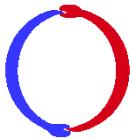
La novela se tradujo por primera vez al francés ese mismo año, con el título de *Dedalus* y a cargo de Ludmila Bloch-Savitsky. A esta traducción siguieron la española, en 1926, la alemana el mismo año (algunos meses más tarde), la japonesa en 1932 y la italiana en 1933. En España, la editorial Biblioteca Nueva comenzó a preparar su edición en 1924, en la que estaba previsto, y así se hizo, incluir el artículo de Antonio Marichalar, «James Joyce en su laberinto», a manera de prólogo, con algunos cambios hechos por el propio autor. La traducción de Dámaso Alonso fue la primera obra completa de Joyce traducida al español, aunque no fuera la primera, estrictamente hablando, pues Borges se había adelantado al traducir la última página del *Ulysses*, titulada exactamente «La última hoja del *Ulises*», que publicó en la revista *Proa* en enero de 1925, con el célebre monólogo de Molly Bloom. En el mismo número, su entusiasmo por la obra, en

cuyas páginas afirma que «bulle con alborotos de picadero la realidad total», es objeto de su artículo «El *Ulises* de Joyce».

Dámaso Alonso firmó la traducción como Alfonso Donado, un seudónimo que no consta que volviera a emplear, como tampoco consta que repitiera como traductor, si bien parece ser que la de uno de los textos incluido en los *Ensayos* de R. L. Stevenson traducidos por su esposa Eulalia Galvarriato en 1943, titulado «Yoshida-Torajiro», pudiera ser suya, según demuestra Ana Pinto (1997 y 1999). Puede que hiciera más traducciones de manera esporádica, como es el caso de la del poema «Erlebnis», de Hugo von Hofmannsthal, al que se refiere Galvarriato en un escrito sin fechar, en el que se pregunta por qué no tradujo más que la mitad y ella misma se responde: «Acaso porque otros quehaceres le llamaban y no tuvo, ya nunca, el momento propicio»⁴. Tal vez sucediera lo mismo con su labor de traductor.

Por aquel entonces, Dámaso Alonso, que había obtenido en 1921 la licenciatura de Filosofía y Letras, realizaba una estancia como lector en la Universidad de Cambridge (Inglaterra), que duró de 1924 a 1926 y que repetiría más tarde, de 1928 a 1929. Allí fue donde comenzó a preparar su traducción, para la que utilizó dicho seudónimo, reservando su nombre auténtico para la obra de creación y crítica, que por esas fechas era fecunda: recordemos que en 1925 publicó en la revista *Sí*, dirigida por Juan Ramón Jiménez, la serie de poemas «El viento y el verso», a los que siguieron los de la serie «Tormenta» en *Litoral* y la obra *Góngora y la literatura contemporánea*, ambas en 1927. Por la última recibió el Premio Nacional de Literatura ese mismo año, fecha del homenaje al poeta en el tricentenario de su muerte, que desempeñó un papel crucial en la historia de la llamada posteriormente generación del 27.

⁴ ADA-VII-4-11.

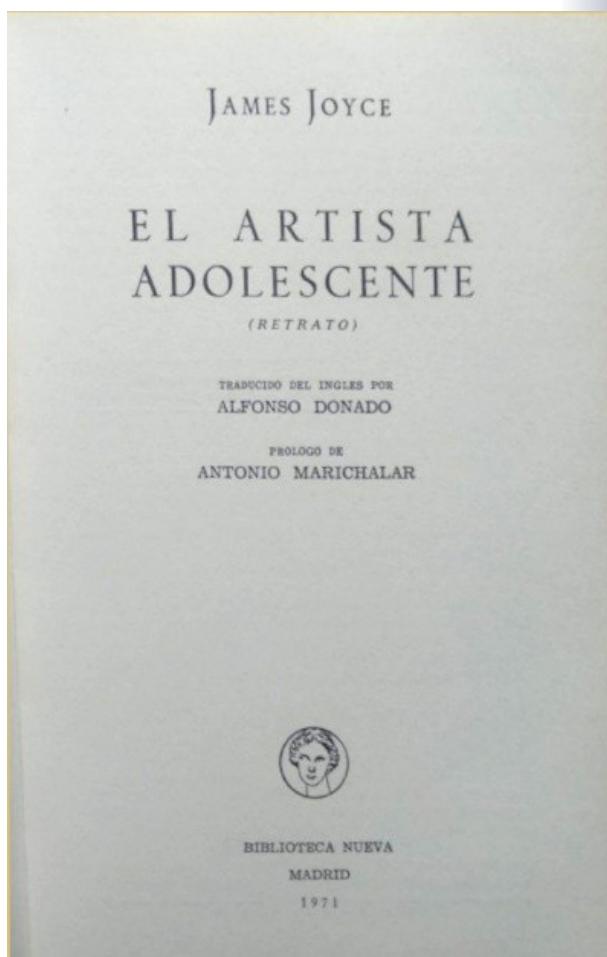


La editorial Biblioteca Nueva publicó en abril de 1926 la edición española de *A Portrait of an Artist as a Young Man* con el título *El artista adolescente*, al que, dos páginas más adelante, se le añadió «retrato», entre paréntesis.⁵ Aunque, como señala Santa Cecilia (1997), los grandes diarios españoles de la época no dieron noticia de su publicación, solo un mes más tarde, el 14 de mayo, encontramos una mención en *El Sol*, en la sección «Revista de libros», firmada por Giménez Caballero, bajo el título «De morbo gaélico». En él alaba a los que llama «los tres virtuosos» que han acertado al introducir la obra de Joyce en España: el editor de Biblioteca Nueva, Ruiz Castillo, el prologuista, Antonio de Marichalar, y el traductor, a quien califica de esa manera (es decir, de «virtuoso»):

Ante todo, por cambiarse el nombre, por seudonominarse con un apelativo de convento, que va muy bien a la índole jesuítica y colegial de la novela vertida: «Alfonso Donado». ¡Donado! ¡Bien, Dámaso Alonso! ¡Timidón! Una traducción así vale la pena de firmarla, no solo con el apellido —Alonso— del padre, sino hasta con el de la madre, con todo el nombre completo de uno (...) Una traducción tomada con amor de telaraña, de tejedor, de mosaísta, es una obra de arte ya por sí sola.

En el número 13 de la *Revista de Occidente* de ese mismo año, Benjamín Jarnés lo celebraba igualmente, aunque no alababa especialmente la obra y, sin quitarle méritos, apuntaba los pocos seguidores que, a su entender, tendría (tal vez de una forma un poco prematura, dada la fecha de su reseña): «*El artista adolescente*, traducción (...) llevada felizmente a cabo por 'Alfonso Donado' y publicado en este año por la Biblioteca Nueva, tuvo la virtud de desenrollar los viejos mapas y desencadenar un torbellino

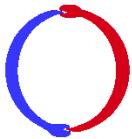
de recuerdos. Menos suerte tuvo en suscitar viajeros».



Ramón Pérez de Ayala, también en 1926, habla de la obra y, más concretamente, de su prologuista, en el suplemento literario de *La verdad*: «Antonio Marichalar juzgado por Ramón Pérez de Ayala», cuya primera versión había aparecido en *La Prensa*, de Buenos Aires. Años más tarde, recogió sus opiniones sobre Joyce en los artículos incluidos en *Principios y finales de la novela*: «La novela psicológica: salto mortal de Richardson a Joyce», «El pregonero de Joyce», «Los panegiristas (?) de Joyce» y «Algo sobre Joyce» (Pérez de Ayala: 1958).

⁵ El título completo, *Retrato del artista adolescente*, apareció en la edición de Lumen de 1976, al mismo

tiempo que el nombre real del traductor, por primera vez.



4. TESTIMONIOS DEL PROCESO DE TRADUCCIÓN DE *A PORTRAIT OF AN ARTIST AS A YOUNG MAN* Y DE SU TRAYECTORIA EDITORIAL EN EL LEGADO DE DÁMASO ALONSO

En el legado de Dámaso Alonso, depositado en la Biblioteca de la RAE en 1998, existen testimonios manuscritos del proceso de traducción de la obra de Joyce, así como de su trayectoria editorial.

En cuanto a los relativos al proceso de traducción, simultáneos y posteriores a dicho proceso, contamos con los siguientes:

- Carta de Joyce a Dámaso Alonso, fechada el 31 de octubre de 1925⁶, durante la estancia del irlandés en París. En ella responde a una serie de dudas que el traductor le ha planteado previamente, entre las cuales se encuentran las relativas al propio título de la obra, desde la traducción de *young man* como «adolescente», en lugar de «joven», hasta la pertinencia de respetar el término «retrato», cosa que el traductor no hará, frente a la opinión del autor. Este le remite a la versión francesa, algo que parece que no fue del agrado de Dámaso, tal como le contará años después a Alan M. Cohn, pues consideraba al pueblo español y al irlandés similares y no deseaba que la versión francesa, más ajena desde el punto de vista cultural, se interpusiera (Cohn: 1963, 408)⁷.

Joyce responde con sumo detalle a todas las preguntas del traductor, aunque en ocasiones le sugiere que no interprete nada que no aparezca en el texto, pues a veces su

intención es precisamente la de no querer decir nada (*translate this word for word. It means and is intended to mean, nothing*).

- Seis cartas de Alan M. Cohn a Dámaso Alonso: todas fechadas en 1962 (26 de enero, 7 de marzo, 22 de agosto y 18 de septiembre) menos una, del 12 de noviembre de 1963. En ellas le plantea una serie de cuestiones relacionadas con su labor de traductor: en primer lugar, sobre su uso del seudónimo y si es cierto que, como ha leído en *Literatura española contemporánea* de Juan Chabás (1952), lo utilizó para «librar a su nombre verdadero de reproches eclesiásticos y familiares», dado el carácter de la obra traducida. Además, le hace numerosas preguntas sobre la carta que recibió de Joyce y le solicita una reproducción «fotostática» de dicha carta, cosa que sí le envió Dámaso⁸.

En la carta fechada en 1963 le da noticias del artículo que ha escrito después de recibir esta información y de su pérdida al enviarlo a la *Revue de littérature comparée*, donde se publicó tres meses después de lo previsto.

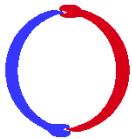
- Un borrador mecanografiado de una carta de Dámaso Alonso a Cohn, sin fecha, escrita en inglés y con correcciones manuscritas⁹. En ella aclara que durante los años 1924-1925 estuvo enseñando lengua y literatura españolas en Cambridge y fue entonces cuando se enfrentó a la traducción, acudiendo a un joven irlandés que le ayudó a resolver las dificultades y a identificar los lugares de Dublín y los coloquialismos que aparecían en la obra. Fue a su vuelta a

⁶ ADA-I-1249-1 y 2. Publicada por Ellman en *Letters of James Joyce*, III (1966) y también recogida en *Cartas escogidas*, II (1982).

⁷ A pesar de eso, deducimos que la versión francesa fue objeto de numerosas consultas, a juzgar por lo gastado por el uso que se encuentra el ejemplar que perteneció a su biblioteca.

⁸ Reproducción que Cohn facilitó, a su vez, al Harry Ransom Center de Austin (Texas), para la colección «The Joyce Calendar», tal como consta en el catálogo de la institución.

⁹ ADA-I-1-542.



España cuando escribió a Joyce y recibió la carta mencionada más arriba. Esta, que actualmente presenta un estado de conservación delicado, ya lo presentaba en esa época, debido a la mala calidad del papel utilizado por Joyce, como afirma el propio don Dámaso.

Las consultas que Cohn dirigió a Dámaso Alonso en las cartas citadas se materializaron en el artículo «*The Spanish Translation of A portrait of an Artist as a Young Man*», publicado en el número XXXVII de la *Revue de Littérature Comparée*, de julio-septiembre de 1963. Tras cotejar el artículo con el borrador de la carta de Dámaso Alonso a Cohn, podemos afirmar que se trata del de la citada por este, con fecha de 27 de febrero de 1962, en la que contesta a todas las dudas del profesor inglés¹⁰. En su artículo se resume el proceso de traducción de la obra que, en palabras del propio Dámaso Alonso, era «la obra de su alma» (*the work of my soul*); en él incluye la reproducción de la carta de Joyce. En cuanto a la utilización del seudónimo y la explicación de Juan Chabás, la respuesta de don Dámaso no coincide en absoluto, y así se lo explica a Cohn: si eligió el seudónimo fue porque en ese momento estaba implicado en un trabajo creativo y pensaba que la traducción era algo secundario.

Cohn termina su artículo señalando las traducciones al español que se hicieron en América del Sur a partir de la primera, en las que se reprodujo el seudónimo sin consultar al traductor, aunque era de sobra conocido quién se ocultaba tras él. La falta de comunicación hizo que se reprodujeran numerosas erratas y se cometieran otras nuevas, e incluso llevó a Dámaso Alonso a preguntarse (según cuenta

Cohn) si el tratamiento que la obra había recibido por parte de los editores americanos implicaba que su traducción era una especie de *res nullius*. Pero para el profesor y bibliotecario norteamericano lo importante fue la gratitud de los países de habla hispana hacia «don Dámaso» por haber proporcionado el acceso a esta obra, y el hecho de que el joven poeta se hubiera enfrentado al arduo trabajo de traducirla, un testimonio más de la influencia de Joyce en la literatura de su tiempo (Cohn: 1963).

En cuanto a las huellas de la trayectoria editorial de la obra, constan las siguientes en el legado a la Real Academia Española:

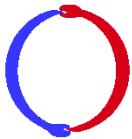
- Carta fechada de A. E. Maynard (2 de mayo de 1947), en respuesta a una de Mrs. M. J. Simpson, del Instituto Británico de Madrid, relativa a los derechos de autor adquiridos en su momento por Biblioteca Nueva¹¹.
- Documentación de la editorial Lumen, relacionada con la publicación de la obra en la colección «Palabra en el tiempo». Incluye seis cartas y un contrato editorial¹²:
 - Carta de Antonio Vilanova, director de la colección, fechada el 28 de febrero de 1970.
 - Cinco cartas de Esther Tusquets (19 de febrero, 4 de marzo, 15 de marzo, 10 de mayo y 7 de julio de 1976).
 - Contrato de edición, firmado por Esther Tusquets y Dámaso Alonso el 1 de marzo de 1976.
 - Carta de Magín Tusquets, fechada el 15 de marzo de 1976.

¹⁰ Alan M. Cohn fue bibliotecario en la Biblioteca de Humanidades de la Southern Illinois University, en Carbondale, además de profesor de inglés. Se especializó en Joyce y en Dickens y escribió numerosos ensayos,

sobre todo en el *Joyce Quarterly* y en el *Dickens Quarterly*, respectivamente.

¹¹ ADA I-1-1503.

¹² ADA I-5-28.



Las cartas tratan de diversos asuntos relacionados con la recuperación de la traducción por Lumen, comenzando por la invitación de Antonio Vilanova a hacerlo en la colección «Palabra en el tiempo», de la que era director, en la que pide permiso a don Dámaso para sustituir el seudónimo por el nombre real, ante su utilización por varias editoriales latinoamericanas que no han respetado los derechos de autor, como se vio más arriba. Las de Esther Tusquets son relativas al proceso de edición, desde el envío y formalización del contrato hasta las sugerencias sobre las correcciones y el ofrecimiento de la posibilidad de utilizar la edición de Biblioteca Nueva para tomar el ejemplar como modelo y añadir sobre él las correcciones para la nueva edición. La de Magín Tusquets ataña a la retribución económica de la traducción.

No relacionadas ni con el proceso de traducción ni con el editorial, constan en el legado:

- Una carta de Michael Groden, fechada el 31 de octubre de 1925. Groden, de la Western Ontario University, habla de su proyecto *James Joyce Archive* y le pide a Dámaso que le mande una copia de la carta de Joyce para incluirla en su edición facsímil de la obra. El proyecto se materializó en la publicación de los 63 volúmenes con la obra manuscrita de Joyce en reproducción facsímil por la editorial Garland, de Nueva York, entre 1977 y 1979.
- Otra, mucho más reciente, de 1983, de Mario E. Teruggi, científico, geólogo y humanista

¹³ El artículo no figura entre los documentos del legado y tampoco hemos encontrado ninguna referencia a él. El estudio sobre *Finnegans Wake* dio como resultado dos obras: *Aproximación a 'Finnegans Wake'* (1992) y *El 'Finnegans Wake' por dentro* (1995), que tampoco constan en la biblioteca de Dámaso Alonso.

¹⁴ ADA-V-1-60.

¹⁵ Por la afirmación que hace al remitir al artículo de Marichalar, que supone conocido para «los lectores de

argentino, en la que le envía un artículo sobre Góngora y Joyce, agradeciéndole su ayuda, y le anuncia la publicación de un estudio sobre *Finnegans wake*¹³.

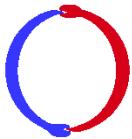
5. UN TESTIMONIO MÁS: EL BORRADOR DE UN POSIBLE ARTÍCULO

Junto a los documentos anteriores, relacionados con el proceso mismo de la traducción, su trayectoria editorial y la presencia de la obra de Joyce o relacionada con él en el legado de Dámaso Alonso, encontramos lo que parece ser el borrador de un artículo mecanografiado, con correcciones a mano y, posiblemente, cercano a la fecha de la traducción, en el que analiza la obra, en un intento de «acercar la comprensión española hacia la figura del artista adolescente, en algunos aspectos parciales». Se trata del titulado: *James Joyce, El artista adolescente (retrato)*¹⁴. Pero, casi tanto o más que el análisis, tienen interés los comentarios que deja caer sobre varias cuestiones¹⁵.

En él, don Dámaso habla de la huida de Stephen Dedalus y de su ruptura de los vínculos espaciales, es decir, de la Irlanda de finales del siglo XIX:

Y esta vez la huida, por el puente de una traducción, ha sido a España, [porque] Dedalus pudo nacer lo mismo en Irlanda que en España. No hubiera podido ser francés, inglés o alemán, pero hubiera podido ser español (...) Stephen se

esta revista», pudiera estar destinado a la *Revista de Occidente*, aunque no ha sido posible localizarlo por el momento. La consulta a la Fundación Ortega y Gasset y al Archivo de la Real Maestranza de Caballería de Ronda, que custodia el de la antigua secretaría de la *Revista de Occidente*, Lolita Castilla, tampoco han proporcionado ningún resultado. Aprovecho para agradecer el interés de los responsables de ambas instituciones.



educa con los jesuitas en Conglowes, léase: Chamartín, El Puerto, Orduña... En casa de Stephen se habla constantemente de política y religión. Mister Dedalus, el padre de Stephen, come *more hispanico* (véase *El castellano viejo* de Larra) y habla como cualquier progresista ibérico: «Somos una raza gobernada por los curas y dejada de la mano de Dios». Y ¿no se reconoce en Dublín, ciudad borrosa y monstruosa, desvaída en la imaginación de cualquier extranjero, la réplica de un Madrid sin Museo del Prado?

En la misma línea, Dámaso Alonso destaca la similitud de los personajes con la idiosincrasia española, desde la actitud de la amada de Dedalus, que es capaz de susurrar «sus inocentes transgresiones a través de una rejilla en las orejas de un sacerdote», al que califica de «palurdo convertido en cura», hasta las principales preocupaciones de los personajes de la novela: la religión y el sexo. Ante la huida de Dedalus para romper todos los vínculos, afirma: «Pobre Esteban: quería huir de las redes de su patria y ha venido a la patria de las redes, quería huir de la iglesia y ha llegado a la tierra en donde por todas partes se va a Roma. Inútil fuga. Esteban se sentirá aquí como en su patria misma».

Don Dámaso señala la recepción en la prensa de su traducción, aprovechando para lanzar algunos dardos sobre el desconocimiento, que presupone, de lo que se reseña, tal como el monólogo interior, del que se hablaba pero «muy pocos se enteraban»; o sobre la comparación con Proust o con A.M.D.G., en una de sus críticas más duras a Ramón Pérez de Ayala, pues, a su juicio, ni los personajes se parecen ni existe relación entre la «intención sectaria de Pérez de Ayala y la puramente estética de Joyce». A lo que añade: «;Y quién

tendrá un gusto tan hediondo, tan abominable que pueda preferir el ambiente de chabacanería –lenguaje y pensamiento– de la obra del español a la pura unción emotiva del irlandés, a la luz blanca y parpadeante que ilumina la figura hamletiana de Stephen Dedalus?».

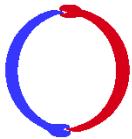
6. OBRAS DE JOYCE EN LA BIBLIOTECA DE DÁMASO ALONSO

Junto a los testimonios manuscritos, en el legado de Dámaso Alonso encontramos algunas obras sobre Joyce que responderían a su interés por el autor, en la misma época y años después de haber llevado a cabo su traducción, como se verá más adelante en la relación de títulos.

En cuanto a las obras del propio Joyce, constan el ejemplar de *A Portrait...* de la edición de 1924 que utilizó para su traducción, así como la traducción al francés a la que le había remitido el propio Joyce en su carta. Llama la atención, sin embargo, que no conserve ningún ejemplar de la suya propia para la editorial Biblioteca Nueva. La explicación pudiera estar en la opción que la editora Esther Tusquets le ofreció para su publicación en Lumen: la de tomar esa primera edición como modelo y añadir en el texto de su ejemplar las correcciones para la nueva. En este sentido, es significativa la carta enviada, fechada el 4 de marzo de 1976, en la que la editora le sugiere: «Lo mejor sería que usted me mandara un ejemplar corregido. O bien, si le es más cómodo, que yo diera a la imprenta el libro tal cual y usted corrigiera luego galeradas». Probablemente, don Dámaso optó por enviar su ejemplar corregido y no lo recuperó¹⁶.

¹⁶ Dado que el archivo de la editorial Lumen fue adquirido por la Biblioteca de Catalunya en 2014, es lógico pensar que pudiera encontrarse entre sus fondos, pero esto no ha sido posible corroborarlo por el momento. Agradezco la amable respuesta del personal de la

Biblioteca de Catalunya a mi consulta: según me informan, los fondos del archivo de Lumen solo contienen correspondencia y algunos originales, entre los que no se encuentra el de esta obra.



Joyce siguió siendo del interés de Dámaso Alonso, pero no así la labor emprendida por Alfonso Donado. Como se deduce de las cartas de Esther Tusquets, la nueva edición del *Retrato* era ajena a sus prioridades. Finalmente, salió a la luz en 1976, tras la revisión del traductor y después de hacer esperar, a veces hasta la exasperación, a la editora.

7. ALFONSO DONADO Y LA INTRODUCCIÓN DE LA OBRA DE JOYCE EN ESPAÑA

Sin entrar en la huella de Joyce en la literatura universal, la versión de Dámaso Alonso, en lo que afecta a España, influyó en la obra de escritores como Rosa Chacel, quien, en el prólogo a su obra *Estación, ida y vuelta*, publicada curiosamente por la editorial Ulises en 1930, afirma:

Este libro publicado en Madrid por la editorial Ulises en 1930, fue escrito en Roma en el invierno del 25 al 26 (...) Puedo todavía señalar dos cosas culminantes que aparecieron poco después del 20: la traducción del primer tomo de Freud (...) y la traducción de *El retrato del artista adolescente*. El descubrimiento de Joyce me dio la seguridad de que, en novela, todo se puede hacer: poesía, belleza, pertinacia de la fe... Con ese equipaje me fui a Roma, *recién casada*, en 1922¹⁷.

Es evidente que hay un error en la fecha que cita, pues hemos visto que hasta 1926 no se publica la traducción de don Dámaso, pero es destacable esta influencia asumida por la autora, que apunta al reconocimiento de que el autor irlandés goza ya en España.

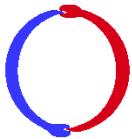
También Antonio Machado había leído a Joyce en 1927, cuando fue propuesto para la Real Academia Española y comenzó a escribir un esbozo de discurso, en el que cita el *Ulises* en contraposición con *En busca del tiempo perdido*

(Machado: 1986, 1988). Teniendo en cuenta que la primera traducción al español es la de Subirat, en 1945, es probable que don Antonio leyera la versión francesa, publicada en 1929 – a cargo de August Morel y Stuart Gilbert, revisada por Valery Larbaud –, ya que su proyecto de discurso pudo redactarse hacia 1931 (Álvarez de Miranda: 2011).

Sin embargo, la obra de Joyce apenas tuvo influencia –al decir de algunos críticos– en la llamada «generación del medio siglo» o de los «niños de la guerra», representada por Rafael Sánchez Ferlosio, Jesús Fernández Santos, Ignacio Aldecoa, Carmen Martín Gaite, Ana María Matute o Juan Goytisolo, a los que se añadieron más tarde Caballero Bonald, García Hortelano, Martín Santos y Benet. «A ninguno le oí el nombre de James Joyce como una influencia o lectura fundamental entre las muchas que mencionaban en nuestras largas y muchas veces polémicas conversaciones» (De la Rosa: 1994). Quien sí lo conocía, continúa M. de la Rosa, era Núñez Alonso, que afirmaba que «el inmenso universo de Joyce (...) pone al descubierto el aldeanismo realista de la novela española. Aquí a Joyce no lo ha leído nadie». Y en quien indudablemente sí influyó fue en Luis Martín Santos y su *Tiempo de silencio*.

Descendiendo a la traducción en sí misma, con el paso del tiempo y a la luz de un examen más minucioso –además de un conocimiento más profundo de la obra de Joyce–, parece ser que no se trató, objetivamente, de una obra de arte. Lo cual, teniendo en cuenta la dificultad de la escritura joyceana y la carencia de traducciones en ese momento (solo se disponía, como hemos visto, de la francesa), no le quita mérito al osado traductor, más bien al contrario. Aunque Valverde, el gran especialista y traductor de Joyce, consideró la traducción «memorable» en su prólogo a la suya del *Ulises* (Joyce: 1989), Ángeles Conde (1994), tras cotejar minuciosamente la traducción de Subirat con la de Morel y Stuart Gilbert, consideró que la traducción de Subirat «es una traducción que no es de Joyce, es de Subirat».

¹⁷ En cursivas en el original (Chacel: 1989).



mente el original y la traducción, llega a la conclusión de que existen aciertos, pero también numerosos errores, por desconocimiento de la realidad a la que Joyce se refiere o por cierta falta de dominio de la lengua inglesa (Conde: 1994).

Frente a esta opinión, García Tortosa (1994), realizando un cotejo similar, resalta sus cualidades literarias, precisamente porque hay que considerarla como una interpretación hermenéutica y una adaptación de la obra, lingüística y culturalmente, al español de 1926, que no se deja atrapar «por las referencias anecdóticas temporales». La valentía a la hora de afrontar esta tarea es algo en lo que coinciden todos los autores que la citan.

En cualquier caso, su importancia es indudable en la historia de la recepción de Joyce en España y en América, donde entre los años 30 y 70 tuvo lugar un proceso de «joyceización» de grandes proporciones que afectó a escritores de numerosos países, entre los que destacan Argentina, México y Cuba.¹⁸ Borges, con su primera traducción del monólogo de Molly Bloom y la influencia posterior en su obra –al menos, en un primer periodo de entusiasmo por el autor irlandés–, Leopoldo Marechal y su novela *Adán Buenosayres* (1948) y Julio Cortázar y *Rayuela* (1963) acusaron esta influencia, al igual que los mexicanos Fernando del Paso, Gustavo Sainz o Carlos Fuentes (Fiddian: 1989). En Cuba, es Lezama Lima quien mejor representa esta corriente en su obra *Paradiso* (Salgado: 1997). Estudios más recientes, a los que remitimos, añaden detalles sobre estas influencias, como el

¹⁸ En 1938 se publicó en la colección Austral de Espasa-Calpe Argentina (con sede en Buenos Aires y México) una edición del *Retrato* con la traducción de «Alfonso Donado» y otra posterior, en 1956, a cargo del editor bonaerense Santiago Rueda. Fue también en Argentina, en 1945, donde Salas Subirat publicó la primera traducción del *Ulysses* al español.

¹⁹ Joyce comenzó *Finnegans Wake* en 1923 y la estuvo escribiendo durante dieciséis años, hasta publicarla, finalmente, en 1939. Mientras componía la obra, la tituló

volumen colectivo *TransLatin Joyce* (2014) o el artículo de Camperos García (2022), entre otros.

A modo de conclusión: Dámaso Alonso perduró y Alfonso Donado dio nombre a una etapa efímera del autor. Los campos de la literatura y de la filología recibieron la fructífera obra de este gran hispanista, director de la Real Academia Española desde 1968 hasta 1982, así como su legado, de extraordinaria importancia entre los fondos de la Biblioteca. Pero, si bien no siguió cultivando la traducción, la que hizo representó todo un hito en la literatura española e hispanoamericana, pues abrió las puertas a la recepción del genio universal que fue James Joyce.

RELACIÓN DE TÍTULOS DE OBRAS DE JOYCE EN LA BIBLIOTECA DE DÁMASO ALONSO

A) Obras de Joyce:

Dubliners

- *Dubliners*, London, Johathan Cape, 1928.

RAE 65a SE-IV-3-7-7

RAE 64a SE-IV-2-2-4

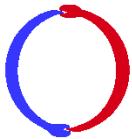
- *Gens de Dublin*, traducción de Yva Fernández, Hélène du Pasquier y JacquesPaul Reynaud; prefacio de Valery Larbaud, Paris, Librairie Plon, 1926. RAE 64a SE-IV-2-3-22. Con anotaciones manuscritas.

- *Gente de Dublín*, traducción de I. Abelló, Barcelona, Tartessos, 1942. RAE 65a SE-IV-3-7-8

Finnegans wake

- «Opening pages of a work in progress», *Transition*, n. 1 (April, 1927)¹⁹. RAE DA Foll. 322-2

Work in progress y publicó diecisiete fragmentos en distintas revistas, siendo la primera *Transatlantic review*, en 1924. Junto a estos fragmentos se publicaron otros en forma de folletos, como *Anna Livia Plurabelle* o *Tales told of Shem and Shaun*, hasta que vio la luz la obra completa en la editorial neoyorquina The Viking Press (Farnolli y Gillespie: 1996). En el legado de Dámaso Alonso se encuentra el fragmento recogido en el número 1 de *Transition*, revista de vanguardia publicada de 1927 a 1938 y distribuida a través de la librería y editorial



- *Finnegans Wake by James Joyce: a check list: including publications of portions under the title Work in Progress*, compiled by James Fuller Spoerri, Evanston (Illinois), Northwestern University Library, 1953.

RAE DA Foll. 120-9

Pomes penyeach:

- *Pomes penyeach*, Paris, Shakespeare and Company, 1927.

RAE 65a SE-IV-3-7-6

A portrait of an artist as a young man:

- *A portrait of the artist as a young man*, London, Johathan Cape, 1924. RAE 54 D-4-2-4-42. Con anotaciones manuscritas.

- *Dedalus: portrait de l'artiste jeune par lui-même*, traducción de Ludmila Savitzky, Paris, Sirène, 1924. RAE 64a SE-IV-2-2-4

- *El artista adolescente: retrato*, Buenos Aires, México, Espasa-Calpe, 1938. RAE 54 D-4-2-4-46

- *El artista adolescente: retrato*, traducción de Alfonso Donado, Biblioteca Nueva, 1963.

RAE 55 D-4-3-3-7

- *A portrait of the artist as a young man*, Mitcham, Penguin Books, 1963. RAE 55 D-4-3-3-8

- *Retrato del artista adolescente*, traducción de Dámaso Alonso, Barcelona, Lumen, 1976

RAE 54 D-4-2-4-44

- *Retrato del artista adolescente*, traducción de Dámaso Alonso, Madrid, Alianza, 1978.

RAE 54 D-4-2-4-44

RAE DA-1127

Ulysses:

- *Ulysses*, 5ª reimpresión, Paris, Shakespeare and Company, 1924.

RAE 64a SE-IV-2-2-6. Con anotaciones manuscritas a lápiz, aunque se interrumpen en la página 17.

- *Ulysse*, traducción al francés de Auguste Morel, Paris, La Maison des amis des livres, 1928.

RAE 64a SE-IV-2-2-5

- *Ulises*, traducción de José María Valverde, Barcelona, Lumen, 1976.

RAE 64a SE-IV-2-3-23 a 24

B) Obras sobre Joyce:

- Gorman, Herbert S., *James Joyce, his first forty years*, New York, B. V.

Huebsch, 1924.

RAE 64a SE-IV-2-3-25

- Golding, Louis, *James Joyce*. London: Thornton Butterworth, 1933. RAE 64a SE-IV-2-3-26

- Joyce, Stanislaus, *My brother's keeper*. London, Faber and Faber, 1958. RAE 64a SE-IV-2-2-7

- Cohn, Alan M., «Rosenbach, Copinger and Sylvia Beach in 'Finnegans Wake'», *Publications of the Modern Language Association of America*, n. 3, junio 1962, págs. 342-344.

- Tello, Jaime, «Un experimento joyceano», *Revista nacional de cultura*, n. 148-149, 1962.

RAE DA Foll. 229-18

RAE DA Foll. 234-12

- Cohn, Alan M., «The Spanish translation of *A portrait of the artist as a young man*», *Revue de litterature comparée*, XXXVII, jul-sept. 1963. RAE DA Foll. 78-48. Dedicatoria del autor.

- Tuoni, Dario de, *Ricordo di Joyce a Trieste: con una lettera di James Joyce*, Milano: All'Insegna del Pesce d'Oro, 1966. RAE 61a P-843.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Álvarez de Miranda, Pedro, *En doscientas sesenta y tres ocasiones como esta: discurso leído el día 5 de junio de 2011 en su recepción pública por el Excmo. Sr. D. Pedro Álvarez de Miranda de la Gándara y contestación del Excmo. Sr. D. Manuel Seco Reymundo*, Madrid, Real Academia Española, 2011. Accesible en: <https://www.rae.es/academico/pedro-alvarez-de-miranda> [consulta: 1-4-2024].

Borges, Jorge Luis, «El Ulises de Joyce», *Proa*, enero, 1925, págs. 8-9.

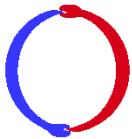
Borges: «La última hoja del Ulises», *Proa*, enero, 1925, págs. 8-9.

Calvo Tello, José, «Corpus de novelas de la Edad de Plata, en XML-TEI», *Revista Signa*, 30 (2021), págs. 83-107. Accesible en: <https://encl.pw/4pL5W> [consulta: 26-3-2024].

Camperos García, Karlin Andrés, «La poética de James Joyce en la literatura latinoamericana. reescrituras del caos-mundo en contextos culturales conflictivos», *Entre lenguas: revista del Centro de Investigaciones en Lenguas Extranjeras*, 22 (2022), págs. 65-79.

Chabás, Juan, *Literatura española contemporánea: 1898-1950*, edición de Javier Pérez Bazo, con la colaboración de Carmen Valcárcel, Madrid, Verbum, 2001.

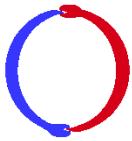
Shakespeare and Company. En ella colaboraron los escritores más importantes del momento.



- Chacel, Rosa, *Estación. Ida y vuelta*, Madrid, Cátedra, 1989.
- Conde Parvilla, Ángeles, «*A Portrait of the Artist as a Young Man*» traducido al español», *Joyce en España. I*, A Coruña, Universidade da Coruña, 1994, págs. 45-54.
- De la Rosa, Julio M.: «James Joyce en España», *Joyce en España. I*, A Coruña, Universidade da Coruña, 1994, págs. 13-18.
- Fiddian, Robin William, «James Joyce and Spanish-American fiction: a study of the origins and transmission of literary influence», *Bulletin of Hispanic Studies*, LXVI (1989), págs. 23-39.
- García Tortosa, «Las traducciones de Joyce al español», *Joyce en España. I*, A Coruña, Universidade da Coruña, 1994, págs. 19-30.
- Giménez Caballero, Ernesto, «De morbo gaélico», *El Sol*, 14 de mayo de 1926.
- Groden, Michael, *The James Joyce Archive*, edición de Michael Groden... [et al.], New York, Garland Publishing, 1978.
- Joyce, James, *Cartas escogidas*, Barcelona, Lumen, 1982.
- , *Dedalus: portrait de l'artiste jeune par lui-même*, traducción de Ludmila Savitzky, Paris, Éditions de la sirène, 1924.
- , *Letters of James Joyce*, III, New York, Viking, 1966.
- , *A portrait of an artist as a young man*, New York, B. W. Huebsch, 1916.
- , *A portrait of an artist as a young man*, London, The Egoist Press, 1917.
- , *A portrait of an artist as a young man*, London, Johnatan Cape, 1924.
- , *Ulises*, prólogo y traducción de José María Valverde, Barcelona, Lumen, 1989.
- , *Ulysses* (anacos da soadisema novela de James Joyce, postos en galego do texto inglés por Ramón Otero Pedrayo), *Nos*, año VIII, n. 32 (1926), págs. 3-11.
- Machado, Antonio, *Proyecto del discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua*, Madrid, El Observatorio, 1986.
- , «Proyecto de un discurso de ingreso en la Academia de la Lengua», *Prosas completas*, edición de Oreste Macrì, Madrid, Espasa-Calpe, 1988, págs. 1787-1790.
- Mainer, José Carlos, *La Edad de Plata (1902-1939): ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra, 1981.
- Marichalar, Antonio, «James Joyce en su laberinto», *Revista de Occidente*, 17, noviembre 1924, págs. 177-202.
- , «Nueva dimensión», *Revista de Occidente*, 72, 1929, págs. 380-383
- , «Último grito», *Revista de Occidente*, 146-147, 1933, págs. 166-171.
- , «Valery Larbaud», *Los lunes de El Imparcial*, 3 de septiembre de 1922, pág. 3. Accesible en: <https://acortar.link/goeY6h> [consulta: 25-11-2023].
- Otero Pedrayo, Ramón, *Devalar*, Santiago de Compostela, *Nos*, 1935.
- Pérez de Ayala, Ramón, «Antonio Marichalar juzgado por Ramón Pérez de Ayala», *Suplemento literario de La verdad*, 59, 10 de octubre de 1926.
- , *Principios y finales de la novela*, Madrid, Taurus, 1958.
- Pinto, Ana, «La identidad velada de un traductor», *Lengua y cultura: estudios en torno a la traducción: volumen II de las actas de los VII Encuentros Complutenses en torno a la traducción*, Madrid, Instituto Universitario de Lenguas Modernas y Traductores, 1999, págs. 351-360.
- Pinto, Ana, «El misteriador misteriado: un ejemplo de estrategia comunicativa en tiempos de la dictadura del general Franco. Historia de una traducción de R. L. Stevenson», *La palabra vertida: investigaciones en torno a la traducción: actas de los VI Encuentros Complutenses en torno a la Traducción*, Madrid, Editorial Complutense, 1997, págs. 309-320.
- Risco, Vicente, «Da renacencia céltiga: a moderna literatura irlandesa», *Nos*, año VIII, 26-28, 1926, págs. 5-9, 4-12, 2-5.
- , «Dedalus en Compostela (pseudoparáfrase)», *Nos*, año XI, n. 67 (1929), págs. 123-129.
- Salgado, César A., «*Ulysses* en *Paradiso*: Joyce, Lezama, Eliot y el método mítico», *Inti: revista de literatura hispánica*, n. 45 (1997), págs. 223-233.
- Santa Cecilia, Carlos G., *La recepción de Joyce en la prensa española (1921-1976)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1997.
- Stevenson, R. L., *Ensayos*, traducción de Eulalia Galvarriato, 1943.
- Toro Santos, Antonio Raúl de, «La huella de Joyce en Galicia», *Joyce en España. I*, A Coruña, Universidade da Coruña, 1994, págs. 31-37.
- TransLatin Joyce: global transmissions in Ibero-American Literature*, ed. Brian L. Price, César A. Salgado, John Pedro Schwartz, New York, Palgrave Macmillan, 2014.
- Valverde, José María, *Joyce*, Barcelona, Barcanova, 1982.
- Villanueva, Darío, «Valle Inclán y James Joyce», *El polen de ideas*, 1991.
- , «Valle-Inclán y James Joyce», *Joyce en España*, 1994, págs. 55-72.



Con el poeta Juan Alcaide



Encarnación Sánchez Arenas

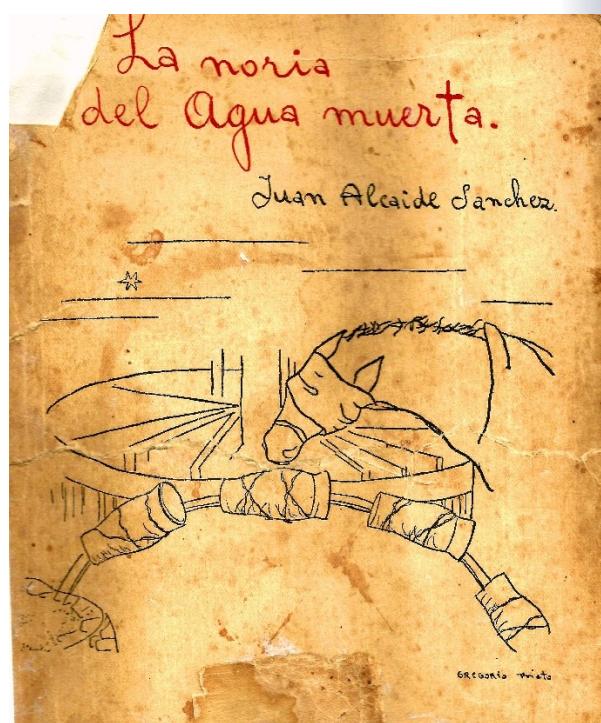
Con Machado ocurre lo mismo, mantiene un paralelismo tanto en lo temático como en la defensa de sus particulares obras. En Machado es constante la intimidad melancólica; en Alcaide, el íntimo desgarro. Los dos a caballo entre lo telúrico y lo célico: Andalucía y Castilla, el primero; Andalucía y La Mancha, el segundo. Y, además, causas comunes: el desamor, la intimidad, el paisaje, el recuerdo, la amistad, el pueblo llano y cruel, la muerte, el luto, la esperanza, y ¡Dios!, la injusticia, el amor deseado y no correspondido, la tierra y sus hombres; también la locura del por qué..., y ¡Dios!, según se apunta en [este enlace](#).

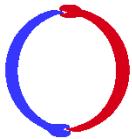
El libro *La noria del agua muerta* introduce ya una variante respecto a ese telurismo íntimo que acabamos de describir. El poeta tiende paulatinamente a la objetivación. Es el momento de cantar a las personas, costumbres y caracteres que configuran La Mancha. De ahí la descripción del gañán, del trillador, el molinero, motivando la descripción costumbrista. Las realidades más próximas al escritor quedan reflejadas con fidelidad, captando escenas cotidianas.



ENTRE sus libros tenemos: *Colmena y pozo* (1930), *Llanura* (1933), *La noria del agua muerta* (1936), *Mimbres de pena* (1938), *Ganando el pan* (1942), *Poemas de la cardencha en flor* (1947), *La trilogía del vino* (1948), *Jaraíz* (1950), *La octava palabra* (1953).

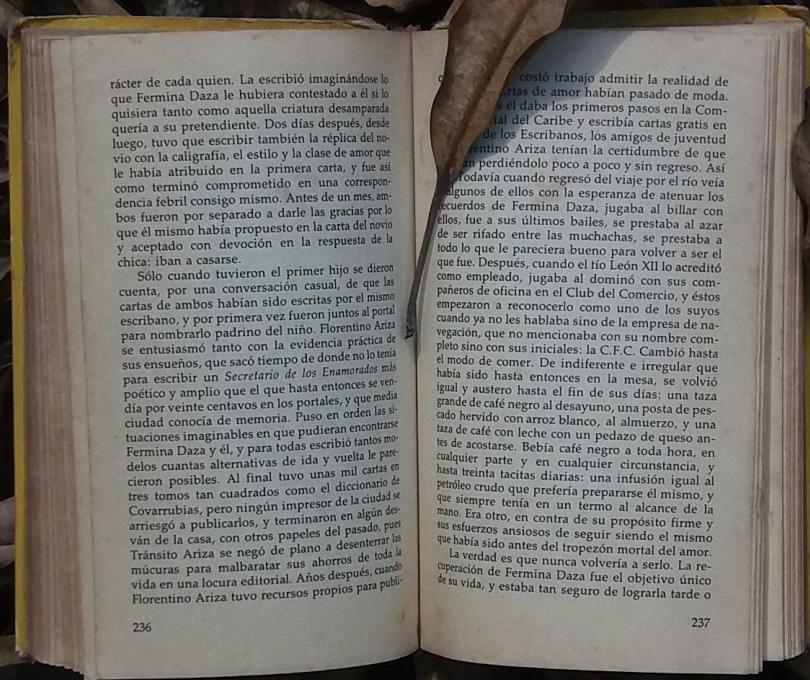
Para situar a Juan Alcaide en su generación, diré que coetáneos suyos fueron: Luis Felipe Vivanco, Carmen Conde, Eugenio de Nora, Juan Panero, Victoriano Crémer, Leopoldo Panero, Luis Rosales y el mismísimo Miguel Hernández. Son luchadores en su temática poética y en su vida rebelde. Cargan sus tintas sobre lo humano. Dicen de dolor, de interior y de espíritu. Pero, aun así, Alcaide es un poeta aparte, como poeta aparte fue también Miguel Hernández, con quien (según mi admirado amigo y profesor D. Rafael Llamazares —el más grande estudioso de Alcaide—) más tiene de común; es a quien más se asemeja. Alcaide y Hernández, poetas de la íntima trascendencia.





El poema “Tres palabras a Dios” nos enfrenta con un vivo problema existencialista: el deseo —propio de toda condición humana— de abandonar la soledad, así como la búsqueda voluntaria y constante, febril y ciega en ocasiones, del prójimo. O, por decirlo en términos unamunianos, la búsqueda de “la otredad”.

El escritor valdepeñero ha recorrido un largo camino hasta 1949, fecha de la publicación de *Jaraíz*. Ha hecho suyas, íntimas, todas las realidades paisajísticas manchegas, sus costumbres, sus ritos casi dionisíacos, sus tonalidades luminosas. ¿Cómo? Respirándolas desde su infancia, mediante el placer de contemplarlas, soñándolas o identificándolas con su cuerpo y alma, como acabamos de ver. Las palabras que nombran aquellas realidades mudan —sin abandonar estas— los referentes a que en esta primera época apuntaban, como indica Carmen Montero Herrero en “Juan Alcaide, «poeta de La Mancha»”.

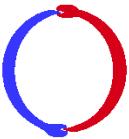


rácter de cada quien. La escribió imaginándose lo que Fermina Daza lo hubiera contestado a él si lo quisiera tanto como aquella criatura desamparada quería a su pretendiente. Dos días después, desde luego, tuvo que escribir también la réplica del novio con la caligrafía, el estilo y la clase de amor que le había atribuido en la primera carta, y fue así como terminó comprometido en una correspondencia febril consigo mismo. Antes de un mes, ambos fueron por separado a darle las gracias por lo que él mismo había propuesto en la carta del novio y aceptado con devoción en la respuesta de la chica: iban a casarse.

Sólo cuando tuvieron el primer hijo se dieron cuenta, por una conversación casual, de que las cartas de ambos habían sido escritas por el mismo escribano, y por primera vez fueron juntos al portal para nombrarlo padrino del niño. Florentino Ariza se entusiasmó tanto con la evidencia práctica de sus ensueños, que sacó tiempo de donde no lo tenía para escribir un *Secretario de los Enamorados* más poético y amplio que el que hasta entonces se vendía por veinte centavos en los portales, y que media la ciudad conocía de memoria. Puso en orden las situaciones imaginables en que pudieran encontrarse Fermina Daza y él, y para todas escribió tantos modelos cuantos alternativas de ida y vuelta le parecieron posibles. Al final tuvo unas mil cartas en tres tomos tan cuadrados como el diccionario de Covarrubias, pero ningún impresor de la ciudad se arriesgó a publicarlos, y terminaron en algún desván de la casa, con otros papeles del pasado, pues Tránsito Ariza se negó de plano a desenterrar las múcimas para malbaratar sus ahorros de toda la vida en una locura editorial. Años después, cuando Florentino Ariza tuvo recursos propios para publicar

el costoso trabajo admitir la realidad de las cartas de amor habían pasado de moda. A él daba los primeros pasos en la Compañía del Caribe y escribía cartas gratis en la oficina de los Escribanos, los amigos de juventud de Florentino Ariza tenían la certidumbre de que se perdían poco a poco y sin regreso. Así se rodavía cuando regresó del viaje por el río veía algunos de ellos con la esperanza de atenuar los recuerdos de Fermina Daza, jugaba al billar con ellos, fue a sus últimos bailes, se prestaba alazar de ser rifado entre las muchachas, se prestaba a todo lo que le pareciera bueno para volver a ser el que fue. Después, cuando el tío León XII lo acreditó como empleado, jugaba al dominó con sus compañeros de oficina en el Club del Comercio, y éstos empezaron a reconocerlo como uno de los suyos cuando ya no les hablaba sino de la empresa de navegación, que no mencionaba con su nombre completo sino con sus iniciales: la C.F.C. Cambió hasta el modo de comer. De indiferente e irregular que había sido hasta entonces en la mesa, se volvió igual y austero hasta el fin de sus días: una taza grande de café negro al desayuno, una posta de pescado hervido con arroz blanco, al almuerzo, y una taza de café con leche con un pedazo de queso antes de acostarse. Bebía café negro a toda hora, en cualquier parte y en cualquier circunstancia, y hasta treinta tacitas diarias: una infusión igual al petróleo crudo que prefería prepararse él mismo, y que siempre tenía en un termo al alcance de la mano. Era otro, en contra de su propósito firme y sus esfuerzos ansiosos de seguir siendo el mismo que había sido antes del tropiezo mortal del amor. La verdad es que nunca volvería a serlo. La recuperación de Fermina Daza fue el objetivo único de su vida, y estaba tan seguro de lograrla tarde o

Propósitos librescos...



Pilar Úcar Ventura



OMPRUEBO los sinónimos del término ‘libresco’ y no me engaña la memoria: algo tiene que ver con fantasioso, además de soñador, romántico, novelesco y hasta ficticio.

Como si uno despegara de la tierra, se olvida de sus raíces y se encuentra con lo libresco; también acude la RAE en ayuda limítrofe a semejante desvarío de familia léxica, al referirse a todo aquello que concierne al libro, por un lado, o al escritor o autor que se inspira en la lectura de los libros (cierto, la inclusión de género no ha llegado a las más novedosas y actuales versiones del DRAE), por otro.

No puedo evitar la imagen de Alonso Quijano; así acabaremos, con la sesera derretida a pesar de estos fríos estacionales y ciclogenésicos.

Al pasar páginas —literalmente a la antigua, o a la de siempre, en papel— me alineo sin dudarlo, con la exdirectora de la Biblioteca Nacional, Ana Santos, que poco o nada lee en

formato digital porque leer un libro es un puro placer, asegura.

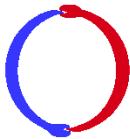
Creo recordar que en alguna ocasión he mencionado el ritual de un libro nuevo: de la contraportada en la que luce la sinopsis, a la solapa delantera donde aparece la semblanza del demiurgo creador; a veces, ojeamos el índice, y siempre, en modo abanico, pasamos una y otra vez las hojas para detectar aroma, olor a libro, a tinta recién impregnada, que vamos a paladear en cuanto podamos, emulando a un buen sumiller.

Ese sería un propósito libresco: adquirir un libro, no necesariamente comprado: solicitado como regalo, o en préstamo de la biblioteca municipal —reivindico desde estas líneas la labor de las bibliotecarias, en su mayoría mujeres, que nos aconsejaban lecturas en nuestra infancia en los ratos que en silencio pasábamos por las tardes en la sala comunitaria— o recoger más o menos subrepticiamente, un libro de intercambio en el hueco de un árbol o en un banco del mismo parque...

No convendría esperar la primavera, el consabido 23 de abril para regalar rosa y libro, o libro y rosa (que no sé si tanto monta).

A la vez que el discurso social de Feliz Año (el coloquial “feliciano”) a propios y extraños hasta fechas veraniegas, deberíamos apostar por la felicidad de sujetar un libro, tal y como imaginó Antonio Machado a aquel maestro, “mal vestido, enjuto y seco que lleva un libro en la mano” en el poema “Recuerdo infantil”.

Me inquieta saber si en la lista de propósitos “añonueveriles” aparece el de leer un libro y, de hacerlo, en qué lugar: ¿después de ir al gimnasio? No lo creo; me malicio que se posicionaría en los últimos peldaños de esa cuesta que en enero resulta tan dura de subir y de bajar. Quizá la lectura pudiera contribuir a hacerla más liviana.



Sin recuperarnos de la resaca efervescente del premio Planeta, conocemos al galardonado con el Nadal. Elementos externos que animen a la lectura sí que los hay; otra cosa será si el público prefiere ocupar su tiempo en las rebajas que tanto tonifican y activan los circuitos neuronales liberando dopamina y serotonina, aunque sea de forma instantánea y fugaz; la lectura tiene otros beneficios: ejercita el cerebro, reduce el estrés, mejora la memoria, la concentración y el vocabulario, previene el deterioro mental y promueve la salud mental.

Como sabemos al final de *Don Quijote*, el ínclito caballero estaba más cuerdo que toda la patulea de personajes que le circundan y lo cercan a lo largo y ancho de sus aventuras. En nuestro afán ilusorio de nuevas lecturas a principio de cada año, se produce un fenómeno curioso: “Tsundoku”, término japonés que describe esa imagen tan común para muchos: en nuestra mesilla de noche ascienden columnas de libros apilados (“oku”) pendientes de leer (“dokusho”)

Y nos martillea la sensación de culminar la procrastinación o la alegría de posponer las lecturas. Todo un folletinesco.

Ocurre que mientras el propósito se vaya a cumplir o no, el runrún no rumiarse durante los primeros días de mes con el deseo de leer y mucho, o poco, pero escogido.



¿Y de quién fiarse para llevar a cabo este propósito? ¿Qué consignas seguir? ¿Qué criterio adoptar?

Mirar las listas de los libros más vendidos puede ayudar, pero siempre resultan sospechosas de intereses económicos de editoriales y centros comerciales.

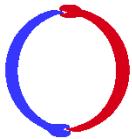
Preguntar al colega que se bebe los libros, o a la librera que está al cabo de lo nuevo y de lo escondido, o a algún familiar que sigue al *booksgrammer* más famoso...

¿Y si revisamos nuestra estantería? Libros encajados y apretujados en vertical y horizontal, porque no hay espacio para la inclinación, que corresponden a lecturas del colegio o a algún volumen que nos regalaron por nuestro cumpleaños, o los que compramos en aquel viaje al extranjero para ponernos las pilas con el francés.

O, sin más, leer el libro que entra por los ojos, porque tiene unas letras preciosas en una cubierta de lujo; elegir un libro porque es un novelón de 800 páginas de un autor consagrado o por su delgadez extrema como el poemario de 15 páginas de una amiga.

Pero, sobre todo, leer, con el propósito de enero de 26 y de marzo, de junio y septiembre. Un hábito más estructural que coyuntural.

la que se nos viene, mejor enrocarnos en la fantasía propia e intransferible de cada uno; pertrecharnos en el deseo de inventar nuevos

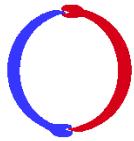


mundos, fomentar las ganas de participar en los diálogos entre personajes de fábula, viajar a escenas de vendavales fríos y calor humano.

Por mi parte, celebro la llegada del “añonuevo”, y a ese feliz, me gustaría añadir un propósito libreresco, sin turbios afanes ni espurias obsesiones.



Frankenstein: vayamos por partes



Miguel A. Pérez

A man would make but a very sorry chemist, if he attended to that department of human knowledge alone. If your wish is to become really a man of science, and not merely a petty experimentalist, I should advise you to apply to every branch of natural philosophy.²⁰

Frankenstein, Mary Shelley

No sé si usted habrá recibido una descarga eléctrica, o sea, un “calambrazo”, en alguna ocasión. Es probable que sí — ¿quién no tiene un pequeño accidente eléctrico? — y que haya sentido el cosquilleo de la corriente recorriendo su mano, brazo o la parte anatómica que corresponda. No es divertido, la verdad, ni siquiera cuando las consecuencias se quedan en un susto y una sensación momentánea desagradable. Mucho menos divertido resulta una quemadura... o algo peor. Entonces, usted haría un curso práctico acelerado sobre los efectos de la corriente eléctrica sobre el cuerpo humano, podría sentirse como cualquier condenado a la silla eléctrica y percibir de primera mano el aroma a carne tostada que no corresponde a

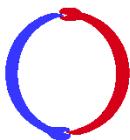
²⁰ Se podría traducir, con un cierto tono peyorativo, como: “Un hombre sería un químico muy pobre si solo se dedicara a ese aspecto del conocimiento humano. Si desea convertirse en un verdadero hombre de ciencia y

ningún ejercicio gastronómico, sino a su propia piel que se chamusca por efecto Joule al ritmo de los cincuenta o sesenta hertzios de su proveedor energético.

Es cierto que la corriente eléctrica mata, pero también devuelve la vida. En el caso de un paro cardíaco repentino, existe la posibilidad de solmenar al cliente un buen cebollazo eléctrico que deje sus aurículas y sus ventrículos mirando para La Meca y que, con plegaria o sin ella, recupere el ritmo cardíaco y el candor de sus mejillas. Seguro que usted habrá visto en lugares públicos, incluso en los portales de algunas comunidades de vecinos, estos cachivaches de color rojo (casi siempre) y las siglas “DEA” —no tema, no quiere decir *Drug Enforcement Administration*, sino Desfibrilador Externo Automático—, convertidos en la última posibilidad a la que asirse antes de entregar la cuchara definitivamente. Si tiene uno de esos en su portal, seguro que habrá rogado que, llegado el momento en que tenga que ser sujeto pasivo de las descargas, no sea el unicejo mononeuronal del quinto, el que sale a la terraza con su panza al viento colgada por el sur sobre sus calzones, quien tenga que manejar el aparatito cuando se lo encuentre tirado en el suelo, con los ojos en blanco y la lengua de través. Llegado el caso, deseará que lo de “automático” sea cierto.

Esta capacidad de la electricidad de conceder la vida, forzar la muerte o doblegar el ánimo del más gallo, pistola Taser mediante, tiene una explicación científica y no se trata de ningún poder sobrenatural. Es conocida y totalmente previsible, de modo que podemos saber con anticipación qué ocurrirá en cualquier interacción entre la electricidad y los seres vivos. Por ejemplo, si no estamos seguros de si un cable eléctrico puede producirnos una descarga o no

no simplemente en un pequeño experimentador, le aconsejo que se aplique a todas las ramas de la filosofía natural”.



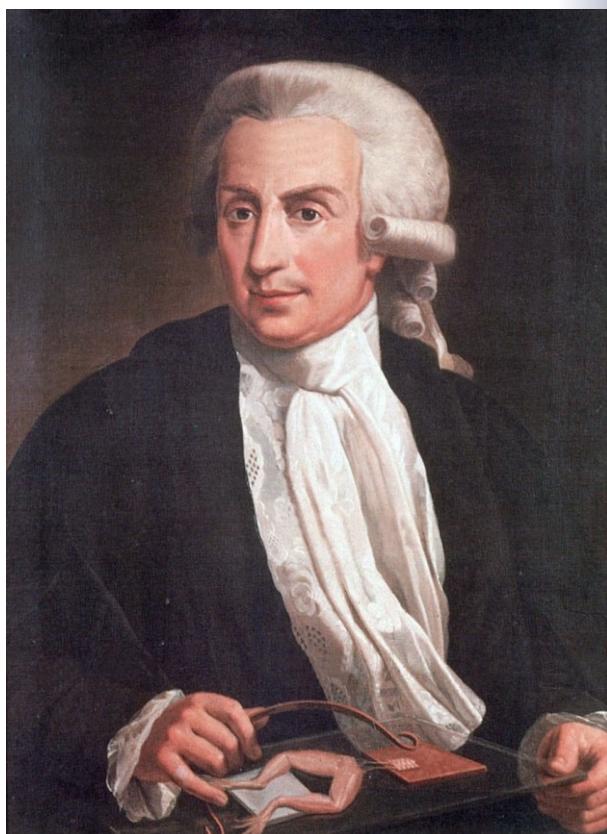
y tenemos que manipularlo, es mejor tocarlo con el exterior de la mano, ya que, en caso de descarga, el puño se cerrará, aunque no agarrará el cable y no nos quedaremos “pegados” a él.

Sin embargo, si nos situamos en los aledaños del siglo XIX, con la electricidad recién descubierta y convertida en la *vedette* de la ciencia de la época, con el escaso conocimiento sobre el funcionamiento de los órganos de los seres pluricelulares, era fácil confundir los efectos con las causas y otorgar al “fluído eléctrico”—como se lo llamaba entonces—un papel tan relevante como el de un dios. Aunque entre los científicos había un conocimiento limitado, para la inmensa mayoría de las personas, la electricidad era algo incomprensible y los efectos sobre el cuerpo humano rozaban el ámbito del milagro.

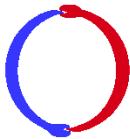
Se desató la locura. Benjamin Franklin corría desaforado por los campos, en los ratos libres que le dejaba la paternidad de los Estados Unidos de América, con una cometa a la caza de rayos y centellas, mientras Henry Cavendish hacía experimentos en los que la corriente eléctrica recorría su cuerpo y luego—cuando se recuperaba del susto—anotaba si la sensación había sido mayor o menor que en la prueba anterior. Aunque todo hubiera hecho presagiar otro desenlace, tanto uno como otro salieron vivos de los experimentos.

Quien más contribuyó a toda esa locura eléctrica y, además, lo hizo de una forma mucho más científica, fue Luigi Galvani, un médico boloñés del último segmento del siglo XVIII que se dedicó a demostrar los efectos de la electricidad sobre los músculos a base de dar cebollazos a ranas muertas e, incluso, a ancas de rana sin rana. Los músculos se contraían y producían un efecto similar a su comportamiento en vida. ¿Resurrección de ranas? ¿Entrada en el Valhalla (de las ranas)? Nada más lejos de la realidad ni de los estudios de Galvani, a quien cabe considerar como el

primer neurólogo de la historia. Sin embargo, a ojos de una audiencia poco docta y muy influenciable, el tema se codeaba con los milagros.



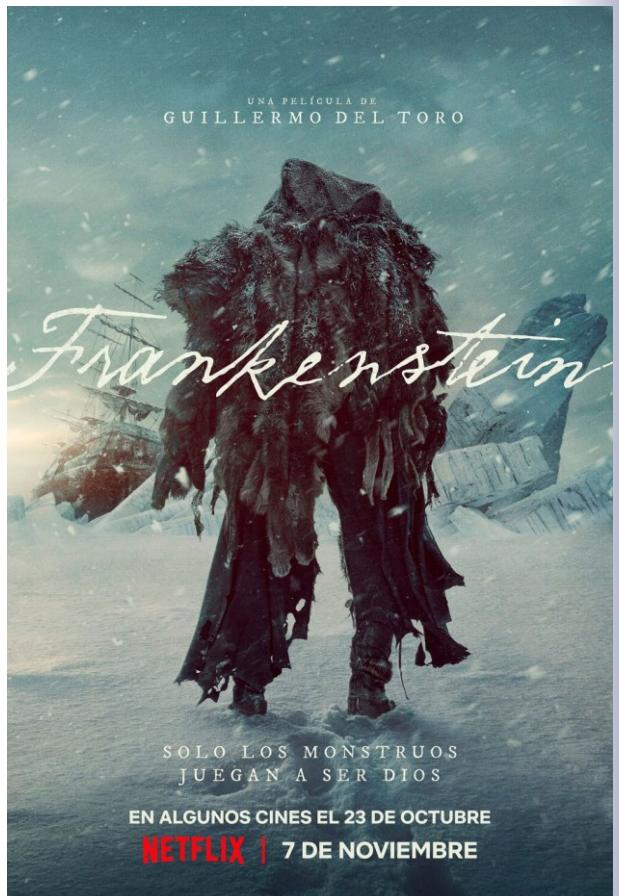
El asunto escaló un paso más y ya no fueron ancas de rana desprovistas de su correspondiente rana las que se contraían con las descargas eléctricas. Si un músculo de rana se movía con una corriente eléctrica, lo haría también un músculo humano... Y apareció la denominada “danza de las convulsiones tónicas” en las que un cadáver recibía pulsos eléctricos para conseguir el movimiento de brazos y piernas. El morbo del asunto derivó en pases teatrales con grupos de cadáveres que ejecutaban movimientos al amparo del fluido eléctrico. Poco importaba el apestoso olor de los muertos—no se renovaban mucho, sino que se exprimía su uso hasta que el hedor se convertía en insopportable—o el respeto al cuerpo de los fallecidos. Cebollazo por aquí, cebollazo por allá y lo que quedaba no putrefacto de la musculatura se movía como si se tratase del baile de San Vito. El macabro



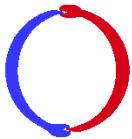
espectáculo se hizo popular en los últimos años del siglo XVIII y principios del XIX para deleite de un público ignorante y dispuesto a imaginar lo que fuere menester a partir de lo que veían sus ojos. La electricidad quedó identificada con la vida y, aunque es cierto que el sistema nervioso de los animales funciona mediante impulsos eléctricos —para llegar a establecer la ciencia debajo de todo eso aún faltaban muchos años—, la vida es un proceso más complejo y la electricidad tiene poco que ver con su causa. Sin embargo, la identificación entre movimiento (convulsión) y vida, que campaba a sus anchas en las creencias acientíficas de la época, constituyeron un terreno abonado para el desarrollo de una narrativa romántica de la que *Frankenstein o el moderno Prometeo*, de Mary Shelley es el principal exponente, una novela de principios del siglo XIX que se ha mantenido vigente hasta la actualidad, más de doscientos años después de su primera publicación. Una buena parte de ese éxito sostenido se debe al cine, que encontró en esa historia un terreno propicio para guiones de éxito casi desde sus inicios y cuyo último exponente es la versión de Guillermo del Toro, estrenada en Netflix el pasado noviembre.

Aunque Netflix y el resto de las plataformas que tratan de exprimir las últimas gotas del cine no son santos de mi devoción, una mezcla de circunstancias me empujó a saltarme dos normas, la de no ver estrenos en la pequeña pantalla, aunque el tamaño actual sea mayor y ya no merezca ese nombre, y la de no acceder a Netflix, a quien imagino como parte de una conspiración global de aviesas intenciones. La primera de esas circunstancias era la presencia de Christoph Waltz en el reparto, uno de mis actores favoritos tras el paso por *Inglourious basterds* (Quentin Tarantino, 2008) y por *Django unchained* (Quentin Tarantino, 2012), entre otras películas. La segunda circunstancia fue la dirección del mexicano Guillermo del Toro, un cineasta sólido, prolífico y todo-terreno, capaz de rozar la excelencia en *The*

shape of water (2017) o en *El laberinto del fauno* (2006). La tercera circunstancia podría haber sido la adaptación de la obra original al cine, que la publicidad previa al estreno prometía como muy respetuosa con la obra original; sin embargo, como no suelo creer lo que dice la publicidad, lo que me incitó a verla era descubrir qué más se podría hacer con el relato de Shelley que no se hubiera hecho ya.



Se abre el telón y... Bueno, en realidad, aprieto el botón del mando a distancia y empieza la peli. Un barco, hielo, un cielo apocalíptico, una tripulación abrumada por el ambiente y harta de los tonos marrón oscuro, un misterioso trineo... Pues empezamos bien. La obra de Mary Shelley es una pintura aproximada de la situación del mundo en la época, de su entorno geopolítico y de la efervescencia científica imperante. En ese contexto, refleja bastante bien el interés generalizado de los británicos por el polo norte, por el casquete polar y, sobre todo, por abrir el paso del noroeste. El paso del noroeste, una vía



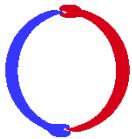
de navegación entre los océanos Atlántico y Pacífico por las islas del norte de América, cubierto por el hielo una buena parte del año, era muy interesante para una Inglaterra que pugnaba por controlar el comercio mundial, puesto que permitiría ahorrar miles de millas de viaje entre la metrópoli y el Lejano Oriente. Hasta tal punto era importante que el gobierno británico ofreció en 1817 una recompensa de 20 000 libras esterlinas —una fortuna entonces— para quien consiguiera abrir esa ruta. Aunque la obra, publicada un año después de esa oferta, no la cita expresamente y pone en el este de Europa el origen de la expedición, bien podría enmarcarse dentro de esa fiebre exploratoria que tiene al hielo como protagonista y al polo norte como un paraíso en el que nunca se pone el sol.



Guillermo del Toro y Mary Shelley no se ponen de acuerdo. A la brisa llena de vida que viene del norte para dibujar un paisaje esperanzador y sanador de la autora, el director propone una explosión insoportable de claroscuros, imáge-

nes con una paleta de tonos muy limitada que parecen extraídas de un convento del Císter en pleno invierno. Es cierto que el lenguaje del cine y el de la literatura son diferentes, así que la representación de una misma idea tiene que diferir en su consecución. También es verdad que el cine es, sobre todo, imagen y que a los directores les encanta exhibir esta cualidad diferenciadora en cuanto tienen oportunidad, tal vez como una forma de reafirmarse. Así lo han hecho muchos directores desde que el cine se hizo sonoro y añadió una faceta más a su espectro. Ocurrió en el incendio de Atlanta o en la escena del ocaso con árbol y frase mítica de *Gone with the wind* (Victor Fleming, 1939), una reivindicación del color en sus inicios; ocurrió en *Letters from Iwo Jima* (Clint Eastwood, 2006), con una desaturación casi completa que retrotraía a tiempos pretéritos; y, con mucha menos fortuna, en la serie *Avatar* (James Cameron), sobre una especie de pitufos con ínfulas en donde la borrachera de color conduce a la peor de las resacas. Guillermo del Toro no deja un rincón sin oscuridad ni zozobra ni un fuego sin brillo en un paisaje olvidado por el sol y sometido al terror de las sombras, en donde el hielo, que acostumbra a ser blanco, padece una negritud incurable.

Hay que reconocer que la escena tiene un tono apocalíptico, de desesperanza, de fin, que no deja indiferente. Pasada la primera media hora de película, empieza a cansar. Cuando merodeas el fin del metraje, estás hasta las narices de gótico tétrico y necesitas abrir la ventana del salón para que entre la luz o, si no ha lugar, dar paso al mismísimo monstruo —u otro— para que ponga fin a esa agonía insoportable. Ciento cuarenta y nueve minutos de claroscuro aburren al más pintado. Ni el relato de Shelley es así, ni transmite esa sensación. Es más, pasa por momentos de esperanza y hasta se podría decir que la búsqueda de esa esperanza es la que termina por ser el germen de todo el mal. La oscuridad tétrica que representa ese mal no es más que una



consecuencia y no el origen de todo. Del Toro se ha equivocado y, aunque ha cuidado la fotografía, tuvo la mira cambiada o, simplemente, no ha entendido nada. Incluso la época en la que se desarrolla la novela es una especie de primavera científica, la eclosión del conocimiento que dio lugar a la centuria más productiva de la historia de la humanidad, de cuyos resultados aún estamos viviendo. Los cielos limpios boreales, el hielo blanco e inoculado sobre mares de azul profundo habrían sido una mejor representación de lo que Mary Shelley explica en la primera carta que aparece en su novela, dirigida por R. Walton desde San Petersburgo a su hermana en Inglaterra:

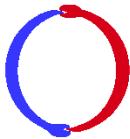
“Ya estoy muy al norte de Londres; y mientras camino por las calles de Petersburgo, siento la fría brisa del norte acariciar mis mejillas, que me tonifica los nervios y me llena de alegría. ¿Conoces esa sensación? Esta brisa, que ha viajado desde las regiones hacia las que avanza, me anticipa esos climas gélidos. Inspirado por esta promesa en el viento, mis ensueños se vuelven más fervientes y vívidas. Intento, en vano, convencerme de que el polo es la cuna del frío y de la desolación; siempre se presenta en mi imaginación como la región de la belleza y el deleite. Allí, Margaret, el sol es siempre visible; su amplio disco roza el horizonte y difunde un esplendor perpetuo. Allí —con tu permiso, hermana mía, confiaré en los navegantes anteriores— la nieve y el hielo desaparecen y, navegando en un mar en calma, podríamos ser transportados a una tierra que supera en maravillas y en belleza a cualquier región hasta ahora descubierta en el globo habitable”.

No suena muy terrible, la verdad... Incluso, aunque el objetivo sea mostrar la parte más tétrica y más lúgubre, la constancia del nivel de claroscuro reduce la posibilidad de que el

espectador sienta encoger su pecho por contraste y, acostumbrado a un estado permanente, termine por mitigar cualquier golpe de efecto. Desde esta óptica, el personaje del monstruo no produce el terror que desencadenaría en un entorno más acogedor, sino que parece surgir de manera natural, como si siempre hubiera estado allí y no fuese un viajero más en búsqueda del éxtasis polar donde purgar cualquier culpa.



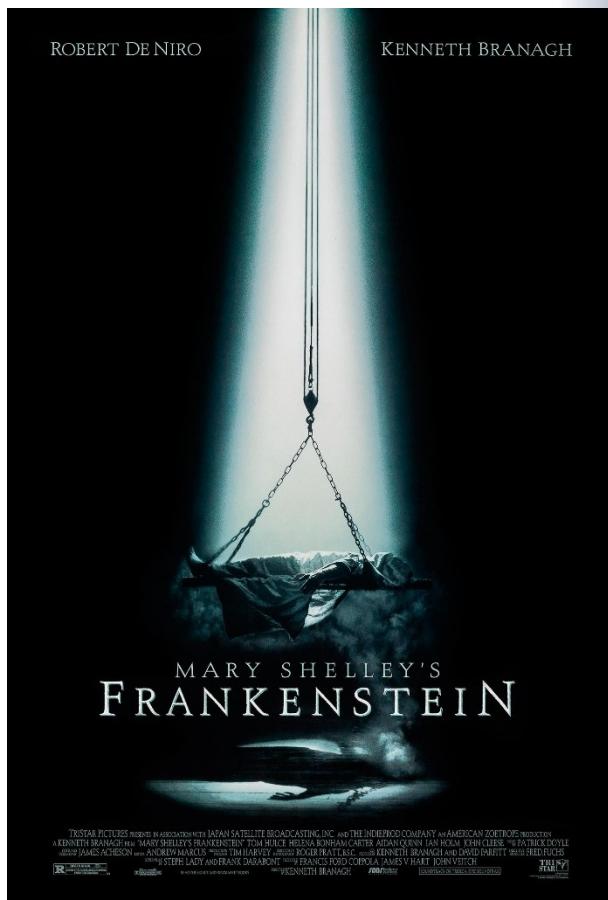
En el haber ponemos al monstruo. Me da un poco de pena denominarlo así porque, ni en el fondo ni en la forma, es otra cosa que un producto de la locura humana de la cual solo es partícipe por los pedazos y órganos de que está hecho, pero vamos a mantener la nomenclatura, a sabiendas de que no se enfadará mucho por ello. A lo que iba... Hay que reconocer que le ha quedado bien: un tipo grande —muy grande, un gigante que haría las delicias de cualquier equipo de la NBA— con una fuerza descomunal y la capacidad de curar sus heridas casi al instante. Mary Shelley lo pintó así en su novela. Para Frankenstein era más fácil hacer un ser grande que uno pequeño porque



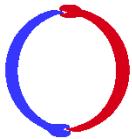
necesitaba menos trabajo de precisión, así que se supone que el monstruo tendría una estatura de unos dos metros y medio y carecía de pernos, tornillos o tuercas, ni en el cuello ni a ambos lados de la frente, muy alejado de la idea que vive en el imaginario colectivo. La recreación, a cargo del actor Jacob Elordi —un actor muy joven y asiduo de las realizaciones para plataformas—, es creíble y transmite con eficacia todos los valores inherentes al monstruo. El único pero de la caracterización es la poca credibilidad de la reparación de heridas, capaz de dejar la zona afectada más tersa que el culito de un bebé, cuando no es capaz de hacer nada con las cicatrices de origen. Alguien con habilidades como esas, que serían la envidia de cualquier actriz metida en años y adicta al bótox, tendría que aparecer como quien aún no ha sellado la garantía. Pues no. Ahí está como el mapa de los Cárpatos. Como las explosiones que se escuchan en el espacio sideral, un sinsentido.

Del resto de la película... hay de todo. Del Toro lleva casi dos décadas detrás de una película sobre el monstruo de Frankenstein, así que quizás lo sienta tan suyo que se permite las libertades de hacer de su capa un sayo, cambiar la novela, cruzarla con secuelas de dudoso valor, como *La novia de Frankenstein* (James Whale, 1935) o introducir con calzador personajes como el que interpreta Christoph Waltz, quien tira de oficio para salvar los muebles, aunque se le nota incómodo en la piel que le tocó habitar. El director mexicano ya había manifestado en 2007 su interés por rodarla con el guion de Frank Darabont que el director consideraba “casi perfecto” y que había dado lugar a una de las múltiples versiones de la novela de Shelley, aunque esta se vanagloriaba de ser la más cercana al relato de la autora, hasta el punto de incluir su nombre en el título: *Mary Shelley's Frankenstein* (Kenneth Branagh, 1994), con Robert de Niro en el intento de hacer un monstruo creíble. Aquello no resultó bien, en parte por las limitaciones de un director

incapaz de desprenderse de su uniforme teatral para ponerse la gorra del cineasta y en parte porque hacer algo diferente en un terreno tan trillado resulta muy difícil. Aquella fue una época de revisión de los terrores favoritos de los cineastas en pretendidas versiones fidedignas y que dio lugar a múltiples e insoportables bodrios, como el que filmó Coppola en 1992 sobre el personaje de Drácula de Bram Stoker, para horror de quienes aún no queríamos admitir que era un director sobrevalorado.



El caso es que Guillermo del Toro maduró y moldeó el germen inicial para adaptarlo a unos tiempos y compañías que cambiaban más rápido que sus deseos. Fue dejando caer ideas, anticipando posibles elencos hasta madurar una propuesta que solo se hizo realidad tras su éxito de 2023 con *Guillermo del Toro's Pinocchio* (o simplemente, *Pinocchio*), que recibió, entre otros, el Oscar a la mejor película de animación. Con los premios aún calientes, comenzó el rodaje...



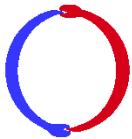
El resultado final es mediocre. La película, formal y técnicamente correcta, resulta plana y carente de emoción. No es mejor que sus predecesoras y, puestos a elegir entre todas las que he visto, me quedo con el humor de *The young Frankenstein* (Mel Brooks, 1974) con las fantásticas actuaciones de todo el elenco y, en especial, de Marty Feldman en el papel de Igor (nieto del ayudante del Dr. Frankenstein original) y de Peter Boyle como el monstruo. Nada de personajes afectados ni tétricos, el justo toque gótico y un buen número de escenas hilarantes que, a buen seguro, hubieran hecho reír a la autora. En realidad, he visto pocas películas de las que han empleado al monstruo de Frankenstein como protagonista, así que la anterior elección bien podría modificarse si tuviera tiempo para visionar los más de cuatrocientos filmes realizados desde 1915 hasta la fecha. ¿No se lo creen? Echen un vistazo en [este enlace](#)... Solo largometrajes. Si añadimos cortos, episodios, series de televisión, capítulos, etc., son más de mil. Pocos temas han merecido tanta dedicación.

Volvamos a la novela, el origen de toda esa vorágine audiovisual. Es una novela de construcción ecléctica, cuando este adjetivo se emplea como comodín o baúl en el que cabe de todo, desde una realización caótica, alambicada por momentos, con un hilo conductor que aparece y desaparece, con un desarrollo temporal ambiguo, dudoso, incapaz de conceder ni la mínima seguridad al lector, hasta una realización miedosa, precavida, en la que la autora no consigue desprenderse de los clichés en los que estuvo sumergida su existencia literaria. Si digo que Mary Shelley era una mujer, puede parecer una perogrullada, pero no es tan sencillo ser una mujer en una época en la que la hembra estaba supeditada al macho en la especie humana. Mucho menos, ser una mujer en un contexto en el que la mayoría de las personas que estaban a su alrededor exhibían con orgullo una vitola artística, filosófica o literaria que, en la práctica totalidad de los

casos estaba vinculada al hombre y esquivaba a la mujer.

Pongámonos en antecedentes. En aquella época, las Brontë publicaban con pseudónimo masculino para evitar problemas, Jane Austen también publicaba con pseudónimo y, en ocasiones, vendía los derechos de sus obras sin ver una libra más por la venta. Y todo esto, dando gracias con las orejas porque podían publicar. Del feminismo, la igualdad entre sexos y otros temas semejantes, no se sabía nada en la sociedad de principios del siglo XIX. Era un tiempo duro para las mujeres que intentaban hacerse un hueco en la cronología de la literatura...

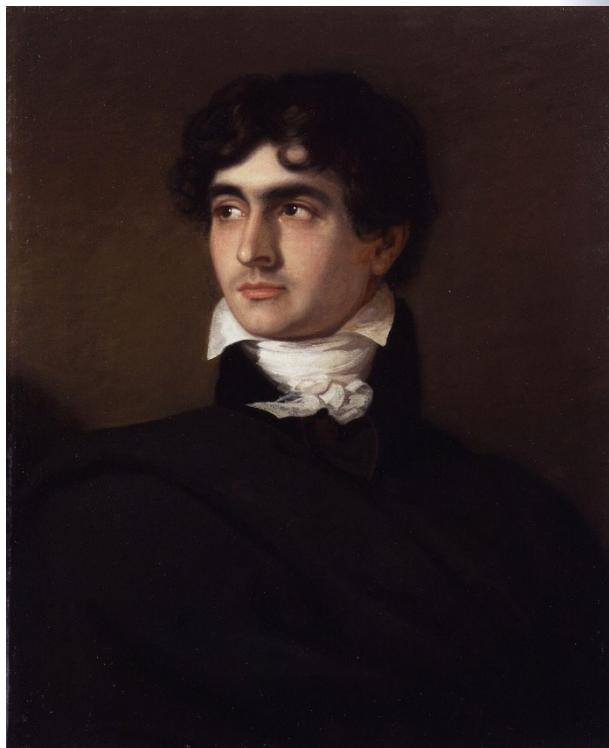
El contexto en el que nació y creció Mary Wollstonecraft Godwin —su nombre de soltera, que cambia en países como Reino Unido o Francia, donde las mujeres toman y toman el apellido del marido cuando contraen matrimonio— era propicio para el crecimiento intelectual en el ámbito de las letras, aunque su condición de mujer supuso una cierta supeditación a los designios paternos. Fue la segunda hija de la filósofa y escritora “feminista” Mary Wollstonecraft y la primera hija del filósofo, novelista y periodista William Godwin. La muerte de su madre a consecuencia del parto dejó su crianza y educación en manos de su padre y la posible influencia de las ideas de su madre solo tuvo lugar a través de los escritos de esta. La literatura epistolar que practicó mientras estuvo a cargo de su progenitor se perdió con el resto de sus escritos cuando decidió fugarse con Percy Shelley tras la negativa de su padre a la relación (y después de que el enamorado no se hiciese cargo de las deudas de William Godwin). El inicio de la novela *Frankenstein*, con varias cartas y una especie de diario, no deja de ser un tributo a aquellos escritos y solo después de las páginas iniciales, la autora se suelta —se libera de alguna manera de las ataduras del pasado— y lleva a cabo una narrativa más libre y, sobre



todo, más cercana a los convencionalismos de un género novelístico al que parece tener, si no miedo, una cierta prevención.

No está claro dónde ni cuándo nació la idea de la novela. El contexto científico, los experimentos alrededor de la electricidad de los que hablamos al principio y el entorno literario romántico se sumaron para generar la trama y fue el verano sin sol de 1816 el que terminó por empujar la redacción. Los futuros Shelley —Percy y Mary aún no estaban casados— visitaron a Lord Byron en su residencia de Suiza durante el verano, pero la influencia de la erupción del volcán Tambora (de Indonesia) cubrió de nubes casi todo el planeta, redujo las temperaturas y generó un pequeño invierno. Días y días de lluvia impidieron al grupo —al que se había sumado el médico personal de Byron, John Polidori— gozar del verano de la zona, de los paseos en barca por los lagos y de la reconocida belleza de los paisajes suizos de campo y montaña. En su lugar, el mal tiempo los dejó en casa en muchas ocasiones y fue en ese contexto en el que se produjo la propuesta de Lord Byron para paliar el aburrimiento: que cada uno de ellos escribiera una novela de terror. Fue en una noche de junio, después de la lectura en voz alta de una colección de relatos de terror de origen alemán titulada *Fantasmagoriana* y del consumo de láudano en cantidades desconocidas, una tintura que contiene un buen porcentaje de opio. Solo Polidori completó la propuesta con un relato corto que terminaría por ser titulado *El vampiro* (publicado en 1819), mientras que Byron y Percy Shelley apenas realizaron unos apuntes básicos y Mary Shelley avanzó un poco más en lo que sería *Frankenstein*, aunque sin completar la propuesta. La obra de Polidori, que soñaba con emular a Byron, no tardó en publicarse, aunque se produjo una cierta confusión con la autoría, adjudicada en primera instancia a Lord Byron. Eso, y la temática, le permitió un empujón inicial y mucho éxito entre el público. En realidad, la obra era un ajuste de cuentas con el

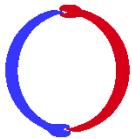
poeta, por sus burlas y constante menosprecio. “Pobre Polidori” o *Polidolly* eran formas frecuentes de referirse al médico por parte de Byron y de la propia Mary Shelley...



John Polidori

A pesar de ese éxito y de la influencia posterior, el relato de Polidory no tuvo nunca la relevancia del que había creado Mary Shelley, publicado el año anterior. Sin embargo, en cierta medida, el “pobre Polidory” también tuvo su influencia en *Frankenstein*, a través de las conversaciones que mantenía con Percy Shelley acerca de los experimentos con electricidad y músculos muertos de Luigi Galvani y de Erasmus Darwin, abuelo del gran científico Charles Darwin. Eso y el consumo de láudano podrían explicar el sueño de Mary Shelley que menciona en la introducción de la versión reescrita en 1831:

Vi, con los ojos cerrados, pero con una nítida imagen mental, al pálido estudiante de artes impías, de rodillas junto al objeto que había armado. Vi al horrible fantasma de un hombre extendido y que luego, tras la obra de algún motor poderoso, éste cobraba vida, y se ponía



de pie con un movimiento tenso y poco natural. Debía ser terrible; dado que sería inmensamente espantoso el efecto de cualquier esfuerzo humano para simular el extraordinario mecanismo del Creador del mundo.

“Introducción” de *Frankenstein*, Mary Shelley, 1831.

La versión publicada en 1818 no fue la original. Mary Shelley no dominaba la escritura, así que su obra inicial —concluida en 1817— contenía muchas faltas de ortografía y abundantes errores gramaticales, de los que era consciente, aunque le resultasen insuperables por aquel entonces. Fue Percy Shelley quien corrigió y mejoró el manuscrito que finalmente se publicaría. No obstante, a pesar de la corrección, la obra dista mucho de ser un prodigo literario. El inglés que utiliza la autora es muy pobre, tiene un léxico reducido y una incapacidad manifiesta de componer ni una sola frase con algo de arte. Expresiones simples hasta la vulgaridad y yuxtaposición de ideas sin armonía ni ritmo son las características de aquella publicación. La línea argumental tampoco es maravillosa; resulta bastante caótica, como si se hubieran caído las piezas de un puzzle, mientras que el relato salta sin orden ni concierto de una a otra escena, hasta producir un resultado ortopédico en líneas generales.

Podría pensarse que una novela tan pobre no debería alcanzar la repercusión que tuvo ni mantenerse viva durante más de dos siglos. Sin embargo, hay que decir que la calidad literaria no era peor que la predominante en las novelas de la Inglaterra de principios del siglo XIX, escritas para el gran público en “su idioma”, el inglés popular²¹. Eso fue y es *Frankenstein o el moderno Prometeo*, de Mary Shelley, un relato sencillo, original y efectista, un ejemplo de

novela romántica que demuestra que el estilo nunca murió, sino que impregnó de una forma u otra casi toda la literatura posterior. El cine y el interés del público por el género de terror hizo el resto. El monstruo de Frankenstein nunca descansará.

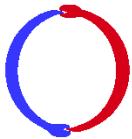


²¹ El inglés británico era un idioma muy estratificado por clases sociales, hasta el punto de que una persona de baja extracción social y otra de la rancia nobleza pueden llegar a no entenderse. Es frecuente, aún hoy, que un

españolito “de a pie”, que haya estudiado suficiente inglés termine por escuchar de algún nativo: “Pero ¿qué dices? No se habla así. Así solo habla el rey”.



La TIA de Ibáñez



Goyo

FRANCISCO Ibáñez, Barcelona (1936-2023), fue un historietista que se puede englobar en la generación del 57 de la Escuela Bruguera, junto a otros autores como Figueras, Raf, Gin o Segura. Estudió Peritaje Mercantil y comenzó a trabajar como botones en el Banco Español de Crédito y después en la Editorial Bruguera en 1958, y cuando sus ingresos superaban a los percibidos en la banca con la creación de sus icónicos personajes *Mortadelo y Filemón*, centró su labor exclusivamente en las historietas.

Aunque *Mortadelo y Filemón* —inicialmente se añadía *agencia de información*— sea su historieta más universal, creó otras igualmente exitosas: *El botones Sacarino*, *Pepe Gotera* y *Otilio chapuzas a domicilio*, *La familia*

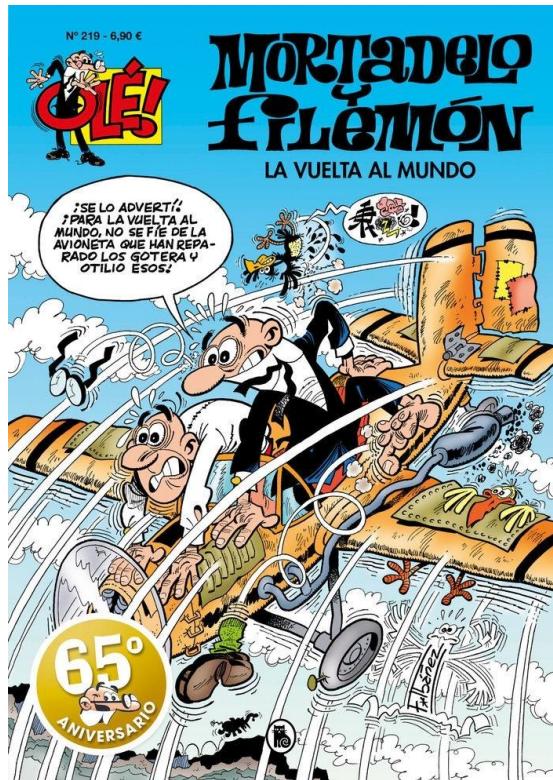
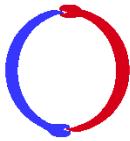
Trapisonda, *Rompetechos* —un guiño a su propia persona— o *13 Rue del Percebe*. Estas historietas fueron publicadas en distintos cómics, como *DDT*, *Pulgarcito* o *Tiovivo*. *Mortadelo y Filemón* fue llevada al cine, a veces como animación y otras como película convencional, con notable éxito.

Ibáñez trabajó en Bruguera hasta 1986, en Editorial Grijalbo hasta 1987 y en Ediciones B, hasta 2023. Recibió numerosos premios, entre los que destacan el Gran premio del Salón del Cómic de Barcelona en 1994, el Creu de Sant Jordi en 2021 además de la medalla de oro al mérito en Bellas Artes en 2002.

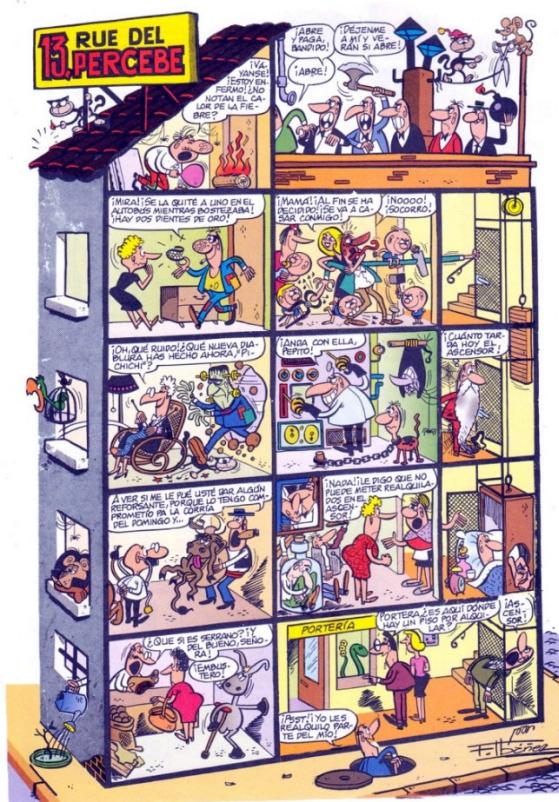
Mortadelo y Filemón evolucionó de *agencia de información*, a la TIA (Técnicos de Investigación Aeroterráqueos), una disparatada parodia de la CIA, incorporando nuevos personajes: el Súper, desaprensivo Superintendente Vicente, jefe supremo de la Agencia, el Profesor Bacterio, genial científico que provocaba catástrofes con sus inventos que deberían ayudar a los agentes, y las secretarias: la obesa Ofelia y la guapa Irma. Mortadelo, alto, con gafas y que se podía disfrazar de cualquier cosa y su agrio jefe Filemón calvo con dos pelos, se enfrentaban a los malos provocando más desastres que arreglos. Su principal enemigo era la Agencia ABUELA (Agentes Bélicos Ultramarinos Especialistas en Líos Aberrantes).

También se publicaron historietas monotemáticas a partir de 1980 coincidiendo con grandes eventos —las Olimpiadas o los Mundiales de Fútbol— en los que nuestros héroes trataban de evitar sabotajes y atentados de cualquier tipo. Transcendiendo a nuestro país, *Mortadelo y Filemón* fue traducido a muchos idiomas, adquiriendo justa difusión universal.

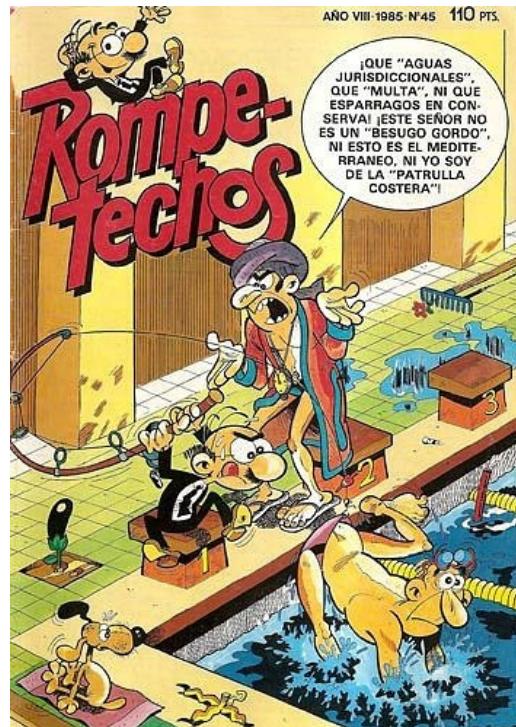
El botones Sacarino, chico que con su picaresca sobrevive a la dureza de sus jefes el “Dire” y el “Presi” refleja la época de trabajo del autor en el sector de la banca.



Pepe Gotera y Otilio, chapuzas a domicilio, una especie de autónomos, el vago jefe Pepe Gotera y el subordinado Otilio, abnegado y sacrificado, realizan reparaciones variopintas que acaban de forma desastrosa.

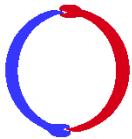


Rompetechos, en palabras de su autor, es una parodia de su propia persona debido a su limitación visual, vive graciosas aventuras, como ejemplo una en la que abriendo una ventana exclama que le robaron las ropas de su armario y acaba reclamando a una farola callejera que confunde con un guardia municipal.



13 Rue del Percebe era la contraportada de cada publicación y presentaba un edificio abierto en sección que permitía ver a sus singulares vecinos: el tendero del bajo haciendo trampas con la báscula, la portera del edificio, el moroso inquilino de la azotea acosado por sus acreedores o el matrimonio del tercero y sus gamberros hijos o el ladrón que robaba cosas inútiles.

Ibáñez fue evolucionando desde los primeros *Mortadelo y Filemón* de unos dibujos sencillos a otros mucho más complejos que llenaban las viñetas con trazos primorosos y precisos que permitían ver edificios, paisajes o vehículos de todo tipo con gran detalle, incorporando en



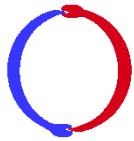
algunas apuntes gamberros: el ratón poniendo trampas al gato, la araña amenazante o el tranquilo caracol en lugares inconvenientes. El paso de cada viñeta a las siguientes estaba dotado de un gran dinamismo, como si fueran dibujos animados plasmados en el papel, en una podía aparecer un maltrecho personaje y en la siguiente revivía fresco como una lechuga, entero y listo para una nueva acción.

Su humor, dulce y crítico a la vez, reflejaba las costumbres, conflictos y debilidades de nuestra sociedad, una parodia que evitaba la censura, con continuos “gags” que abarcaban toda la historieta, y disparatadas peleas, golpes, destrucciones, explosiones y un caos sin fin y todo impregnado con un guion muy cuidado y de gran calidad.

Ibáñez fue un referente para muchas generaciones, tanto por la originalidad de sus personajes como por el dominio del lenguaje y su maestría para el dibujo.



Sophie Marie Van der Pas



Texto y traducción de **Miguel Ángel Real**



Sophie Marie Van der Pas nació en 1954. Cantautora, produjo un LP en el 84 y cantó hasta que perdió la audición. Desde que se instaló en Bretaña, se dedica a la poesía y la escritura. Sus poemas han sido publicados en diferentes revistas (*Lichen, i rouge, Décharge, Ornata, Diérèse, Ce qui reste, Paysages écrits, A l'index*).

Bibliografía:

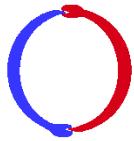
- 2016 : *L'œil du peintre* poemas, con cuadros de Vincent Magni, pintor contemporáneo.
- 2017 ; Exposición «RECYCLAGES» en torno a las fotos de Alain Dutour.
- 2017 : *Le silence sait attendre*, poemas publicados en revistas.
- 2018 : *Les arbres bavardent ils nous attendent*, Ed. La Centaurée.
- 2019 : *Cette légèreté*, poemas, Ed. Ballade à la lune.
- 2021 : *Ricochets*, Polder N°190, revue *Décharge*, Ed. Gros textes.
- 2026 : *Ce geste*, que publicará L'Ail des ours.

Sophie Marie van der Pas

Quelque chose s'en va



Collection Grand ours
L'Ail des ours / n°28



Déferlement de questions, parfois.
Chaque matin singulier contrôle
L'ouverture de la grille.
Tu n'as pas bougé.
J'avance à pas rapides
Dans la deuxième allée tournée
Vers la mer.
Devant toi, je m'étonne d'être debout.
Ma parole, jonchée de tulipes
Éclaire le plat de la pierre.
J'envisage de l'écrire à genoux
Proche de ta bouche.
Tu me diras plus tard
Si tu crois au réveil
Comme geste de survie.
Quel est le chaînon manquant
Entre mort et résurrection ?

Aluvión de preguntas, a veces.
Cada mañana singular controla
La apertura de la verja.
No te has movido.
Camino con pasos rápidos
Por el segundo callejón mirando
Hacia el mar.
Frente a ti, me sorprende estar de pie.
Mi palabra, sembrada de tulipanes
Alumbra la tersura de la piedra.
Pienso escribirla de rodillas
Junto a tu boca.
Puedes decirme más tarde
Si crees en el despertar
Como un gesto de supervivencia.
¿Cuál es el eslabón perdido
Entre muerte y resurrección?

Un jour reviendraient tes baisers
Me cueillir
Au creux du réveil.
Les nuits écrasent l'attente
Lune complice de tes lèvres.
Entre les draps blancs,
Une chanson
Nargue l'écho de ton inquiétude
Je reprends le refrain
Sous ta respiration d'éphémère.
Je voudrais une maison
Au bord du soleil.

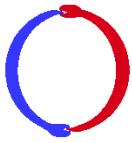
Un día volverían tus besos
A acogerme
En el seno de tu despertar.
Las noches aplastan la espera
Luna cómplice de tus labios.
Entre las sábanas blancas,
Una canción
Desdeña el eco de tu inquietud
Retomo el estribillo
Bajo tu aliento de efímera.
Quisiera una casa
Al borde del sol.

Aujourd'hui tu es lumière.
Sous les lèvres cyanosées du matin
Je ne suis pas la seule à me détourner
Des derniers givres.
Cette première année
S'affranchit de l'hiver,
Avance vers l'œuf fertile
Et l'intelligence des abeilles.
La mort reste en cage
Ton souffle a depuis longtemps
Traversé les barreaux.
Après l'appel de tendresse
J'entre dans la mémoire
De l'enfant que tu es.

Hoy eres luz.
Bajo tus labios cianóticos de la mañana
No soy la única en alejarse
De las últimas escarchas.
Este primer año
Se libera del invierno,
Avanza hacia el huevo fértil
Y la inteligencia de las abejas.
La muerte sigue enjaulada
Tu aliento hace mucho
Que atravesó los barrotes.
Tras la llamada tierna
Entro en la memoria
Del niño que eres.



Unha praia



Augusto Guedes

Hoxe a praia
falou con soles rotos
en escuma branca,
lembra pegadas
entre a area durmida

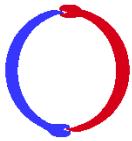
Hoxe, na praia
oín o clamor
dos solpores vermellos
mentres a lúa espida
se bañaba nas pozas
da ribeira lembra

Hoxe... ou...
...quizais foi onte
cando a miña alma
soñou co mar

E o tempo converteuse en sal
nos meus beizos,
as horas naufragaron
sen nome,
un vento antigo
rabuñaba dentro
do meu almario.

O horizonte chamou
desde as miñas pupilas
queimaban os silencios
baixo o ceo ... e
...souben que o mar
non era o meu mar
senón a memoria
que regresaba comigo.

E deixeime ir,
marea cara a fóra,
sen corpo,
sen ribeiras
nin certezas,
porque todo o que se perdeu
agardaba por min
nese mar
que sempre sabe como volver



Una playa

Y el tiempo se hizo sal
en mis labios,
las horas naufragaron
sin nombre,
un viento antiguo
arañaba por dentro
mi almario.

Hoy la playa
hablaba con soles rotos
en espumas blancas,
recordaba huellas
entre la arena dormida

Hoy, en la playa
escuché la algarabía
de los rojos atardeceres
mientras la luna desnuda
se bañaba en los charcos
de la orilla recordada

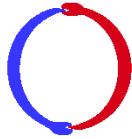
Hoy... o...
... quizás fue ayer
cuando mi alma
soñó con el mar

Llamaba el horizonte
de mis pupilas
quemaban los silencios
bajo el cielo ...y
... supe que el mar
no era mi mar
sino el recuerdo
que regresaba conmigo.

y me dejé llevar,
marea adentro,
sin cuerpo,
sin orillas
ni certezas,
porque todo lo perdido
me esperaba
en ese mar
que siempre sabe volver.



Espuma de mar



Los datos de los concursos que se presentan en las tablas de esta sección corresponden a un resumen de las bases y tienen valor estrictamente informativo. Para conocer con detalle las condiciones específicas de cada uno de ellos es imprescindible acudir a la información oficial que publican las entidades convocantes.

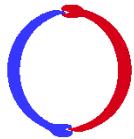
Solo se presentan convocatorias que no plantean en sus bases ningún tipo de discriminación por razón de sexo, raza o lugar de nacimiento, las que ofrecen premios en metálico y en las que pueden participar mayores de edad, sin perjuicio de que en alguno de los certámenes también puedan participar menores.

Novela

Convocatorias de concursos que cierran en febrero de 2026				
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Almadía Ventosa-Arrufat	13	25 000 a 45 000 paabras	Editorial Almadía y la Fundación Ventosa Arrufat (España)	20 000
Gastronómica Roca Awards	28	≥ 150	Editorial Planeta, S.A., Planeta Gastro (España)	3 000

Relato corto y cuento

Convocatorias de concursos que cierran en febrero de 2026				
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Creación literaria de la Universidad de Cádiz	8	3 a 8	Servicio de Extensión Universitaria del Vicerrectorado de Sostenibilidad y Cultura de la Universidad de Cádiz (España)	500
Villa de Torrecampo	18	≤ 20	Ayuntamiento de Torrecampo (España)	3 000
Mundo Esférico	20	≤ 15	IES Nicolás Copérnico de Écija (España)	500
José Nogales	26	-	Diputación de Huelva (España)	6 000
Pablo de Olavide	28	≤ 15	Ayuntamiento de La Luisiana (Sevilla)	1 500
Elena Soriano	28	≤ 12	Ayuntamiento de Suances (España)	3 000
Villa de Mazarrón - Antonio Segado del Olmo	28	≤ 8	Ayuntamiento de Mazarrón (Murcia) y la Universidad Popular de Mazarrón (España)	5 000
La Felguera	28	6 a 8	Sociedad de Festejos "San Pedro" (España)	4 000
Álvarez Tendero	28	7 a 8	Ayuntamiento de Arjona (España)	2 000



Poesía

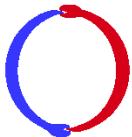
Convocatorias de concursos que cierran en febrero de 2026				
Premio	Día	nº versos	Convocado por	Cuantía [€]
Peña cultural Los Tranquilotes	1	50 a 100	Peña Cultural Los Tranquilotes (España)	600
Bécquer y el amor en 60	4		Fundación de los Ferrocarriles Españoles (España)	3 000
Creación literaria de la Universidad de Cádiz	8	3 a 8 páginas	Servicio de Extensión Universitaria del Vicerrectorado de Sostenibilidad y Cultura de la Universidad de Cádiz (España)	500
Antonio Ródenas	9	500 a 1.000	Fundación Antonio Ródenas García-Nieto (España)	6 000
Estrofa Julia	14	25 a 60	Asociación Espejo de Alicante (España)	200
Poeta Mario López	15	300 a 600	Ayuntamiento de Bujalance (Córdoba) y el IES Mario López (España)	3 000
Poesía Lugar Común	23	Min 400	Lugar Común Miami (EE. UU.)	1 283
Ministerio de cultura y Sociedad Bolivariana de Panamá	27	15 a 20	Ministerio de Cultura y Sociedad Bolivariana de Panamá	1 710
Montejícar	28	400 a 700	Ayuntamiento de Montejícar (España)	400

Literatura de no ficción

Convocatorias de concursos que cierran en febrero de 2026				
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Vicente Manuel Sanz Gómez	1	75 a 100	Instituto de Estudios Territoriales el Caroig (España)	1 200
Beca literaria Bodegas Olarra & Café Bretón	13		Café Bretón & Bodegas Olarra (España)	7 000

Otros géneros literarios

Convocatorias de concursos que cierran en febrero de 2026				
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Jesús Domínguez	17		Diputación Provincial de Huelva	6.000

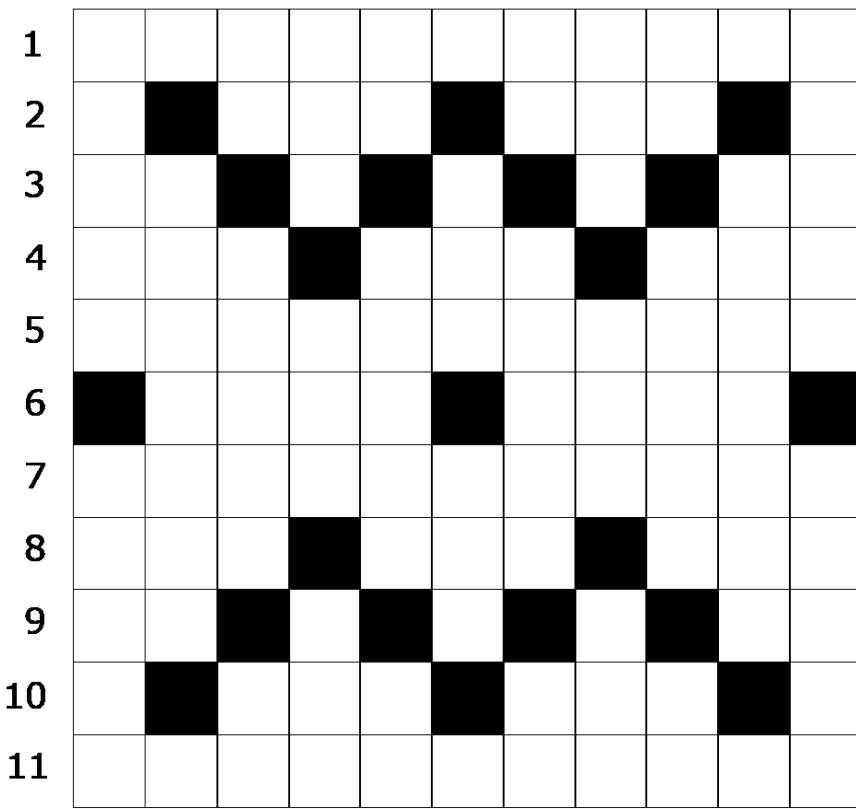


Crucigrama

por Goyo



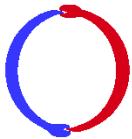
1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11



Solución

HORIZONTALES 1 *El....*, obra de ballet de Chaikovski. 2 Átomo con carga eléctrica. El no de los ingleses. 3 Desinencia verbal. Al revés, pronombre reflexivo. 4 Tecla de grabación. Grupo de intervención y rescate. Revista de historietas. 5 Afirmación. 6.... Dinesen, autora de *Memorias de África*. Colocan, a falta de una vocal. 7 Novela de Mary Selley, pero faltando una consonante. 8 El oído de los ingleses. Onda. Aumentativo masculino. 9 Abreviatura de un titulado superior. Franja horaria. 10 1049, para los antiguos romanos. Fleming, autor de *Casino Royale*. 11 Filósofo griego, de imperecedera huella.

VERTICALES. 1 Personaje de *Heidi*. Tragedia de Racine. 2 A falta de una consonante, hacer su función el pulmón. 3 Nota musical. Vallejo, poeta peruano autor de *La piedra cansada*. Posesivo. 4 Función matemática abreviada. Se dirigen. Capacidad humorística. 5 Prefijo negativo. Gordon...., personaje de “Wall Street”. Línea de tierra. 6 Título honorífico inglés. Categoría ajedrecística. 7 Artículo masculino. Al revés, Jorge Martínez...., campeón de motociclismo. Novela de terror de S. King. 8 Periodo de tiempo geológico. Al revés, onomatopeya de golpeo. West, actriz y comediante estadounidense. 9 Radical químico. Municipio asturiano. Países Bajos. 10 Plástico derivado del caucho y utilizado como aislante. 11.... Bolívar, artífice de la independencia de Venezuela. Cierres o sellos de las cartas.



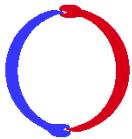
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
31	32	33	34	35	36	37	38	39	40
41	42	43	44	45	46	47	48	49	50
51	52	53	54	55	56	57	58	59	60

Solución

4	52	14	36	42	Signo aritmético				
41	40	5	26	45	51	35	50	Comida, sustento	
12	30	44	1	Cambio					
21	49	7	38	Lanza de infantería					
10	2	15	23	8	31	19	53	16	Harapiento
33	22	18	Monarca						
13	29	32	Quiera						
48	27	9	37	47	46	24	Relativo al terremoto		

Texto: pensamiento de Woody Allen.

Clave, primera columna de definiciones: bastidores fijos o móviles para dividir espacios.



El escritor suizo **Erik von Däniken** (14/4/1935-10/1/2026) fue autor de gran número de libros en los que la ficción aparecía en la forma de un ensayo y que contenían todo tipo de teorías pseudocientíficas rechazadas por la totalidad de los estudiosos. Su lema debía de ser “no dejes que la realidad te estropee una bonita historia” y lo que hubiera sido toda una producción de novelas de ciencia ficción, se vendió como teorías increíbles de pseudociencia, pseudohistoria y pseudoarqueología en torno a los alienígenas y a su llegada a la Tierra en tiempos pretéritos. El problema es que una adecuada presentación y una supuesta documentación sobre cualquiera de los asuntos generó miles de seguidores dispuestos a creer lo que fuera y a dar por sentado cualquier dato inventado sin comprobación o cualquier interpretación tendenciosa de hechos conocidos. La conocida como “teoría de los antiguos astronautas” tiene tal cantidad de adeptos que hay un canal de televisión —el canal de Historia— que dedica la mayor parte del tiempo a difundirla.

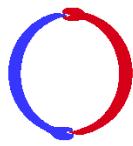


A pesar del contenido fraudulento de su obra, hay que reconocer que von Däniken tuvo la habilidad para crear fantasías bien elaboradas, para mezclar realidad con ficción y para presentar el resultado como un producto interesante para mentes influenciables. Siendo uno de los grandes creadores de

bulos del siglo XX, no tuvo la fortuna de que las redes sociales sobre Internet estuvieran desarrolladas en los momentos álgidos de su producción, desde finales de los años sesenta hasta los años ochenta aproximadamente, cuando la exploración espacial formaba parte de los titulares habituales de la prensa diaria y el espacio —ligado a la especulación sobre la vida extraterrestre— movía el interés general de los ciudadanos. De haber sido así, estaríamos hablando de un fenómeno de masas. La obra más conocida de von Däniken es *Recuerdos del futuro* (1968), que junto al resto de sus teorías acientíficas le valió el premio Ig Nobel de Literatura de 1991. Para ser justos, la afamada obra *2001, una odisea espacial* (novela de Arthur C. Clarke y película de Stanley Kubrick en 1968) no deja de basarse en las mismas teorías de von Däniken, las visitas alienígenas en el pasado para influir o crear la especie humana. La única diferencia es que ni Clarke ni Kubrick se salen de un guion de ciencia ficción.

Dilbert es el personaje que da título a una de las tiras cómicas más famosas de finales del pasado siglo y principios de este. Su autor, Scott Adams, ha fallecido este enero tras una dura batalla contra el cáncer. **Scott Adams** (8/6/1957-13/1/2026), licenciado en Económicas y con un MBA en su currículum, desarrolló ese tipo de tareas en varias corporaciones hasta que decidió pasarse al mundo del cómic, con un personaje —Dilbert es ingeniero— que representa al técnico intermedio en cualquier estructura empresarial y que recibió una gran acogida, no solo entre quienes se sentían representados por el entorno de oficina de la tira, sino entre el público en general. Las obras en torno al personaje de

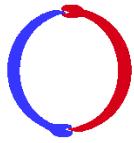




Dilbert han recibido un amplio reconocimiento, como el Premio de la National Cartoonists Society Reuben (1997) o el Premio Newspaper Comic Strip (1997). También consiguió el Premio Orwell de 1998 por su participación en “*Mission Impertinent*” para la revista *San Jose Mercury News West*.



Frankenstein o el moderno Prometeo (Extracto)



Mary Shelley

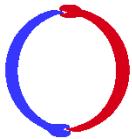
Traducción de Miguel A. Pérez

Prefacio

FEl hecho en que se basa este relato no es del todo imposible, según han supuesto el Dr. Darwin²² y algunos médicos escritores alemanes. No se supone que yo conceda la más mínima confianza a tal imaginación; sin embargo, al asumirla como base de una obra de fantasía, no me he considerado simplemente como una tejedora de una serie de terrores sobrenaturales. El acontecimiento del que depende el interés de la historia no tiene los inconvenientes de un simple relato de espectros o de encantamiento. Fue apoyado por la novedad de las situaciones que desarrolla y, aunque imposible como hecho físico, ofrece a la mente un punto de vista más amplio y convincente que cualquier otro que puedan ofrecer las relaciones ordinarias de los acontecimientos existentes para esbozar las pasiones humanas.

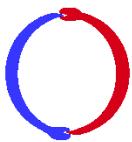
Me he esforzado en preservar la verdad de los principios elementales de la naturaleza humana, sin dudar en innovar al mezclarlas. *La Iliada*, la poesía trágica griega, Shakespeare en *La tempestad* y en *Sueño de una noche de verano* y, sobre todo, Milton en *El paraíso perdido* siguen esta regla; y la

²² Se refiere al médico y poeta Erasmus Darwin, abuelo de Charles Darwin.



novelista más humilde, que busca entretenerte con su trabajo, puede, sin presunción alguna, aplicar a la ficción en prosa una licencia, o más bien una regla, con cuya adopción tantas exquisitas combinaciones de sentimientos humano han dado lugar a los más altos ejemplos de poesía. La circunstancia en la que se basa mi relato surgió en una conversación informal. Comenzó en parte como fuente de diversión y en parte como recurso para ejercitar recursos mentales inexplorados. A medida que avanzaba la obra, se añadieron otros motivos. No me es indiferente en absoluto cómo afectarán al lector las tendencias morales presentes en los sentimientos o personajes que contiene. Sin embargo, mi principal preocupación al respecto se ha limitado a evitar los efectos enervantes de las novelas actuales y a presentar la amabilidad del afecto familiar y la excelencia de la virtud universal. Las opiniones que surgen de forma natural del carácter y de la situación del protagonista no deben considerarse en absoluto como parte de mis propias creencias ni se puede extraer de las páginas siguientes conclusión alguna que prejuzgue doctrina filosófica alguna.

Para la autora, es interesante añadir que esta historia comenzó en la majestuosa región donde se desarrolla principalmente la escena y en una sociedad que no deja de ser lamentable. Pasé el verano de 1816 en los alrededores de Ginebra. La estación era fría y lluviosa y por las noches nos reuníamos alrededor de una fogata y, de vez en cuando, nos divertíamos con algunas historias alemanas de fantasmas, que caían en nuestras manos. Estos cuentos despertaron en nosotros un deseo de jugar a imitarlos. Otros dos amigos (un relato de la pluma de uno de ellos sería mucho más aceptable para el público que cualquier cosa que yo pueda esperar escribir) y yo acordamos escribir cada uno una historia basada en algún suceso sobrenatural. Sin embargo, el tiempo se serenó de repente y mis dos amigos me dejaron y salieron de viaje por los Alpes, perdiendo, en los magníficos paisajes que ofrecen, todo recuerdo de sus visiones fantasmales. El siguiente relato es el único que se ha completado.



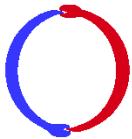
CARTA I

A la Sra. Saville, Inglaterra

San Petersburgo, 11 de diciembre de 1817

Te alegrará saber que ningún desastre ha acompañado el inicio de una empresa que veías con tan malos augurios. Llegué aquí ayer y mi primera tarea ha sido asegurarse a mí querida hermana que estoy bien y que tengo una creciente confianza en el éxito de mi empresa.

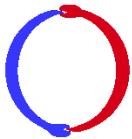
Ya estoy muy al norte de Londres; y mientras camino por las calles de Petersburgo, siento la fría brisa del norte acariciar mis mejillas, que me tonifica los nervios y me llena de alegría. ¿Conoces esa sensación? Esta brisa, que ha viajado desde las regiones hacia las que avanzo, me anticipa esos clímas gélidos. Inspirado por esa promesa en el viento, mis ensoñaciones se vuelven más fervientes y vívidas. Intento, en vano, convencerme de que el polo es la cuna del frío y de la desolación; siempre se presenta en mi imaginación como la región de la belleza y el deleite. Allí, Margaret, el sol es siempre visible; su amplio disco roza el horizonte y difunde un esplendor perpetuo. Allí —con tu permiso, hermana mía, confiaré en los navegantes anteriores— la nieve y el hielo desaparecen y, navegando en un mar en calma, podríamos ser transportados a una tierra que supera en maravillas y en belleza a cualquier región hasta ahora descubierta en el globo habitable. Sus productos y sus rasgos son incomparables, como los fenómenos de los cuerpos celestes en esas soledades desconocidas. ¿Qué no se puede esperar en un país de luz eterna? Allí podría descubrir el maravilloso poder que atrae a la aguja de la brújula y realizar miles de observaciones celestiales,



que solo necesitan este viaje para resolver de una vez por todas sus aparentes excentricidades. Saciaré mi ardiente curiosidad con la vista de una parte del mundo nunca antes visitada y podré pisar una tierra nunca antes pisada por el hombre. Estos son los alicientes, suficientes para vencer todo miedo al peligro o a la muerte y para inducirme a emprender este laborioso viaje con la alegría que siente un niño cuando se embarca en un pequeño bote, con sus compañeros de vacaciones, en una expedición de descubrimiento por su río natal. Aun suponiendo que todas estas conjeturas fueran falsas, no podrán negar el inestimable beneficio que conferiré a toda la humanidad, hasta la última generación, al descubrir un paso cerca del polo hacia esos países, a los cuales se requieren tantos meses para llegar en la actualidad²³. O el de descubrir el secreto del campo magnético, que, de ser posible, solo podría lograrse mediante una empresa como la mía.

Estas reflexiones han disipado la zozobra con la que comencé mi carta y siento que mi corazón arde con un entusiasmo que me sube hasta al cielo, pues nada contribuye tanto a tranquilizar la mente como un propósito firme y una meta en la que el alma pueda fijar su mirada. Esta expedición ha sido el mayor sueño de mi juventud. He leído con ardor los relatos de los diversos viajes realizados, con la perspectiva de llegar al océano Pacífico norte a través de los mares que rodean al polo. Recordarán que la historia de todos los viajes realizados con fines de descubrimiento constitúa la totalidad de la biblioteca de nuestro buen tío Thomas. Descuidé mi educación, pero me apasionaba la lectura. Estos volúmenes eran mi estudio, día y noche, y mi familiaridad con ellos aumentó el pesar que sentí, de

²³ Se refiere al conocido como “paso del noroeste”, una ruta entre las islas del norte de Canadá entre el océano Atlántico y el Pacífico, que resolvía un trayecto marítimo entre Europa y Asia que suponía una navegación mucho más larga. Tras decenas de intentos fallidos por parte de todas las potencias de la época (y anteriores), en 1817 el Gobierno británico ofreció un premio de 20 000 libras esterlinas para quien hallara este paso. El incentivo del premio dio lugar a la organización de muchas expediciones.

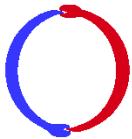


niño, al enterarme de que la orden de mi padre, antes de morir, le había prohibido a mi tío iniciarme en la vida marinera.

Estas ideas se esfumaron cuando leí por primera vez a los poetas cuyas pasiones cautivaron mi alma y la elevaron al cielo. Yo también me convertí en poeta y viví durante un año en el paraíso de mi propia creación; imaginé que también podría lograr un lugar en el templo donde se consagran los nombres de Homero y de Shakespeare. Sabes bien de mi fracaso y cómo soporté esa decepción, pero justo en ese momento heredé la fortuna de mi primo y mis objetivos se encaminaron hacia mis anteriores intereses.

Ya han pasado seis años desde que decidí emprender este proyecto. Aún recuerdo el momento en que me dediqué a esta gran empresa. Comencé por acostumbrarme a las dificultades. Acompañé a los balleneros en varias expediciones al mar del Norte. Soporté voluntariamente el frío, el hambre, la sed y la falta de sueño. A menudo trabajaba más duro que los marineros durante el día, mientras dedicaba más noches al estudio de las matemáticas, la teoría de la medicina y a aquellas ramas de la física de las que un aventurero naval podía sacar mayor provecho práctico. En dos ocasiones me contraté como segundo de a bordo en un ballenero groenlandés y mi desempeño fue admirable. Debo confesar que me sentí orgulloso cuando mi capitán me ofreció la segunda posición en el barco y me rogó con la mayor sinceridad que me quedara; tan valiosos consideraba mis servicios.

Y ahora, querida Margaret, ¿no merezco lograr algo grande? Podría haber pasado mi vida en la comodidad y el lujo, pero preferí la gloria a cualquier atractivo que la riqueza me ofreciera. ¡Ojalá alguna voz alentadora me apoyara! Mi coraje y mi resolución son firmes, pero mis esperanzas fluctúan y mi ánimo se deprime a



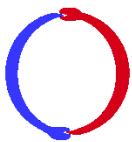
menudo. Estoy a punto de emprender un largo y difícil viaje, cuya suerte exigirá toda mi fortaleza: se me pide no solo animar a los demás, sino, a veces, sostener mi propio ánimo cuando el de ellos flaquea.

Esta es la época más favorable para viajar por Rusia. Vuelan rápido sobre la nieve en sus trineos. El movimiento es agradable y, en mi opinión, mucho más placentero que el de una diligencia inglesa. El frío no es excesivo si uno va abrigado con pieles, una vestimenta que ya he adoptado, pues hay una gran diferencia entre caminar por la cubierta y permanecer sentado e inmóvil durante horas, cuando ningún ejercicio evita que la sangre se congele en las venas. No tengo ninguna ambición de perder la vida en el correo entre San Petersburgo y Arcángel.

Partiré hacia esta última ciudad en dos o tres semanas. Mi intención es alquilar un barco allí, lo cual se puede hacer fácilmente pagando el seguro del armador, y contratar a tantos marineros como considere necesarios, entre aquellos que estén acostumbrados a la pesca de ballenas. No pienso zarpar hasta junio. ¿Y cuándo regresaré? Ah, querida hermana, ¿cómo puedo responder a esta pregunta? Si lo logro, pasarán muchos meses, quizás años, antes de que podamos encontrarnos. Si fracaso, me volverás a ver pronto, o nunca.

Adiós, mi querida y maravillosa Margaret. Que el Cielo derrame sobre ti sus bendiciones y me ampare para que pueda dar fe una y otra vez de mi gratitud por todo tu amor y bondad.

Tu afectuoso hermano, R. Walton.

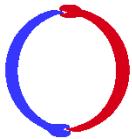


CARTA II

A la Sra. Saville, Inglaterra

Arcángel, 28 de marzo de 1817

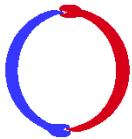
¡Qué lento pasa el tiempo aquí, rodeado como estoy de hielo y de nieve! Sin embargo, doy el segundo paso hacia mi empresa. He alquilado un barco y estoy reuniendo a mis marineros. Los que ya he contratado parecen ser hombres en quienes puedo confiar y sin duda poseen un coraje inquebrantable. Pero tengo una necesidad que aún no he podido satisfacer y ahora siento su ausencia como un mal gravísimo. No tengo amigos, Margaret. Cuando llegue el entusiasmo del éxito, no habrá nadie que comparta mi alegría. Si me asalta la decepción, nadie intentará ayudarme en mi abatimiento. Pondré mis pensamientos por escrito, es cierto, pero es una mala forma para comunicar sentimientos. Deseo la compañía de un hombre que pueda simpatizar conmigo, cuya mirada responda a la mía. Puede que me consideres romántico, querida hermana, pero siento amargamente la falta de un amigo. No nadie tengo a mí lado, alguien gentil, aunque valiente, con una mente cultivada y abierta, cuyos gustos sean como los míos y que apruebe o cambie mis planes. ¡Cómo repararía un amigo así las faltas de tu pobre hermano! Soy demasiado apasionado en la ejecución y demasiado impaciente ante las dificultades, pero ser autodidacta es un mal aún mayor para mí: durante los primeros catorce años de mi vida, corrí como un loco por terrenos conocidos y no leí más que los libros de viajes de nuestro tío Thomas. A esa



edad, conocí a los célebres poetas de nuestro país, pero solo cuando me di cuenta de que no podía sacar más de ello, tuve la necesidad de familiarizarme con más idiomas que el de mi país natal. Ahora tengo veintiocho años y, en realidad, soy más analfabeto que muchos escolares de quince. Es cierto que he pensado más y que mis sueños son más extensos y grandes, pero necesitan (como dicen los pintores) mantenimiento y necesito mucho un amigo que tenga el suficiente sentido común para no despreciarme como romántico y el suficiente afecto hacia mí para esforzarse por moderar mi mente.

Bueno, estas son quejas inútiles. Sin duda, no encontraré ningún amigo en el vasto océano, ni siquiera aquí, en Arcángel, entre comerciantes y marineros. Sin embargo, algunos sentimientos, ajenos a la escoria de la naturaleza humana, laten incluso en estos pechos rudos. Mi teniente, por ejemplo, es un hombre de extraordinario coraje y espíritu emprendedor; anhela la gloria con locura. Es inglés y, en medio de prejuicios nacionales y profesionales no suavizados por la cultura, conserva algunas de las más nobles dotes de humanidad. Lo conocí a bordo de un ballenero: al ver que estaba desempleado en esta ciudad, lo contraté sin problema para que me ayudara en mi empresa.

El capitán es una persona de excelente carácter y destaca en el barco por su gentileza y la moderación de su disciplina. Es, de hecho, de naturaleza tan amable que no sale a cazar (su pasatiempo favorito y casi el único aquí), porque no soporta derramar sangre. Es, además, heroicamente generoso. Hace unos años, se enamoró de una joven rusa de fortuna media y, tras amasar una considerable suma en premios, el padre de la joven consintió en el matrimonio. Vio a su amante una vez antes de la ceremonia. Ella estaba bañada en lágrimas y, arrojándose a sus pies, le suplicó que la perdonara, confesando, al mismo tiempo, que amaba a otro, pero

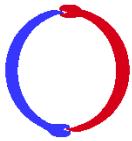


que era pobre y que su padre jamás consentiría la unión. Mi generoso amigo tranquilizó a la suplicante y al saber el nombre de su amante, abandonó al instante su búsqueda. Ya había comprado una granja con su dinero, en la que planeaba pasar el resto de su vida; Pero se lo dio todo a su rival, junto con el resto del dinero del premio para comprar acciones, y luego él mismo solicitó al padre de la joven que consintiera en casarla con su amante. Pero el anciano se negó rotundamente, creyéndose obligado por el honor a mi amigo; quien, al encontrar al padre inexorable, abandonó su país y no regresó hasta enterarse de que su antigua amante se había casado según sus deseos. “¡Qué hombre tan noble!”, dirás. Lo es, aunque ha pasado toda su vida a bordo de un barco y apenas tiene idea de nada más allá de la cuerda y del obenque.

Pero no supongas que, porque me quejo o porque puedo concebir un consuelo que quizá nunca exista para mis afanes, vacílo en mis resoluciones. Estas son tan inamovibles como el destino y mi viaje solo se ha pospuesto hasta que el tiempo me permita embarcar. El invierno ha sido terriblemente duro, pero la primavera promete y parece notablemente temprana, así que, tal vez, pueda zarpar antes de lo esperado. No actuaré precipitadamente. Me conoces lo suficiente como para confiar en mi prudencia y consideración cuando la seguridad de otros está a mi cargo.

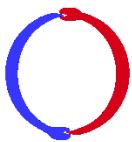
No puedo describirte mis sensaciones ante el inminente inicio de mi empresa. Es imposible transmitirte una idea del estremecimiento, mitad placentero, mitad aterrador, que me recorre al partir. Voy a regiones inexploradas, a «la tierra de la niebla y la nieve», pero no mataré a ningún albatros²⁴, así que no te preocupes por mí.

²⁴ Se refiere a un poema de Samuel Taylor Coleridge (21/10/1772-25/7/1834), *La balada del marinero*, en el que el protagonista atrae todos los males por haber matado un albatros sin razón alguna.



¿Volveré a verte después de haber atravesado mares inmensos y de haber regresado por el cabo más austral de África o de América? No me atrevo a esperar tal éxito, pero tampoco soporto mirar la otra cara de la moneda. Sigue escribiéndome siempre que puedas. Quizá reciba tus cartas (aunque es poco probable) cuando más las necesite para animarme. Te quiero profundamente. Recuérdame con cariño, aunque nunca más vuelvas a saber de mí.

Tu afectuoso hermano, Robert Walton.



CARTA III

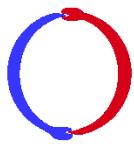
A la Sra. Saville, Inglaterra.

7 de julio de 1817

Mi querida hermana,

Escríbo apresuradamente unas líneas para comunicarte que estoy a salvo y que mi viaje ha avanzado considerablemente. Esta carta llegará a Inglaterra en un barco mercante que regresa desde Arcángel, más afortunado que yo, que quizá no vuelva a ver mi tierra natal en muchos años. Sin embargo, tengo buen ánimo: mis hombres son audaces y parecen firmes en sus propósitos. Las placas de hielo que nos rodean constantemente, indicando los peligros de la región hacia la que avanzamos, no parecen desanimarlos. Ya hemos alcanzado una latitud muy alta, pero estamos en pleno verano y, aunque no sean tan cálidos como en Inglaterra, los vientos del sur, que nos impulsan rápidamente hacia las costas que tanto deseo alcanzar, producen un calor renovador que no esperaba.

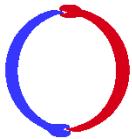
Hasta ahora no nos ha ocurrido ningún incidente digno de mención. Uno o dos vendavales fuertes y la rotura de un mástil son accidentes que los navegantes experimentados apenas recuerdan registrar y me daré por satisfecho si no nos ocurre nada peor durante nuestra travesía.



Adiós, mi querida Margaret. Ten la seguridad de que, por mi propio bien y por el tuyo, no me precipitaré ante el peligro. Seré sereno, perseverante y prudente.

Recuérdame a todos mis amigos ingleses.

Atentamente, RW



CARTA IV

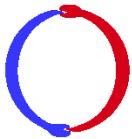
A la Sra. Saville, Inglaterra.

5 de agosto de 1817

Nos ha ocurrido un accidente tan extraño que no puedo dejar de registrarlo, aunque es muy probable que me veas antes de que estos papeles lleguen a tu poder.

El lunes pasado (31 de julio), estábamos prácticamente rodeados de hielo, que envolvió el barco por todos lados, dejándole apenas el espacio en el que flotaba. Nuestra situación era peligrosa, sobre todo porque estábamos rodeados por una densa niebla. Por tanto, pusimos rumbo a la costa, con la esperanza de que se produjera algún cambio en el tiempo atmosférico.

Alrededor de las dos, la niebla se disipó y contemplamos, extendidas en todas las direcciones, vastas e irregulares llanuras de hielo, que parecían no tener fin. Algunos de mis compañeros gemían y mi mente comenzaba a inquietarse, cuando una extraña visión atrajo repentinamente nuestra atención y desvió la preocupación acerca de nuestra situación. Vimos un carrojaje bajo, fijado a un trineo y tirado por perros, que avanzaba hacia el norte, a media milla de distancia. Un ser con forma humana, pero de estatura gigantesca, estaba sentado en el trineo y guía a los perros. Observamos el rápido avance del viajero con nuestros



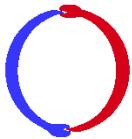
catalejos hasta que se perdió entre las irregularidades del hielo.

Esta aparición despertó nuestro asombro absoluto. Estábamos, según creíamos, a cientos de millas de cualquier país, aunque esta aparición parecía indicar que, en realidad, no estaba tan lejos como suponíamos. Sin embargo, encerrados por el hielo, era imposible seguir su rastro, que habíamos observado con suma atención.

Unas dos horas después de este suceso, oímos el mar de fondo y antes del anochecer, el hielo se rompió y liberó nuestro barco. Sin embargo, nos quedamos allí hasta la mañana, temiendo encontrarnos en la oscuridad con esas grandes masas sueltas que flotan tras la rotura del hielo. Aproveché este tiempo para descansar unas horas.

Por la mañana, en cuanto amaneció, subí a cubierta y encontré a todos los marineros ocupados en un costado del barco, aparentemente hablando con alguien en el mar. Se trataba de un trineo como el que habíamos visto, que se había acercado a nosotros en la noche, sobre un gran trozo de hielo. Solo quedaba un perro con vida, pero había un ser humano dentro al que los marineros estaban persuadiendo para que subiera al barco. No era, como parecía ser el otro viajero, un salvaje habitante de alguna isla desconocida, sino un europeo. Cuando aparecí en cubierta, el comandante dijo: «Aquí está nuestro capitán y no permitirá que perezcan en alta mar».

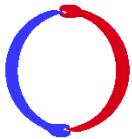
Al verme, el desconocido me habló en inglés, aunque con acento extranjero. «Antes de subir a bordo», dijo, «¿tendría la amabilidad de informarme adónde se dirige?».



Pueden imaginarse mi asombro al escuchar semejante pregunta de un hombre al borde de la destrucción y a quien habría supuesto que mi nave sería un recurso que no habría intercambiado por la riqueza más preciada que la tierra puede ofrecer. Respondí, sin embargo, que estábamos en un viaje de descubrimiento hacia el polo norte.

Al oír esto, pareció satisfecho y accedió a subir a bordo. ¡Dios mío!, Margaret, si hubieras visto al hombre que así capituló por su seguridad, tu sorpresa habría sido inmensa. Tenía las extremidades casi congeladas y el cuerpo terriblemente demacrado por la fatiga y el sufrimiento. Nunca vi a un hombre en tan lamentable estado. Intentamos llevarlo al camarote, pero en cuanto salió del aire fresco, se desmayó. Así pues, lo llevamos de vuelta a cubierta y lo reanimamos frotándolo con brandy y obligándolo a beber un poco. En cuanto dio señales de vida, lo envolvimos en mantas y lo colocamos cerca de la chimenea de la cocina. Poco a poco se recuperó y tomó un poco de sopa que lo reanimó maravillosamente.

Pasaron dos días así antes de que pudiera hablar; a menudo temí que sus sufrimientos lo hubieran privado de entendimiento. Cuando se recuperó un poco, lo llevé a mi camarote y lo atendí tanto como me lo permitía mi deber. Nunca vi una criatura más interesante: sus ojos generalmente tienen una expresión de locura, aunque hay momentos en que, si alguien le hace un gesto de bondad o le presta el más mínimo servicio, todo su rostro se ilumina, por así decirlo, con un destello de benevolencia y dulzura que nunca vi igual. Sin embargo, generalmente está melancólico y desesperado y, a veces, rechina los dientes, como impaciente por el peso de las penas que lo oprimen.



Cuando mi invitado se recuperó un poco, me costó mucho mantener a raya a los hombres, que querían hacerle mil preguntas, pero no permití que lo atormentaran con su ociosa curiosidad, en un estado físico y mental cuya recuperación evidentemente dependía de un reposo absoluto. En una ocasión, sin embargo, el teniente preguntó: “¿Por qué había llegado tan lejos sobre el hielo en un vehículo tan extraño?”.

Su rostro adoptó instantáneamente un aspecto de la más profunda tristeza, y respondió: “A buscar a alguien que huyó de mí”.

—¿Y el hombre a quien perseguías viajaba de la misma manera?

—Sí.

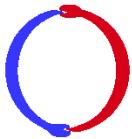
—Entonces creo que lo hemos visto, porque el día antes de que te recogieramos vimos unos perros tirando de un trineo con un hombre dentro a través del hielo.

Esto llamó la atención del desconocido, quien le hizo multitud de preguntas sobre la ruta que había seguido el demonio, como él lo llamaba. Poco después, cuando estuvo a solas conmigo, dijo: «Sín duda he despertado su curiosidad, así como la de esta buena gente; pero es usted demasiado considerado para hacer preguntas».

—Por supuesto; sería muy impertinente e inhumano por mi parte molestarlo con alguna de mis preguntas.

—Y aun así me rescataste de una situación extraña y peligrosa. Me devolviste la vida con benevolencia.

Poco después me preguntó si creía que la rotura del hielo había destruido el otro trineo. Respondí que no podía responder con certeza, pues el hielo no se había roto hasta cerca de la medianoche y el viajero podría haber llegado a un lugar seguro antes. No podía saberlo.



Desde entonces, el desconocido parecía ansioso por subir a cubierta para observar el trineo que había aparecido; pero lo convencí de que se quedara en el camarote, pues estaba demasiado débil para soportar la crudeza del ambiente. Le prometí que alguien lo vigilaría y le avisaría de inmediato si aparecía algún objeto nuevo.

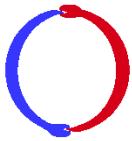
Este es mi diario sobre este extraño suceso hasta el día de hoy. El desconocido ha mejorado gradualmente su salud, pero es muy silencioso y parece inquieto cuando alguien, excepto yo, entra en su camarote. Sin embargo, sus modales son tan conciliadores y amables que todos los marineros se interesan por él, aunque han tenido muy poca comunicación con él. Por mi parte, empiezo a quererlo como a un hermano y su constante y profundo dolor me llena de compasión. Debió de ser una persona noble en sus mejores tiempos, siendo incluso ahora, en naufragio, tan atractivo y amable.

Díje en una de mis cartas, mi querida Margaret, que no encontraría ningún amigo en el ancho océano. Sin embargo, he encontrado un hombre que, antes de que su espíritu fuera quebrantado por la miseria, habría sido feliz de poseerlo como hermano de mi corazón.

Continuaré mi diario sobre el extraño a intervalos, en caso de que tenga algún incidente nuevo que registrar.

13 de agosto de 1817

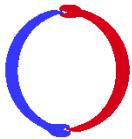
Mi afecto por mi huésped crece cada día. Provoca a la vez mi admiración y mi compasión de un modo asombroso. ¿Cómo puedo ver a una criatura tan noble destruida por la miseria sin sentir un profundo dolor? Es gentil y, a la vez, sabio. Su mente también está cultivada y, cuando habla, aunque sus palabras son



escogidas con el arte más selecto, fluyen con rapidez y una elocuencia sin igual.

Ya se ha recuperado bastante de su enfermedad y está siempre en cubierta, aparentemente atento a la llegada del trineo que precedió al suyo. Sin embargo, aunque infeliz, no está tan absorto en su propia miseria, sino que se interesa profundamente en las ocupaciones de los demás. Me ha hecho muchas preguntas sobre mi idea y le he contado mi breve historia con franqueza. Pareció complacido con la confianza y sugirió varias modificaciones a mi plan, que me resultarán sumamente útiles. No hay pedantería en su comportamiento. Todo lo que hace parece surgir únicamente del interés que instintivamente siente por el bienestar de quienes lo rodean. A menudo, se deja llevar por la melancolía y, entonces, se sienta solo e intenta superar todo lo hosco o antisocial de su humor. Estos paroxismos se desvanecen como una nube ante el sol, aunque su abatimiento nunca lo abandona. Me he esforzado por ganarme su confianza y creo haberlo logrado. Un día le comenté el deseo que siempre había sentido de encontrar un amigo que simpatizara conmigo y me guiara con sus consejos. Le dije que no pertenecía a esa clase de hombres que se ofenden con los consejos. «Soy autodidacta y quizás no confío lo suficiente en mis propias fuerzas. Por tanto, deseo que mi compañero sea más sabio y experimentado que yo, para que me confirme y me apoye; no he creído imposible encontrar un verdadero amigo».

—Estoy de acuerdo contigo —respondió el desconocido—, en creer que la amistad no solo es una adquisición deseable, sino también posible. Una vez tuve un amigo, la más noble de las criaturas humanas y, por tanto, puedo juzgar sobre la amistad. Tú tienes esperanza, y el mundo por delante y no tienes motivos para desesperar.



Pero yo... yo lo he perdido todo y no puedo empezar una nueva vida.

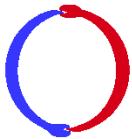
Al decir esto, su rostro expresó una pena serena y contenida que me conmovió profundamente. Pero guardó silencio y al poco rato se retiró a su camarote.

Incluso con el espíritu quebrantado, nadie puede sentir más profundamente que él las bellezas de la naturaleza. El cielo estrellado, el mar y cada vista que ofrecen estas maravillosas regiones parecen tener aún el poder de elevar su alma por encima de la tierra. Un hombre así tiene una doble existencia. Puede sufrir la miseria y verse abrumado por las decepciones, pero cuando se retraiga en sí mismo, será como un espíritu celestial, rodeado por un halo, dentro del cual no se aventuran ni la pena ni la locura.

¿Te reirás del entusiasmo que expreso por este divino viajero? Si lo haces, seguramente habrás perdido esa sencillez que una vez fue tu encanto característico. Sin embargo, si quieres, sonríe ante la calidez de mis expresiones, mientras encuentro cada día nuevas razones para repetirlas.

19 de agosto de 1817

Ayer, el desconocido me dijo: «Capitán Walton, puede darse cuenta fácilmente que he sufrido grandes e incomparables desgracias. En un tiempo, decidí que el recuerdo de estos males moriría conmigo, pero usted me ha convencido para cambiar de decisión. Usted busca conocimiento y sabiduría, como yo lo hice en su día, y espero fervientemente que la satisfacción de sus deseos no sea una serpiente que lo pique, como lo fue la mía. No sé si el relato de mis desgracias le será útil, pero, si le apetece, escuche mi relato. Creo que los extraños incidentes relacionados con él le brindarán una visión

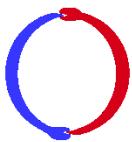


de la naturaleza que puede ampliar sus facultades y su comprensión. Oirá hablar de poderes y sucesos que solía creer imposibles; pero no dudo de que mi relato transmite en su secuencia la evidencia interna de la verdad de los acontecimientos que lo componen».

Fácilmente podrás imaginar que me sentí muy complacido por la comunicación ofrecida; sin embargo, no podía soportar que renovara su dolor con el relato de sus desgracias. Sentía un gran deseo de escuchar la narración prometida, en parte por curiosidad y en parte por un fuerte deseo de mejorar su suerte, si estaba en mi poder. Expresé estos sentimientos en mi respuesta.

—Le agradezco —respondió— su compasión, pero es inútil; mi destino está a punto de cumplirse. Solo espero un acontecimiento y luego descansaré en paz. Entiendo sus sentimientos —continuó, percibiendo que quería interrumpirlo—, pero se equivoca, amigo mío, si me permite llamarlo así. Nada puede alterar mi destino. Escuche mi historia y comprenderá cuán irrevocablemente está determinado.

Me dijo entonces que comenzaría su relato al día siguiente, cuando yo tuviera tiempo libre. Esta promesa me valió mi más sincero agradecimiento. He decidido que todas las noches, cuando no esté ocupado, registraré lo que me ha contado durante el día lo más fielmente posible a sus propias palabras. Si me lo cuenta, al menos tomaré notas. Este manuscrito sin duda te gustará mucho, pero yo, que lo conozco y lo escuché de sus propios labios ¡con cuánto interés y simpatía lo leeré algún día!



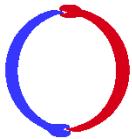
Capítulo I



OY ginebrés de nacimiento y mi familia es una de las más distinguidas de esa república. Mis antepasados fueron consejeros y síndicos durante muchos años y mi padre ocupó diversos cargos públicos con honor y buena reputación. Era respetado por todos los que lo conocían por su integridad y su incansable dedicación a los asuntos públicos. Pasó su juventud ocupado en los asuntos de su país y no fue hasta el ocaso de su vida que pensó en casarse y dejar al Estado hijos que transmitieran sus virtudes y su nombre a la posteridad.

Como las circunstancias de su matrimonio ilustran su carácter, no puedo abstenerme de relatarlas. Uno de sus amigos más íntimos era un comerciante que, tras una situación próspera, cayó en la pobreza por varios contratiempos. Este hombre, llamado Beaufort, era de carácter orgulloso e inflexible y no soportaba vivir en la pobreza y el olvido en el mismo país donde antes se había distinguido por su rango y magnificencia. Tras pagar sus deudas de la manera más honorable, se retiró con su hija a la ciudad de Lucerna, donde vivió en el anonimato y en la miseria. Mi padre amaba a Beaufort con la más sincera amistad y se sintió profundamente afligido por su retirada en estas desafortunadas circunstancias. También lamentaba la pérdida de su compañía, y decidió buscarlo e intentar persuadirlo para que comenzara de nuevo con su crédito y ayuda.

Beaufort había tomado precauciones para ocultarse y mi padre tardó diez meses en descubrir su morada. Rebosante de alegría, se apresuró a ir a la casa, situada en una calle céntrica, cerca del río Reuss. Pero al entrar, solo la miseria y la desesperación lo recibieron. Beaufort había ahorrado muy poco dinero tras el naufragio de su fortuna, solo suficiente para mantenerse durante algunos meses, mientras esperaba conseguir un empleo respetable en la casa de un comerciante. En consecuencia, pasó el tiempo sin hacer nada. Su congoja se hizo más profunda y dolorosa cuando tuvo tiempo para reflexionar hasta que, finalmente, se apoderó de su mente de tal manera que, al cabo de tres meses, yacía en cama, enfermo e incapaz de hacer esfuerzo alguno.



Su hija lo atendió con la mayor ternura, pero veía con desesperación que los escasos recursos menguaban rápidamente y que no quedaba otra perspectiva de sustento. Sin embargo, Caroline Beaufort poseía una mentalidad excepcional y su coraje la ayudó en la adversidad. Consiguió trabajos sencillos²⁵, hacía paja trenzada y se las ingenió por diversos medios para ganar una miseria que apenas les alcanzaba para vivir.

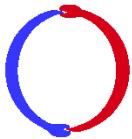
Así transcurrieron varios meses. Su padre empeoró y ella dedicó su tiempo a atenderlo. Sus medios de subsistencia disminuyeron y al décimo mes, su padre murió en sus brazos, dejándola huérfana y mendiga. Este último golpe la venció y se arrodilló junto al ataúd de Beaufort, llorando desconsoladamente cuando mi padre entró en la habitación. Acudió como un espíritu protector a la pobre muchacha, quien se encomendó a su cuidado y, tras el entierro de su amigo, la condujo a Ginebra y la puso bajo la protección de un pariente. Dos años después de este suceso, Caroline se convirtió en su esposa.

Cuando se casó y se convirtió en madre, se encontró tan ocupado con las obligaciones de su nueva situación que renunció a muchos de sus empleos públicos y se dedicó a la educación de sus hijos. De ellos, yo era el mayor y el sucesor destinado a todas sus labores y servicios. Nadie podría tener padres más tiernos que los míos. Mi bienestar y mi salud fueron su constante preocupación, especialmente porque fui su único hijo durante varios años.

Sin embargo, antes de continuar mi narración, debo registrar un incidente que tuvo lugar cuando tenía cuatro años. Mi padre tenía una hermana a quien quería mucho, que se casó joven con un caballero italiano. Poco después de casarse, acompañó a su esposo a su país natal, y durante algunos años mi padre apenas tuvo contacto con ella. Por la época que mencioné, falleció y, unos meses después, recibió una carta de su esposo, comunicándole su intención de casarse con una dama italiana, y pidiéndole que se hiciera cargo de la pequeña Elizabeth, hija única de su hermana fallecida. «Es mi deseo —dijo— que la consideres como tu propia hija y la eduques como tal. La fortuna de su madre está asegurada para ella, cuyos documentos te encomendaré. Reflexiona sobre esta propuesta y decide si prefieres educar a tu sobrina tú mismo a que sea criada por una madrastra».

Mi padre no dudó y partió de inmediato a Italia para acompañar a la pequeña Elizabeth a su futuro hogar. A menudo, he oído a mi madre decir que por aquel entonces era la niña más hermosa que jamás había visto y que ya mostraba signos de dulzura y de cariño. Estas indicaciones y el deseo de estrechar al máximo los lazos del amor familiar, determinaron a

²⁵ Se refiere a costura y bordados sencillos.



mi madre a considerar a Elizabeth como mi futura esposa²⁶, una idea de la que nunca se arrepintió.

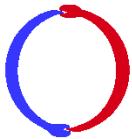
Desde entonces, Elizabeth Lavenza se convirtió en mi compañera de juegos y, a medida que crecíamos, en mi amiga. Era dócil y de buen carácter, pero alegre y juguetona como una cigarra. Aunque era vivaz y animada, sus sentimientos eran fuertes y profundos y su disposición, extraordinariamente cariñosa. Nadie podía disfrutar mejor de la libertad, pero nadie podía someterse con más gracia que ella a las restricciones y los caprichos. Su imaginación era exuberante, pero su capacidad de aplicación era grande. Su persona era la imagen de su mente; sus ojos color avellana, aunque tan vivos como los de un pájaro, poseían una atractiva suavidad. Su figura era ligera y airosa y, aunque capaz de soportar un gran esfuerzo, parecía la criatura más frágil del mundo. A la vez que admiraba su comprensión e imaginación, me encantaba cuidarla, como lo haría con mi animal favorito. Nunca vi tanta gracia en la persona y en la mente unidas a tan pocas pretensiones.

Todos adoraban a Elizabeth. Si los sirvientes tenían alguna petición que hacer, siempre era por su intercesión. Éramos ajenos a cualquier tipo de desunión y disputa pues, si bien existía una gran disimilitud en nuestros caracteres, había armonía en esa misma disimilitud. Yo era más tranquilo y filosófico que mi compañera, aunque mi temperamento no era tan indulgente. Mis intereses eran más duraderos, pero no eran tan intensos. Me encantaba investigar los hechos relativos al mundo real. Ella se dedicaba a seguir las creaciones etéreas de los poetas. El mundo era para mí un secreto que deseaba descubrir, para ella era un vacío que buscaba llenar con su propia imaginación.

Mis hermanos eran bastante más pequeños que yo, aunque tenía un amigo, uno de mis compañeros de escuela, que compensaba esta deficiencia. Henry Clerval era hijo de un comerciante de Ginebra, íntimo amigo de mi padre. Era un niño de singular talento e imaginación. Recuerdo que, cuando tenía nueve años, escribió un cuento de hadas que deleitó y asombró a todos sus compañeros. Lo que más le gustaba eran los libros de caballerías y romances y, de muy joven, recuerdo que solíamos representar obras de teatro compuestas por él a partir de esos libros, cuyos personajes principales eran Orlando, Robin Hood, Amadís y San Jorge.

Ninguna juventud podría haber pasado más feliz que la mía. Mis padres eran indulgentes y mis compañeros, amables. Nunca fuimos forzados a estudiar. Siempre teníamos un objetivo en mente que nos impulsaba a realizarlo. Fue por este método y no por emulación, que se nos empujó a aplicarnos. Elizabeth no se sintió impulsada a dedicarse al

²⁶ El matrimonio entre primos era frecuente en la época y no solía ser considerado como un incesto.



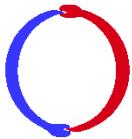
dibujo para que sus compañeros no la superaran, sino por el deseo de complacer a su tía con la representación de alguna escena favorita hecha por ella misma. Aprendimos latín e inglés para poder leer los escritos en esos idiomas y lejos de que el estudio se nos volviera odioso como si fuera un castigo, nos gustaba aplicarnos y lo que eran nuestras diversiones habrían sido los deberes de otros niños. Quizás no leíamos tantos libros ni aprendíamos idiomas tan rápido como quienes son disciplinados según los métodos ordinarios, aunque lo que aprendimos se grabó más profundamente en nuestra memoria.

En esta descripción de nuestro círculo familiar incluyo a Henry Clerval, pues estaba constantemente con nosotros. Iba conmigo a la escuela y generalmente pasaba la tarde en casa pues, al ser hijo único y estar desprovisto de compañía en casa, su padre se alegraba mucho de que encontrara compañía en la nuestra y nunca estábamos completamente felices cuando Clerval estaba ausente.

Me complace reflexionar sobre los recuerdos de mi infancia, antes de que la desgracia manchara mi mente y transformara brillantes visiones de gran interés en sombrías y estrechas reflexiones sobre mí mismo. Sin embargo, al retratar mis primeros días, no debo dejar de registrar aquellos acontecimientos que, paso a paso, me llevaron a mi posterior historia de miseria, pues cuando me pregunto por el nacimiento de la pasión que luego rigió mi destino, la encuentro surgir como un río de montaña, de fuentes innobles y casi olvidadas. Sin embargo, creciendo a medida que avanzaba, se convirtió en el torrente que, en su curso, arrasó con todas mis esperanzas y alegrías.

La filosofía natural es quien ha regulado mi destino, por tanto, deseo, en esta narración, exponer los hechos que llevaron a mi predilección por esta ciencia. Cuando tenía trece años, todos fuimos de fiesta a los baños cerca de Thonon. Las inclemencias del tiempo nos obligaron a permanecer un día confinados en la posada. En esta casa encontré por casualidad un volumen de las obras de Cornelio Agripa. Lo abrí con apatía, pero la teoría que intenta demostrar y los maravillosos hechos que relata pronto transformaron este sentimiento en entusiasmo. Una nueva luz pareció iluminar mi mente y, rebosante de alegría, comunique mi descubrimiento a mi padre. No puedo evitar destacar aquí las muchas oportunidades que tienen los instructores de dirigir la atención de sus alumnos hacia conocimientos útiles y que descuidan por completo. Mi padre miró distraídamente la portada de mi libro y dijo: “¡Ah! ¡Cornelio Agripa! Mi querido Víctor, no pierdas el tiempo con esto; es una triste tontería”.

Si, en lugar de este comentario, mi padre se hubiera tomado la molestia de explicarme que los principios de Agripa habían sido completamente desmentidos y que se había introducido un sistema



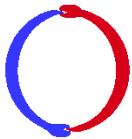
científico moderno, con potencialidades mucho mayores que el antiguo, porque las capacidades de este último eran químéricas, mientras que las del primero eran reales y prácticas; en tales circunstancias, sin duda habría dejado de lado a Agripa y, con mi imaginación tan avivada, probablemente me habría dedicado a la teoría química más racional, fruto de los descubrimientos modernos. Incluso, es posible que el curso de mis ideas nunca hubiera recibido el impulso fatal que me llevó a la ruina. Pero la rápida mirada que mi padre echó a mi libro no me aseguró en absoluto que conociera su contenido y continué leyendo con la mayor avidez.

Cuando regresé a casa, mi primera preocupación fue conseguir las obras completas de este autor y, después, de Paracelso y Alberto Magno. Leí y estudié con deleite las extravagantes fantasías de estos escritores. Me parecieron tesoros conocidos por pocos, aparte de mí, y aunque a menudo he deseado comunicar estos secretos conocimientos a mi padre, su censura indefinida hacia mi favorito, Agripa, siempre me lo impidió. Por lo tanto, le revelé mis descubrimientos a Elizabeth, bajo la promesa de estricto secreto, pero ella no se interesó en el tema y me dejó solo para continuar mis estudios.

Puede parecer muy extraño que un discípulo de Alberto Magno surgiera en el siglo XVIII, pero nuestra familia no era científica y yo no había asistido a ninguna de las conferencias impartidas en las escuelas de Ginebra. Por tanto, mis sueños no se vieron perturbados por la realidad y me dediqué con la mayor diligencia a la búsqueda de la piedra filosofal y del elixir de la vida. Este último atrajo toda mi atención: la riqueza era un objetivo inferior, pero ¡qué gloria acompañaría al descubrimiento si pudiera desterrar la enfermedad del cuerpo humano y hacer al hombre invulnerable a cualquier muerte que no fuera la violenta!

Estas no fueron mis únicas visiones. La aparición de fantasmas o demonios era una promesa generosamente concedida por mis autores favoritos, cuyo cumplimiento ansiaba con ansias y si mis conjuros siempre fracasaban, lo atribuía más a mi propia inexperiencia y error que a la falta de habilidad o fidelidad de mis instructores.

Los fenómenos naturales que ocurren cada día ante nuestros ojos no escaparon a mi examen. La destilación y los maravillosos efectos del vapor, procesos que mis autores favoritos desconocían por completo, despertaron mi asombro, pero mi mayor sorpresa se debió a algunos experimentos con una bomba de aire que vi utilizar un caballero a quien solíamos visitar. La ignorancia de los primeros filósofos sobre estos y otros puntos sirvió para disminuir su crédito ante mí, pero no podía descartarlos por completo antes de que algún otro sistema ocupara su lugar en mi mente.



Cuando tenía unos quince años, nos habíamos retirado a nuestra casa cerca de Belrive, cuando presenciamos una violenta y terrible tormenta. Avanzaba desde detrás de las montañas de Jura y los truenos estallaron de inmediato con una fuerza espantosa desde diversas partes del cielo. Permanecí allí mientras duró la tormenta, observando su avance con curiosidad y deleite. Mientras estaba en la puerta, vi salir de repente un chorro de fuego de un viejo y hermoso roble, que se alzaba a unos veinte metros de nuestra casa y tan pronto como la luz cegadora se desvaneció, el roble desapareció, quedando solo un tocón quemado. Cuando lo vimos a la mañana siguiente, encontramos el árbol destrozado de una manera singular. No estaba astillado por el impacto, sino completamente reducido a delgadas nervaduras de madera. Nunca vi nada tan completamente destruido.

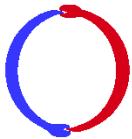
La catástrofe de este árbol me causó un profundo asombro y le pregunté a mi padre con entusiasmo sobre la naturaleza y el origen de los truenos y relámpagos. Él respondió: «Electricidad», describiendo al mismo tiempo los diversos efectos de esa energía. Construyó una pequeña máquina eléctrica y realizó algunos experimentos. También hizo una cometa con alambre y cuerda, que hacía descender ese fluido de las nubes.

Este último golpe derrocó definitivamente a Cornelio Agripa, Alberto Magno y Paracelso, quienes durante tanto tiempo habían dominado mi imaginación. Pero, por alguna fatalidad, no me sentía inclinado a comenzar el estudio de ningún sistema moderno y esta reticencia se vio influida por la siguiente circunstancia.

Mi padre expresó su deseo de que asistiera a un curso de filosofía natural, a lo que accedí con entusiasmo. Un accidente me impidió asistir a estas conferencias hasta que el curso estaba casi terminado. Por lo tanto, al ser una de las últimas, la conferencia me resultó completamente incomprensible. El profesor disertó con gran fluidez sobre potasio y boro, sulfatos y óxidos, términos de los que no tenía ni idea. La filosofía natural me disgustó, aunque seguía leyendo con deleite a Plinio y Buffon, autores, en mi opinión, de casi igual interés y utilidad.

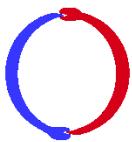
Mis ocupaciones a esta edad eran principalmente las matemáticas y la mayoría de las ramas de estudio pertenecientes a esta ciencia. Estaba muy ocupado aprendiendo idiomas. Ya conocía el latín y comencé a leer algunos de los autores griegos más fáciles sin la ayuda de un léxico. También entendía perfectamente el inglés y el alemán. Esta es la lista de mis logros a los diecisiete años y pueden imaginarse que dediqué todas mis horas a adquirir y mantener un conocimiento de esta variada literatura.

Otra tarea recayó sobre mí cuando me convertí en instructor de mis hermanos. Ernest era seis años menor que yo y mi principal alumno. Había



padecido problemas de salud desde su infancia, durante los cuales Elizabeth y yo habíamos sido sus constantes cuidadores. Su carácter era apacible, pero incapaz de aplicar la disciplina con severidad. William, el más pequeño de la familia, era aún un bebé y el niño más hermoso del mundo; sus vivaces ojos azules, sus mejillas con hoyuelos y sus modales encantadores inspiraban el más tierno cariño.

Así era nuestro círculo familiar, del que la preocupación y el dolor parecían estar para siempre desterrados. Mi padre dirigía nuestros estudios y mi madre compartía nuestros placeres. Ninguno de nosotros tenía la más mínima preeminencia sobre el otro; nunca se oía la voz de mando entre nosotros, pero el afecto mutuo nos obligaba a todos a cumplir y obedecer hasta el más mínimo deseo del otro.

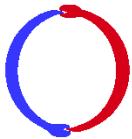


Capítulo II



UANDO cumplí diecisiete años, mis padres decidieron que estudiara en la universidad de Ingolstadt. Hasta entonces había asistido a las escuelas de Ginebra, pero mi padre consideró necesario, para completar mi educación, que me familiarizara con costumbres diferentes a las de mi país natal. Por lo tanto, mi partida se fijó para una fecha temprana, pero, antes de que llegara el día acordado, ocurrió la primera desgracia de mi vida, un presagio, por así decirlo, de mi futura miseria. Elizabeth había contraído la escarlatina, pero su enfermedad no fue grave y se recuperó rápidamente. Durante su parto, se presentaron muchos argumentos para persuadir a mi madre de que se abstuviera de atenderla. Al principio, cedió a nuestras súplicas; pero cuando supo que su favorita se recuperaba, ya no pudo abstenerse de su compañía y entró en su habitación mucho antes de que pasara el peligro de infección. Las consecuencias de esta imprudencia fueron fatales. Al tercer día, mi madre enfermó. Su fiebre era muy grave y el aspecto de sus acompañantes pronosticaba el peor de los acontecimientos. En su lecho de muerte, la fortaleza y la bondad de esta admirable mujer no la abandonaron. Nos unió las manos a Elizabeth y a mí: «Hijos míos —dijo— mis más firmes esperanzas de felicidad futura estaban puestas en la perspectiva de su unión. Esta esperanza será ahora el consuelo de su padre. Elizabeth, mi amor, debes sustituir a tus primos menores. ¡Ay! Lamento que me hayan separado de ti y, feliz y amada como he sido, ¿no es difícil separarme de todos ustedes? Pero estos no son pensamientos propios de mí. Me esforzaré por resignarme alegremente a la muerte y albergaré la esperanza de encontrarlos en el otro mundo».

Murió tranquilamente y su semblante expresaba afecto incluso en la muerte. No necesito describir los sentimientos de aquellos cuyos lazos más queridos se ven desgarrados por ese mal tan irreparable, el vacío que se presenta en el alma y la desesperación que se exhibe en el rostro. Pasa tanto tiempo antes de que la mente pueda persuadirse de que ella, a quien veíamos todos los días, y cuya existencia misma parecía parte de la nuestra, puede haberse ido para siempre, que el brillo de una mirada amada puede haberse extinguido y el sonido de una voz tan familiar y querida al oído



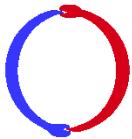
puede silenciarse para nunca más ser escuchado. Estas son las reflexiones de los primeros días, pero cuando el paso del tiempo prueba la realidad del mal, entonces comienza la verdadera amargura del dolor. Sin embargo, ¿a quién no le ha arrancado esa mano ruda algún vínculo querido? ¿Y por qué debería describir un dolor que todos han sentido y deben sentir? Finalmente llega el momento en que el dolor es más una indulgencia que una necesidad y la sonrisa que se dibuja en los labios, aunque pueda considerarse un sacrilegio, no desaparece. Mi madre había muerto, pero aún teníamos deberes que cumplir. Debemos continuar nuestro camino con los demás y aprender a considerarnos afortunados mientras quede alguien a quien el despojador no haya arrebatado.

Mi viaje a Ingolstadt, pospuesto por estos acontecimientos, estaba ahora decidido de nuevo. Mi padre me dio un respiro de algunas semanas. Este período transcurrió con tristeza. La muerte de mi madre y mi pronta partida nos deprimieron, pero Elizabeth se esforzó por renovar el espíritu de alegría en nuestra pequeña sociedad. Desde la muerte de su tía, su mente había adquirido nueva firmeza y vigor. Decidió cumplir con sus deberes con la mayor exactitud y sentía que ese imperioso deber, el de hacer felices a su tío y a sus primos, había recaído sobre ella. Me consolaba, divertía a su tío, instruía a mis hermanos; y nunca la vi tan encantadora como en ese momento, cuando se esforzaba continuamente por contribuir a la felicidad de los demás, olvidándose por completo de sí misma.

Por fin llegó el día de mi partida. Me había despedido de todos mis amigos, excepto de Clerval, quien pasó la última noche con nosotros. Lamentaba amargamente no poder acompañarme, pero su padre no se dejaba convencer de que se separara de él, pues pretendía que se convirtiera en su socio en los negocios, según su teoría favorita: que el conocimiento era superfluo en el comercio de la vida cotidiana. Henry tenía una mente refinada, no quería estar ocioso y estaba encantado de ser socio de su padre, pero creía que un hombre podía llegar a ser un excelente comerciante y también poseer un entendimiento culto.

Nos quedamos hasta tarde, escuchando sus quejas y haciendo pequeños preparativos para el futuro. A la mañana siguiente partí temprano. Las lágrimas brotaron de los ojos de Elizabeth. Provenían en parte de la tristeza por mi partida y en parte, porque pensó que el mismo viaje debía haber tenido lugar tres meses antes, cuando la bendición de una madre me habría acompañado.

Me dejé caer en el carroaje que me llevaría y me entregué a las más melancólicas reflexiones. Yo, que siempre había estado rodeado de amables compañeros, continuamente dedicado a procurar placer mutuo, ahora estaba solo. En la universidad adonde iba, debía hacer mis propios amigos y ser mi propio protector. Mi vida hasta entonces había sido



notablemente aislada y hogareña y esto me había generado una repugnancia invencible hacia los rostros nuevos. Amaba a mis “hermanos” Elizabeth y Clerval. Eran “viejos rostros familiares”, pero me creía totalmente incapaz para la compañía de desconocidos. Tales eran mis reflexiones al comenzar mi viaje, pero a medida que avanzaba, mi ánimo y mis esperanzas se elevaban. Deseaba ardientemente adquirir conocimiento. A menudo, cuando estaba en casa, me había resultado difícil permanecer durante mi juventud encerrado en un solo lugar y había anhelado entrar en el mundo y ocupar mi lugar entre otros seres humanos. Ahora mis deseos se cumplieron y realmente hubiera sido una locura arrepentirme.

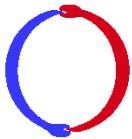
Tuve tiempo suficiente para estas y muchas otras reflexiones durante mi largo y agotador viaje a Ingolstadt. Finalmente, el alto y blanco campanario de la ciudad se cruzó con mis ojos. Bajé y me llevaron a mi solitario apartamento para pasar la noche a mi antojo. A la mañana siguiente, entregué mis cartas de presentación y visité a algunos de los principales profesores, entre ellos al señor Krempe, profesor de filosofía natural. Me recibió con cortesía y me hizo varias preguntas sobre mis progresos en las diferentes ramas de la ciencia relacionadas con la filosofía natural. Mencioné, es cierto, con temor y temblor, los únicos autores que había leído sobre esos temas. El profesor me miró fijamente:

—¿De verdad has dedicado tu tiempo a estudiar esas tonterías? — preguntó.

Respondí afirmativamente.

—Cada minuto —continuó el señor Krempe con vehemencia—, cada instante que ha desperdiciado en esos libros se ha perdido por completo. Ha recargado su memoria con sistemas descompuestos y nombres inútiles. ¡Dios mío! ¿En qué tierra desierta ha vivido donde nadie tuvo la amabilidad de informarle de que estas fantasías, que ha absorbido con tanta avidez, tienen mil años y son tan mohosas como antiguas? Poco esperaba encontrar en esta era ilustrada y científica un discípulo de Alberto Magno y Paracelso. Mi querido señor, debe comenzar sus estudios desde cero.

Dicho esto, se hizo a un lado y anotó una lista de varios libros sobre filosofía natural que me pidió que consiguiera. Me despidió, tras mencionar que a principios de la semana siguiente tenía previsto comenzar un curso de conferencias sobre filosofía natural en sus aspectos generales y que M. Waldman, su compañero, daría clases de química los días alternos que faltara. Regresé a casa sin decepcionarme, pues hacía tiempo que consideraba inútiles a aquellos autores que el profesor había reprobado con tanta vehemencia, pero no me sentía muy inclinado a estudiar los



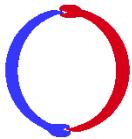
libros que había conseguido por recomendación suya. M. Krempe era un hombre pequeño y rechoncho, de voz áspera y semblante repulsivo. Por tanto, el profesor no me convenció de su doctrina. Además, despreciaba las utilidades de la filosofía natural moderna. Era muy diferente cuando los maestros de la ciencia buscaban la inmortalidad y el poder; tales perspectivas, aunque fútiles, eran grandiosas, pero ahora la situación había cambiado. La ambición del investigador parecía limitarse a la aniquilación de aquellas visiones en las que se basaba principalmente mi interés por la ciencia. Me vi obligado a cambiar quimeras de grandeza ilimitada por realidades de escaso valor.

Tales fueron mis reflexiones durante los dos o tres primeros días, que pasé casi en soledad, pero al comenzar la semana siguiente, pensé en la información que el Sr. Krempe me había dado sobre las conferencias y aunque no podía consentir en ir a escuchar a ese engreído pronunciar sentencias desde un púlpito, recordé lo que había dicho del Sr. Waldman, a quien nunca había visto, pues hasta entonces había estado fuera de la ciudad.

En parte por curiosidad y en parte por ocio, entré en el aula, donde el señor Waldman entró poco después. Este profesor era muy diferente de su colega. Aparentaba unos cincuenta años, pero su aspecto reflejaba la mayor benevolencia. Unas pocas canas le cubrían las sienes, aunque las de la nuca eran casi negras. Era bajo, pero notablemente erguido y su voz, la más dulce que jamás había oído. Comenzó su conferencia con una recapitulación de la historia de la química y de las diversas mejoras realizadas por diferentes eruditos, pronunciando con fervor los nombres de los descubridores más distinguidos. Luego, presentó un vistazo rápido al estado actual de la ciencia y explicó muchos de sus términos elementales. Tras realizar algunos experimentos preparatorios, concluyó con un panegírico de la química moderna, cuyos términos jamás olvidaré:

—Los antiguos maestros de esta ciencia —dijo—, prometieron imposibilidades y no realizaron nada. Los maestros modernos prometen muy poco. Saben que los metales no se pueden transmutar y que el elixir de la vida es una quimera. Pero estos filósofos, cuyas manos parecen hechas solo para chapotear en la tierra y sus ojos, para escudriñar el microscopio o el crisol, sí han obrado milagros. Penetran en los recovecos de la naturaleza y muestran cómo actúa en sus escondites. Ascienden a los cielos, han descubierto cómo circula la sangre y la naturaleza del aire que respiramos. Han adquirido poderes nuevos y casi ilimitados, pueden controlar los truenos del cielo, imitar el terremoto e incluso burlarse del mundo invisible con sus propias sombras.

Me marché muy satisfecho con el profesor y su conferencia y lo visité esa misma tarde. Sus modales en privado eran aún más afables y



atractivos que en público, pues había cierta dignidad en su semblante durante la conferencia que, en su propia casa, fue reemplazada por la mayor afabilidad y amabilidad. Escuchó con atención mi breve relato sobre mis estudios y sonrió al mencionar a Cornelio Agripa y Paracelso, pero sin el desprecio que había mostrado el señor Krempe. Dijo que «estos eran hombres a cuyo infatigable celo los filósofos modernos debían la mayor parte de los fundamentos de su conocimiento. Nos habían dejado, como tarea más fácil, dar nuevos nombres y ordenar en clasificaciones conexas los hechos que, en gran medida, ellos habían sido los instrumentos de sacar a la luz. Los trabajos de hombres de genio, por muy mal dirigidos que estén, casi nunca dejan de redundar en beneficio de la humanidad». Escuché su declaración, pronunciada sin presunción ni afectación y luego añadió que su conferencia había eliminado mis prejuicios contra los químicos modernos y, al mismo tiempo, le pedí consejo sobre los libros que debía conseguir.

—Me alegro —dijo M. Waldman— de haber encontrado un discípulo y si su dedicación está a la altura de su capacidad, no dudo de su éxito. La química es la rama de la filosofía natural donde se han logrado y se pueden lograr los mayores avances. Por eso la he convertido en mi estudio particular, pero, al mismo tiempo, no he descuidado las demás ramas de la ciencia. Un hombre sería un químico muy pobre si se dedicara solo a ese aspecto del conocimiento humano. Si desea convertirse en un verdadero hombre de ciencia y no simplemente en un pequeño experimentador, le aconsejo que se aplique a todas las ramas de la filosofía natural, incluidas las matemáticas.

Luego me llevó a su laboratorio y me explicó el uso de sus máquinas, instruyéndome sobre lo que debía conseguir y prometiéndome usar las suyas cuando hubiera avanzado lo suficiente en la ciencia como para no estropear sus mecanismos. También me dio la lista de libros que había solicitado y me despedí.

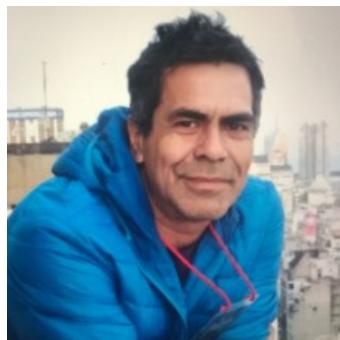
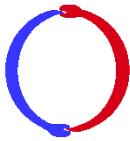
Así terminó un día memorable para mí y que decidió mi destino futuro.

Nuevos horizontes





Recuerdito austriaco

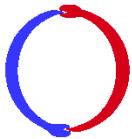


Osvaldo Beker

Aburrirse es besar a la muerte.
Ramón Gómez de la Serna

Lo único que más o menos me llegó a gustar de este país aburridísimo, al que no creo que vuelva nunca más en toda mi vida, fue ver la pintura *Der Kuss* de Gustav Klimt en la elegante Galería del Belvedere. El óleo, altísimo, enorme, domina uno de los tantos salones de este museo que en otros tiempos fue una de las *casitas* del noble Eugenio de Saboya. Como escolta a toda hora se veía a una mujer que, con aspecto policial, ceño fruncido y postura autoritaria, evitaba que cualquiera que la contemplara se animara a sacarle una fotografía. En su momento el diseño fue, como muchas otras obras del artista austriaco, tildado de pornográfico (estamos hablando de los pacatos comienzos del siglo veinte). Hoy es una imagen que aparece *passe-partout*, en láminas, pósters, señaladores, tacitas e imanes.

Schönbrunn, otro de los destinos obligados en esta ciudad, es uno de esos palacios (acá sí vamos a atrevernos a utilizar el adjetivo “pornográfico”) que han sido rotulados como “el Versailles vienés”. La colossal construcción arquitectónica es sorprendente por sus dimensiones y por el acervo riquísimo que posee adentro en sus infinitas habitaciones.

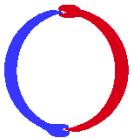


Nuevamente, mientras lo recorriamos palmo a palmo (tampoco se puede sacar fotos: la censura en el arte...), sentí el odio de clase retrospectivo experimentado durante tantos siglos de la humanidad antes de que las convenientes revoluciones sucesivas echaran a las patadas a todas esas monarquías ociosas.

No voy a ser injusto y confesaré que hubo otras dos cosas que me gustaron de la aburrida Viena. Una fue la casa-museo de Sigmund Freud, en el número 19 de la Berggasse (desentrañemos el significado: “la calle de la montaña”), en un barrio de nombre Alsergrund. Hay otro museo dedicado al autor de *Totem und tabu* que está en Londres, pero este de Austria es más emblemático debido a que Freud vivió varias décadas en esta casona y porque también se puede visitar su consultorio, un vasto archivo y su biblioteca personal. Otra de las cosas que me gustó de Viena es que se encuentra muy cerca de Bratislava, la capital de Eslovaquia, a tan solamente una hora de tren. Bratislava me subyugó.

A photograph of a misty landscape at sunrise or sunset. The sky is a warm, golden-orange color. In the foreground, there are dark silhouettes of trees and bushes. In the middle ground, a line of trees marks a hillside, and a small, white, dome-shaped structure is visible. The background is a hazy, misty valley with more trees and hills under the warm sky.

África me cambió



Ginés J. Vera

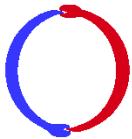
A María Flores, a quien África le dejó una huella invisible, poéticamente contagiosa.

África te da el conocimiento de que el hombre es una pequeña criatura, entre otras criaturas, en un gran paisaje.
Doris Lessing



CUDO ya a pocas conferencias, pero si me invitan, suelo comentar que el voluntariado cambió mi vida. En realidad, la salvó. Tendría que remontarme a mis años de universidad, en la Escuela de Enfermería. Allí fue donde oí hablar por primera vez de una ONG que cooperaba en Camerún. Al finalizar la carrera, trabajé en varios hospitales, adquirí experiencia y fui viendo cómo mis compañeros se iban casando y formando familias, algo que yo no hice y, sin darme cuenta, me planté en los cincuenta años. Caí en una depresión sin saber qué hacer con mi vida. Por segunda vez, se coló el nombre de aquella ONG. Decidí ir a verles pensando que me dirían que no, tanto por mi edad como por mi estado emocional, por así decirlo. Me equivoqué.

Mi primer viaje a Camerún fue de una semana. Recorrimos carreteras polvorrientas, muchas de ellas peligrosas, hasta el hospital religioso donde la ONG mantenía abiertos distintos proyectos. No había



tiempo para aburrirse, pues se dedicaban, incluso, a instruir a los médicos locales a protocolizar y gestionar el material sanitario o las propias intervenciones quirúrgicas.

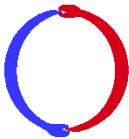
Volví a España con el virus del amor por África en mi cuerpo, para regresar a Camerún un mes después, en un convoy de varios vehículos. Creo que escuché un ruido a nuestro lado; luego, un corrimiento de barro y piedras nos sacó de la carretera. Quedé atrapado en el *jeep* hasta que me sacaron y me atendieron, como a uno más, en el hospital. Había perdido mucha sangre y el riesgo de infección flotaba en el ambiente, más real si cabe que en un hospital occidental. Cuando recibí el alta, aún sin creer en milagros, supe dónde estaba mi sitio.

Mi vuelta a España fue solo para abrazar y despedirme de la familia y los amigos, antes de venir de nuevo a Camerún, donde sé que cada día soy una pieza más, que encajo en algo mayor y eso hace sentirme parte del mundo. Las veces que salgo de África es para dar alguna charla o conferencia, por amistad, como dije. En la última, entre los asistentes, me reencontré con Aissatou. Debería ser ella quien os contase su historia, porque lo hace muy bien. Tendría unos doce años cuando la vi por vez primera, en el hospital, acompañando a su hermano, que tenía un brazo roto. Habían venido en una motocicleta, más tiempo empujándola que subidos a ella. Enyesamos el brazo de su hermano y, a ella, le propusimos una cirugía plástica, lo cual la dejó sorprendida. De no ser por su labio leporino, la familia la habría casado ya. Se libró irónicamente de un matrimonio prematuro, forzado, me dijeron en el hospital. A diferencia de Occidente, las niñas en África tienen un devenir complicado si no se casan: el aspecto físico condiciona su futuro. La familia de Aissatou se mostró contraria a la operación. Por suerte, ella nos demostró ser muy valiente y, una mañana, se nos acercó decidida: quería ser como el resto de las chicas, nos dijo; quería estudiar y ser médica algún día.

Bajé del escenario, tras la conferencia, y la felicité por haber cumplido su sueño. Le dije, un poco tímido, que estaba muy guapa, consciente de su tic al hablar, llevándose la mano al labio. No ha hecho falta que le diga la otra razón por la que me gustaría verla en nuestro hospital. Creo que mi nerviosismo me ha delatado. Quizá, en la próxima conferencia, pueda decir que el voluntariado ha conseguido cambiar mi vida una vez más.



Ludovico



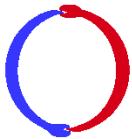
Isaías Covarrubias Marquina



ra un lunes por la tarde y Ana estaba en el patio de su casa colgando la ropa que acababa de lavar, cuando llegó su compadre con la noticia. A su marido, el compadre Antonio, lo atraparon las fuerzas del Gobierno. Estaba detenido, acusado de ser uno de los cuatreros que azotaban los campos aledaños al pueblo.

El compadre se mostró muy parco al darle la noticia. Después de tomarse un café, se disculpó de tener que marcharse. Ana se quedó revolviendo sus pensamientos con su angustia. El castigo por el delito de abigeato en los tiempos que corrían se pagaba con pena de muerte. De no ocurrir un milagro, Antonio, que no era ningún cuatrero, sería fusilado.

Antonio había sido peón en la hacienda de la familia Arce Cienfuegos. Su tarea consistía en cuidar de un joven con síndrome de Down. Ludovico Arce Cienfuegos era el único hijo varón de la familia. Su madre, Catalina Cienfuegos, se desentendió de él para dedicarse a parir sucesivamente seis hijas hembras, nunca llegó otro varón. Su padre, Esteban Arce, lo odiaba, lo consideraba una mancha para la familia, una carga insolente. Hubiese dado todo por tener lo que él consideraba era un hijo de verdad.



Además de cuidar de Ludovico, Antonio debía mantener libres de polvo y telarañas los numerosos libros que tenía la biblioteca de la hacienda, surtida con las mejores ediciones llegadas de Europa en esos comienzos del siglo XX. Antonio sabía leer, había aprendido en el curso de primaria que hizo en la escuela pública del pueblo, antes de que sus padres, unos campesinos muy pobres, lo retiraran para ponerlo a trabajar.

En la biblioteca, Antonio se deleitaba mirando los libros con bellos dibujos e ilustraciones. Un día tomó un libro para leer, una novela de aventuras; aunque lo hizo con cierta dificultad, ya no paró de hacerlo. Había leído *La Odisea*, *Don Quijote de la Mancha*, *El Conde de Montecristo*.

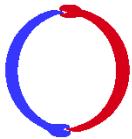
Antonio solía leerle novelas y cuentos a Ludovico en la biblioteca. Ambos se maravillaban del sinfín de aventuras, episodios asombrosos, romances, luchas, que contaban los libros. Más de una vez Antonio observó a Ludovico riendo a más no poder o llorar sin consuelo con los acontecimientos de alguna historia.

Ludovico pasaba largas horas en el despacho de su padre, callado, quieto, como si fuese un jarrón chino. Su padre, convertido en el alcalde del pueblo, lo dejaba estar. Era así que hurgaba en su herida por ese sinsentido de la vida, ese castigo. Ludovico escuchaba las conversaciones de su padre con sus amigos. Se enteraba de los acontecimientos del pueblo porque Esteban Arce, con tres copas de tequila, se volvía deslenguado y le gustaba regodearse en las desgracias ajenas.

Una tarde soleada de un domingo en el que la familia disfrutaba en el río que cruzaba el pueblo, Ludovico, al que le encantaba bañarse y jugar en el río, metido en el agua, no se percató de que estaba en un nivel de profundidad peligroso, cerca de un remolino. De repente, empezó a agitar los brazos con desesperación. Su padre lo observaba desde la orilla, pero no dijo absolutamente nada, no manifestó ninguna señal advirtiendo del peligro. Fue una de sus hermanas la que dio la alerta gritando a todo pulmón: ¡Ludovico se está ahogando!

Enseguida Antonio se arrojó al agua a rescatarlo. Despues de varios intentos fallidos, pudo sacarlo del torbellino y llevarlo hasta la orilla. Había tragado agua, pero al cabo de un rato estaba fuera de peligro y recuperándose del susto. La madre, con el rostro lleno de lágrimas, abrazó a Antonio y le agradeció su acción. El padre, después de reprender a Ludovico, miró a Antonio con desprecio.

Cuando llegó la Guerra, Antonio abandonó la hacienda para unirse a un grupo revolucionario que pasó escondido por la sierra que bordeaba el pueblo. Aunque su trabajo era menos pesado que el de otros, Antonio



sufría igualmente las injusticias y atropellos que sus patrones cometían contra los pobres y humildes como él. Los poderosos hacendados controlaban el gobierno local, lo administraban a su antojo e imponían leyes a su conveniencia. Antonio pensaba que, si cambiaba la forma de gobernar, todo sería más justo, más igualitario, lo creía así porque había leído algo del pensamiento de Montesquieu y Rousseau en la biblioteca.

Antonio se decepcionó de los revolucionarios muy pronto. Se dio cuenta de que no les gustaba discutir ideas, sus jefes eran intolerantes, autoritarios, al punto de que le parecía copiaban en casi todos sus rasgos a sus antiguos amos. Sus jefes le tomaron inquina. En la emboscada en la que lo detuvieron, estuvo metida la mano de uno de ellos, que hacía negocios en secreto con las autoridades oficiales.

Antonio fue encerrado en la única celda de la prisión de la alcaldía del pueblo. Era una casa medio derruida que Esteban Arce había comprado para la institución con un sobreprecio, negocio que le dejó una buena cantidad de dinero.

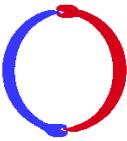
Faltaban pocos días para iniciarse el juicio en el que, con seguridad, condenarían a Antonio a pena de muerte. Pero entonces se desataron unas fuertes lluvias torrenciales que hicieron colapsar las calles y las casas del pueblo. Las lluvias inundaron la prisión y el único agente a su cuidado la abandonó. Antonio comenzó a temer por su vida, seguía lloviendo cada vez más copiosamente, el agua amenazaba con desbordarse en cualquier momento y él se ahogaría sin remedio en la celda.

De pronto, escuchó chapotear a una persona que luchaba contra el agua, que ya rebasaba el metro y medio de altura. Antonio profirió una exclamación de alegría al ver que se trataba de Ludovico. Abrió la puerta de la celda con rapidez, tenía la llave porque sabía dónde la guardaba su padre en su despacho.

Antonio le dio un cálido abrazo a Ludovico. Tenía poco tiempo para escapar, casi enseguida se despidieron y Antonio se marchó. Ludovico se quedó en medio de la calle, empapado de agua, viendo alejarse al único amigo que había tenido en su vida.



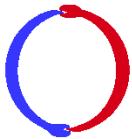
Después oyó a otra persona



Miguel Quintana



ESPUÉS oyó a otra persona. Estaba hablando, en principio, de la puerta giratoria del Gran Café. Parecía querer decir que era el símbolo de algo. Pero bajó tanto la voz después que el cronista no pudo oír lo que decía. Por ello tuvo que escuchar su pensamiento. Al poco, el pensamiento de ella abandonó el girar de la puerta y se posó en el ajedrez. El ajedrez, según su pensamiento, tenía dentro de su seno varios caracteres de la vida humana. Por ejemplo, contempla el terror que sentimos en esas ocasiones en las que estamos acorralados en sitios o puntos en los que no hay salida. Contempla también el placer de saltar como un caballo y matar dos pájaros de un solo tiro. A veces adoptamos la postura de acechar a nuestro adversario para tenderle trampas, una trampa sencilla al principio que es muy visible y de la que él se da cuenta rápido y la esquiva, una segunda trampa más taimada y escondida con la que casi podemos sorprenderlo, aunque se da cuenta también de ella y consigue evitar. Mas la tercera trampa, ¿trampa?, ¿he dicho trampa?, no, no quería decir eso, lo que quería decir es celada, bien, pues con la tercera celada tejemos una tela de araña invisible y la mosca cae en la red. Y mira que, sin embargo, estaba bien visible asimismo esta tercera celada, allí, delante de todos los ojos, a la vista de todos. Pero lo que es más importante es que el ajedrez consiste en una *ars combinatoria* inabordable, infinita, igual que una sonata de piano, una *ars combinatoria* donde por definición las combinaciones no pueden agotarse, con la



diferencia entre uno y otro arte que en el ajedrez lo más malvado y diabólico es precisamente lo más hermoso, y en la sonata de piano...

No pudo el cronista saber qué pasaba con la sonata de piano. Se lo impidió *Plotino*.

En efecto, el Gran Gato del Gran Café, de forma claramente milagrosa, se introdujo entonces entre sus brazos. No le interesaba en todo caso al cronista saber qué intenciones albergaba con aquel gesto el felino. Pero a pesar de ello, no dejó de pensar en el calor que con desinterés al parecer el animal le propiciaba. Y aunque no le interesaba demasiado saber las intenciones del gato, comenzó a pensar en ellas y quería desentrañarlas, y esto fue lo que le separó de aquella sonata de piano. La misma razón gatuna le impedía seguir una conversación más cercana a sí, conversación de la que no pudo conocer la clave, en la que intervenían al parecer tres personas, una de las cuales vino a decir algo así:

—Acabo de leer una novela de un escritor ruso, un tal Eugenio Oneguin, titulada *Alexander Pushkin*, que me ha encantado.

A lo que una segunda persona debió de contestar:

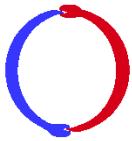
—¡No puede ser! Resulta que yo también he leído esa obra, *Alexander Pushkin*, escrita por un tal Boris Godunov..., supongo —añadía con cierto énfasis— que también será un escritor ruso.

Entonces al parecer intervino otra persona con distinta voz y entonación, y cuyas palabras aproximadas fueron:

—Pues yo acabo de empezar a leer una novela inglesa intitulada *Jane Austen*, escrita creo que por Jane Eyre que, si no me equivoco, era una de las hermanas Brontë.

El cronista intentaba entender lo que decían aquellos, pero el tibio calor de *Plotino* entre sus brazos no le dejaba concentrarse para encontrar la clave. De todas formas, pensaba, debía de ser mucho mejor no entenderlo, pues si no era el vino que hablaba por ellos, era el sueño que debía de estar haciendo estragos entre los parlantes.

Y en cambio se concentró en *Plotino*. Un animal callado, pensaba. Sí, a veces lo he visto enfadado y bufando. Recuerdo también más de un arañazo por aquí o allá. Pero en general, callado, sereno, ecuánime. ¡A ver —se decía— si va a ser el único aquí que esté en sus cabales! Se lamentó a continuación del hecho de no haber dejado que entrase con mejor pata, o pie, en su *Crónica*, pues reconoció que habían sido escasos los escarceos en los que él brillaba con luz propia en las páginas de sus protocolos. De todas formas, tampoco se trataba de no dejar de estar atento a sus movimientos imprevistos, no fuera a ser que con un repentino y violento



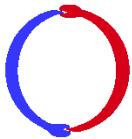
meneo viniese de nuevo a descabalar mis papeles. ¡Mis papeles —siguió pensando el cronista— y los personajes que pueblan mis papeles! ¡Dónde están!

No quiso, en todo caso, levantar su mirada sobre el Gran Café y, muy al contrario, cerró aún más sus ojos para seguir sintiendo el calor felino en su pecho. Cerró también sus oídos. No quería oír más, aunque sabía que allá algo lejos, en las tablas del anexo Teatro, Hamlet estaba derramando sangre por el suelo. O mejor, estaba siendo invadido por la ponzoñosa sombra de la muerte. Qué impresión cuando casi todavía era un niño me produjo aquel endiablado libro. Porque parecía haber sido escrito por un diablo de belleza incommensurable. Y para más inri estaba limpio, y además perfumado tal vez de azahar o algo similar, tan distinto en todo caso a la Galatea intonsa que al ser cortada dejaba exhalar esencias orientales de sus páginas, sin nota alguna, sin subrayados, impoluto, y yo tuve que con lápiz, me impulsaba el propio texto a subrayar ideas, expresiones, a poner signos en los márgenes, a dejar sus páginas holladas, todas ellas, no había ni media página hueca, vacía, todo era lleno, completo, todo estaba desbordante de acción e inacción, de ingenio y de maldad, de belleza y tristeza, y mis manos y mi lápiz escribían sobre él a la vez que mis ojos se asombraban de lo que leían. Cómo era posible, pensé entonces —qué bien lo recuerdo—, cómo era posible que un texto como aquel estuviese sin anotación alguna. Pensé allí, lo recuerdo bien, por un momento pensé si quien me lo había prestado estuviera ciego. O no supiera leer. Porque cualquier persona que lee *Hamlet* escribe también sobre *Hamlet*. Con rayas, con símbolos, con garabatos, con palabras. ¿O es que tenía una memoria descomunal que podía archivar en la mente todo el texto de la obra para usarlo después cuando quisiera?

Pensaba en esa posibilidad el cronista cuando oyó que alguien cerca, como si estuviese pasando junto a él, decía a otra persona posiblemente:

—... porque si lo piensas, lo verás. ¿No lo ves tú así? Yo sí. ¡Dios mío! Sí, es cierto, ¡cuánto tiempo se ha perdido pensando en el sexo!

Recordaba el cronista esta idea. Le era incluso cristalina la idea. Es decir, el recuerdo de ella. Sí, ya antes la había oído él. Tal vez la primera vez fue cuando viajó al extranjero. A un país donde se hablaban al menos tres lenguas. Es probable que allí fuera. ¡Cuánto tiempo se ha perdido con el sexo!, exclamó alguien allí. No lo había pensado él antes. En realidad, por otra parte, tampoco estaba tan claro que aquella idea fuera verdad. Y ahora aquí otra vez. ¿Habrá ocurrido que entre aquella vez y esta el tiempo no se haya perdido, sino que incluso se ha aniquilado, ha desaparecido, o no ha existido, y la persona a la que se lo oigo en este ahora es la misma que entonces, en un país extranjero y trilingüe, lo dijo por primera vez? ¿Y que en realidad aquello y esto es igual, soy yo, no es nada, no es nada más que un hueco, un agujero, éter, sombra, esa sombra o aire o viento letal que en forma de veneno conquista el alma de Hamlet herida con la espada



del vacío? ¿O no será que es mejor hacer como *Plotino*, nada, nada más que respirar, abrir los ojos para no ver nada, despreciar al propio Tiempo incluso sin querer tener ni la más remota idea de lo que sea, despreciarlo todo y después dormir, dormir el sueño de nuestro sueño?

Se contaban no menos de siete o nueve páginas de la Gran Crónica del Gran Café repletas de estos o algo parecidos trenos que el bueno del cronista, el cual escribía sus páginas para que jamás los grandes hechos de la heroica ciudad se apilasen en el ataúd del olvido y descendiesen al sepulcro del silencio, lamentaciones se dice que el notario apretaba en sus protocolos, mientras él mismo permanecía con sus ojos cerrados, su rostro entre sus manos y *Plotino* entre sus brazos a su vez dando calor. Y, sin lamentarse este de nada en estos momentos, pues ya había aceptablemente cenado antes, respiraba de manera imperceptible el felino, de forma tal que más que un gato de carne, pelo y hueso parecía una informe bola de cerámica o cristal ahumado. Y estando de esta guisa entrabmos, el cronista por su parte decidió acabar la jornada hoy.

Abrió los ojos, se recompuso, recompuso a *Plotino* y tomó la pluma. *Llovía a cántaros* —escribió—, y en la cercana catedral, al borde del alero, las gárgolas hacían górgoras rodeadas de oscuridad en el medio de la noche. E iba a continuar, para rematar de alguna forma los borradores de la jornada, pero se lo impidió la bella mujer forastera que acompañaba a la también forastera mujer del teléfono allí hoy.

—¿A qué te refieres cuando dices catedral? —le preguntó esta mujer mirándole fijamente a los ojos. Y continuó—: Porque me han dicho que esta ciudad no tiene catedral, o algo así creo haber oído antes por ahí.

El cronista no quiso continuar con esa conversación. En su lugar, mirando también con intensidad a los ojos de la bella mujer le dijo:

—¿Tú crees que la Humanidad ha perdido mucho tiempo en, o con el sexo?

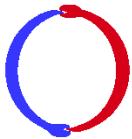
—¡Oh —respondió ella—, me gusta tanto que me hagas esa pregunta! —Y, tras una ligera pausa, continuó—: Me gusta mucho porque no sé en realidad su respuesta, o porque mi opinión sobre ella sería inservible, pero sobre todo me encanta porque ignoro qué es creer, qué es Humanidad, qué es perder y qué es tiempo.

—¿Y, en cambio, sabes bien —preguntó él— qué es sexo?

—Tengo una idea aproximada. Pero solo aproximada. Y tal vez errónea, para más señas.

—¿Pero por qué crees que tu opinión sería inservible? —preguntó el cronista.

—Bueno... —dijo ella—. Por la siguiente razón. Casi no me atrevo a decir nada después de haber oído, escuchado y oído, y leído —y por orden cronológico—, a Platón, a Shakespeare y a Mozart.



—¿No te atreves a hablar después de haber escuchado a esos? Me parece interesante. ¿Por qué?

—Lo sabes bien.

—No lo sé. En realidad, ¿qué tienen que ver las opiniones de los que citas contigo? Es más... —e iba a continuar, pero ella le interrumpió, dando a sus palabras cierta energía:

—Tú lo sabes bien.

—No lo sé. De hecho, me parece que alguien que haya escuchado bien a los que citas tendría que estar en ciertas condiciones de hablar, incluso de hablar por los codos, de lo que pueda ser la Humanidad, o de lo que es el perder y ganar, o bien, después de haber escuchado a esos que citas creo que estarías en condiciones de aventurar alguna hipótesis de lo que para ti pudiera ser el tiempo.

—Pues no, no estoy en condiciones de nada y mucho menos de aventurar algo.

—¿No te gusta aventurar?

—¿Te gusta a ti aventurar alguna persona o alguna cosa?

—Sí. Estoy de hecho inmerso siempre en aventuras. Bien es cierto que, muchas de ellas, pudiera llamar mejor, desventuras. Pero sí que me ha gustado y me gusta aún aventurarme en algún que otro berenjenal, si me permites la expresión.

—Oh, sí, te la permito, claro está. ¿De qué berenjenas estamos hablando? Puedes darme si quieres un solo ejemplo.

—Digamos que me gustaría ser historiador heterodoxo.

—Impresionante. ¿Qué significa eso? O mejor, ¿qué quieres decir con ello?

—Ya, es verdad. No me acordaba de que hay que explicarte el significado de cada palabra. Solo sabes, al parecer, y eso de forma un tanto alejada, lo que significa sexo. El resto parece ser que lo ignoras. ¿Es así?

—¿Qué significa para ti *historiador heterodoxo*?

—Pues algo así como estar vacilando sin cesar entre la realidad y el deseo. Y eso en el caso de que conociera yo bien lo que es —ahora me toca a mí ser desconocedor— eso de la realidad y el deseo.

—¿Un historiador no sabe lo que es la realidad? ¿Ignora un heterodoxo lo que es el deseo?

—¿Qué deseas tú?

—Yo creo que, como tanto sabio en el pasado ya ha dicho, el deseo más sabio que hay es no desear nada.

—¿Y ese es tu deseo?

—Yo no soy sabia.

—Pues las apariencias no dicen lo mismo que tú.

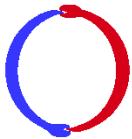
—¿Las apariencias? ¿Qué apariencias? ¿Mis apariencias?

—Tus apariencias.

—¿Mis apariencias? ¿Qué dicen mis apariencias?

—Que no solo eres sabia, sino sapientísima.

—Y eso por qué.



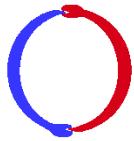
Calló el cronista y estuvo un rato mudo sin querer contestar a lo que le preguntaba la mujer. *Plotino* se agitó un tanto. Algo faltaba allí, o mejor, aquí algo falla —pensaba el gato—.

De alguna manera desnaturalizada, por así decir, la esfera en la que el felino estaba convertido entre los brazos del cronista vino a transformarse en otra pieza geométrica de difícil definición, porque incluía o interesaba varias. Estaba expectante, como asimismo estaba a la mira y esperando la mujer la respuesta del cronista, pero, como tardaba esta, la mujer al fin se permitió decir:

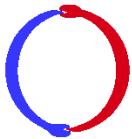
—¡Es curioso! ¡Ser yo tan sabia y no saber precisamente eso!

—Se me ocurren —dijo entonces el cronista— dos razones que explicarían eso que te he dicho, pero precisamente como eres tan sabia no lo ignoras, a pesar de lo que de forma un tanto retórica digas ahora. Por ello, no voy a decir algo que ya sabes tú.

Continuó durante un tiempo, poco definido en la Crónica, aquel juego entre el cronista y la bella mujer que acompañaba hoy en el infortunio a la mujer del teléfono, la cual, observó el cronista, seguía participando, y casi con el papel de heroína, en el improvisado refrigerio o ágape nocturno que un rato antes se había organizado con el propósito sencillo de cenar, aunque ello fuera claramente a deshora. Le llegaban al cronista un tanto apagados, en todo caso, los esfuvios verbales de aquel grupo, y no tanto apagados no porque no fueran claros y evidentes para él, que todo lo sabía y además que todo lo observaba, sino porque junto a aquella mujer con la que al presente se hallaba le era difícil observar en realidad nada más que las esbeltas formas de su formidable belleza y, por tanto, para todo lo demás era un cronista ciego, un notario sordo, o un hombre perdido. Por ello comenzó por aquellos momentos en su *Crónica* una también formidable laguna oscura que alcanzaba niveles, si no del todo insondables, muy cercanos al menos a aquellas regiones abisales donde, no existiendo rastro alguno de luz, los seres que las poblaban, e incluso los que las pueblan, han de andar o moverse a trompicones y dando cabezadas sin cuento. Consta, así pues, en la Gran Crónica del Gran Café un grueso capítulo de la estancia aquel día de esta mujer transeúnte delante del cronista en el que se conculcó de forma continuada la ley de la lógica y donde al mismo tiempo imperó la débil voluntad, aunque frustrada, de ordenar el desorden acaecido. Entre otras barbaridades que le atacaron las meninges al bueno del cronista fue la de suponer en algún momento que aquella mujer tan bella podría ser la protagonista de la novela que nunca iba a escribir. No pensaba, no podía pensar entonces en aquel estado en el que se hallaba, en el escenario o escenarios donde pudiera desarrollarse o ambientarse aquella novela imposible. Porque esos detalles eran una simple nimiedad. Pues pudiera ser una novela imposible, sí, pero además sin escenario. Por qué iban a tener que subir escaleras, o bajarlas, sus personajes. Para qué iban a tener estos que ducharse. O tener que tomar una bebida caliente o fría o helada al anochecer o por la mañana o a medio



día. Eran todos ellos detalles insignificantes. De hecho, lo era incluso el resto también de posibles, o más bien imposibles, personajes. Sobraban. Para qué queríamos más personajes. ¿No era suficiente, y suficientísimo, ella sola, esta mujer, toda y sola esta mujer? En realidad, en verdad, estando ella ahí delante el resto del mundo no existe. Si acaso, un rumor imperceptible. Ella, solo ella atenuaba cualquier sonido, cualquier ruido. O apaga cualquier destello, cualquier luz. Todo lo demás, fuera de ella, es silencio y una masa informe y oscura sin sustancia distinta a la nada. La novela que nunca escribiré, si es que es algo, es ella. Pero, además, ¿por qué escribir? ¿Y una novela? ¿Inventar algo cuando ya, con ella ahí delante, está todo inventado de hecho? ¿No está con ella todo ya agotado? ¿No es, por consiguiente, una estupidez escribir? ¿No es, en cambio, procedente vivir?



Créditos de fotografía e ilustración

índice



Portada y contraportada: **Rafer Galería de arte Photo & Autor**

- | | | | |
|--------------|-----------------------|------------|------------------|
| 15 | Francesco Melzi | 58 | K Schafler |
| 17,18 | Leonardo da vinci | 61 | Jonas Degener |
| 19 | Adolf Hoffmeister | 66 | Somorjai Zsolt |
| 21 | Josep Pla-Narbona | 66 | Art of Charm |
| 35 | Maria Paula Contreras | 68 | Isi Parente |
| 37 | Carl Malmer | 69 | Richard Rothwell |
| 39 | Michelle McEwen | 101 | Max Böhme |
| 43 | Kacy Bao | 102 | Wolf3012 |
| 47 | F.G. Gainsford | 105 | Edouard Tamba |
| 49 | Amadalvarez | 108 | Mana5280 |
| 56 | Corsin Taisch | 112 | Mateusz Wysocki |
| 57 | Talchiv Anatol | | |

Con el agradecimiento de **OCEANUM**



Oceanum 2605-4094